

Proyecto Territorio / Biblioteca Digital

Don Frutos Gómez, el comisario

Velmiro Ayala Gauna





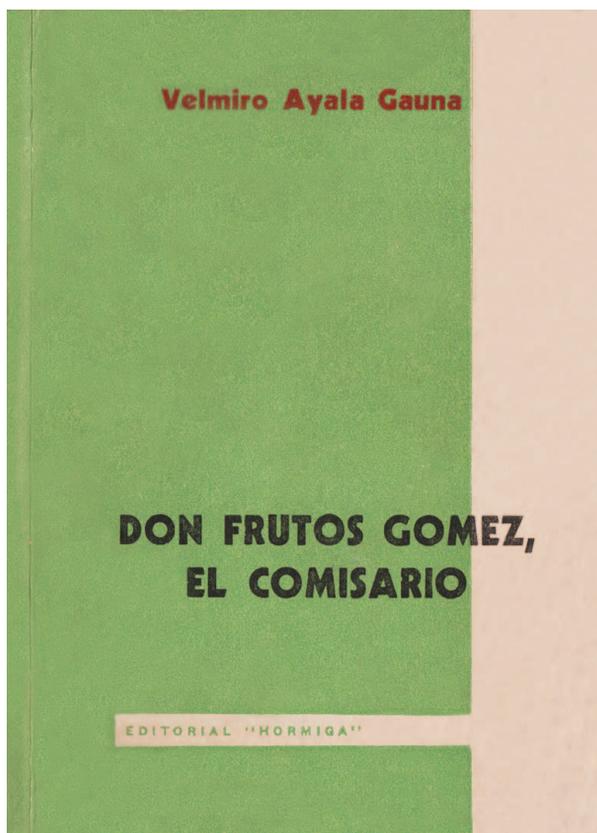
Velmíro Ayala Gauna (1905-1975) relató de este modo su encuentro con la literatura: «En forma casi diríamos casual; cierta vez que me hallaba en la ciudad de Santa Fe, comentaba con un amigo un cuento aparecido en el suplemento literario de un diario, donde el protagonista, perdido en la selva y agobiado por la sed, distingue una planta de caraguatá, va hacia ella y, según el autor, “cortó la flor, la estrujó y bebió el líquido que caía”, lo que es un soberbio absurdo, puesto que el vegetal aludido conserva el agua al unirse al tallo. Yo expresé mi descontento y el amigo, en tono burlón, me respondió: “Y si sabés esas cosas tan bien, ¿por qué no las escribís?”. Era como un desafío a mi habilidad y le respondí escribiendo un cuento sobre gente del litoral. Lo envié a una revista porteña y tuve la suerte de que no solamente lo publicaran, sino que me pagaran por el mismo. Entonces seguí enviando, y sin casi quererlo, me vi convertido en cuentista».

Ayala Gauna nació y se crió en Corrientes. A los 22 años, ya recibido de maestro normal, se mudó a Rufino y comenzó a trabajar como docente. En 1930 arribó a Rosario. Fue un activo militante del Partido Socialista y orador en los mitines callejeros. El periodismo radial y la enseñanza fueron sus grandes desvelos además del literario.

Incluso cuando son irreales, como el pueblo litoraleño de Capibara-Cué en el cual transcurren los cuentos policiales de la saga de Don Frutos Gómez, los escenarios de sus cuentos remiten siempre a la provincia de Corrientes. Rufino, Rosario y más tarde la ciudad de Santa Fe fueron sus hogares; el litoral del Alto Paraná y la selva correntina, su patria literaria.

Logró crear un personaje perdurable: «Un tipo con el que usted y yo nos sentiríamos no del todo cómodos porque lo averigua todo casi sin preguntar, pero con el que dan ganas de seguir estando para verlo moverse entre la gente, estudiar los yuyos y los jugos que sueltan los árboles, mediar en alguno de esos conflictos que se encienden entre dos cabezas que son más duras de lo conveniente, sentarse a la puerta de la comisaría a mirar el río, vigilar, sin que se le escape un solo detalle», según Angélica Gorodischer. Se trata, por supuesto, de Don Frutos Gómez.

Ayala Gauna publicó los libros de narrativa *Cuentos correntinos*, *Los casos de Don Frutos Gómez*, *Leandro Montes*, *Otros cuentos correntinos*, *Paranaseros* y *Cuentos y cartas correntinos* y los ensayos *Rivadavia y su tiempo*, *Litoral* y *La selva y su hombre*.



La presente edición electrónica de *Don Frutos Gómez, el comisario* se basa en la primera edición del libro, publicado en Rosario por Editorial Hormiga, Socios de la SADE (Filial Rosario) en 1960.

A los fines de optimizar la fluidez de lectura, se decidió modernizar la acentuación ya en desuso de ciertos monosílabos y normalizarla allí donde aparece de forma irregular. Mientras que la puntuación, incluso en los casos más caprichosos y arbitrarios, se respetó siguiendo el original. Por último, se corrigieron las erratas evidentes.

Proyecto Territorio / Biblioteca Digital

Don Frutos Gómez, el comisario

Velmiro Ayala Gauna

FRUTOS GÓMEZ, EL COMISARIO...

A mis compañeros de S. A. D. E. (Filial Rosario) que de mis sueños hicieron el milagro de un libro y a Ubaldo Martínez, gran actor, que dio a mi personaje su voz y su presencia.

PRESENTACIÓN

Minutos antes de llegar a mis manos los originales de *Frutos Gómez, el comisario...*, recibía yo una carta de Gilbert Cesbron. El afamado autor de *Los santos van al infierno se ocupaba en ella, precisamente, de la crisis actual del relato breve, en particular del cuento.*

Múltiples motivos han causado dicha crisis y sería inoportuno exponerlos prolijamente ahora. Lo cierto es que se exterioriza en acentuada pobreza de calidad, y cuando el cuento va al libro, en ediciones de tiraje magro y venta escasa que obedecen a creciente desapego del lector por las manifestaciones del género.

Desde luego, bastante tiene que ver en ello la dificultad propia de ese hacer artístico. El cuento exige dotes muy singulares: rapidez de concepción, don de síntesis, concisión expresiva. Por eso, valga, el ejemplo, el fracaso de tantos buenos novelistas cuando se arrojan en el cuento sin cuidarse de poner a un lado las armas que habitualmente usan. No todo el mundo es Gogol o Flaubert, maestros en novela y cuento porque jamás confundieron las técnicas de ambas expresiones de la narrativa.

Pero si el cuento, por la razón que fuere, —salvo excepciones— atraviesa hoy zonas penumbrosas, bienvenidos los libros que como Frutos Gómez, el comisario... contribuyen a restablecer prestigios.

Las historias integrantes del presente libro prosiguen la senda tendida por Ayala Gauna desde *La selva y su hombre* a *Leandro Montes* entre otros títulos. *Es decir que se trata de relatos referentes a paisaje, tipos y pasiones humanas cobijados en tierras de nuestro noreste que el autor conoce profundamente.*

En el mencionado volumen se repite la presencia de un personaje central a quien Ayala Gauna ya dio vida en ocasión anterior: Los casos de Frutos Gómez, y que ha tenido asimismo su proyección cinematográfica y radiotelefónica.

En efecto, don Frutos es el héroe de todos los cuentos —y del relato inicial, en verdad novela corta— de la colección.

¿Quién es Frutos Gómez?

Simplemente un comisario rural en Capibara-Cué, pueblecito correntino. El

aspecto físico del funcionario no es excepcional, «Estatura mediana, robustez, ojos pequeños y renegridos, cabello «que empezaba a ponerse tordillo» y una pequeña barba en punta»... Tampoco lo son su hablar sentencioso, su socaronería. En cuanto a su bondad, su sentido de la justicia, y sobre todo su concepto del coraje, ya son bastante menos comunes: «—En esta tierra'e machos ser valiente es cosa fácil, lo que cuesta es no andar armando camorra pa demostrarlo —acostumbraba a decir».

Pero don Frutos posee una cualidad extraordinaria que lo distingue entre los hombres de su condición: el comisario es un excelente descifrador de enigmas policíacos.

¿Estamos pues ante una nueva edición criolla del detective?

Ciertamente. Y con toda la contextura, la trabazón y el ritmo emocional que exige el caso. Claro que a causa de las circunstancias don Frutos carece forzosamente de los recursos inquisitorios que proporcionan las grandes urbes a los funcionarios que se desempeñan en ellas. Al respecto Frutos Gómez no sostiene teorías ni conoce métodos científicos. Pero tiene los suyos propios y no menos eficaces brindados por el medio donde vive y por una sagacidad que lleva prendida al alma.

Pues bien, con esos solos elementos el autor ha logrado crear el pesquisante campero, puro, auténtico e inconfundible que nos lleva fácilmente de la mano por la curva que une el hecho delictivo con el fin de la intriga, tal vez inesperado, pero rigurosamente lógico.

Debe anotarse, sin embargo, que no todos los casos aclarados por Frutos Gómez giran en torno de delitos. A veces el funcionario tiene que entender en conflictos incruentos, y no en pocas, más que como policía, en amigable componedor. Especialmente entonces —aunque ello suele ocurrir también en los demás relatos— a los rasgos señalados se añade en don Frutos un dejo de sutil humorismo.

No han de asombrar estas incursiones del humor en la tragedia, si bien algunos tiempos y ciertos gustos las rechazaron. Signos de evasión de la realidad trágica del mundo, la literatura y la vida los han visto cruzar por sus dominios. Ahí están la entrada festiva en el drama clásico, la contorsión burlesca del equilibrista, la humorada del condenado a muerte. Las manifestaciones humorísticas del comisario Frutos son reflejo fiel de la tendencia.

Pero unos y otros, los relatos están vertidos sencilla y directamente, como es característica de su autor. Es que Ayala Gauna narra enseguida de observar y sentir la realidad, sin rastreos en mundos fantásticos ni detención en análisis anímicos. Ni siquiera a la descripción ambiental o a la pintura del paisaje concede una línea más de las imprescindibles para dar vida al relato.

Un evidente afán de sobriedad y exactitud tiñen de igual modo la prosa de Ayala que en oportunidades llega a recortarse en la negligencia del estilo. Más

de una vez el autor parece tomar al pie de la letra el sexto de los mandamientos que Horacio Quiroga estableció para el perfecto cuentista: «Si quieres expresar con exactitud esta circunstancia: «desde el río soplaba un viento frío», no hay en lengua humana más palabras que las apuntadas para expresarlo. Una vez dueño de las palabras no te preocupes de observar si son consonantes o asonantes». Pero la fidelidad al principio no quita jamás a la prosa de Ayala nitidez, flexibilidad ni poder expresivo.

Y con los perfiles apuntados van desfilando los cuentos: el romance tronchado por la adversidad, el antagonismo pueblerino entre dos honradas familias, el bromista ejemplarmente castigado, la oscura muerte de Abraham Baidum, la solución del caso Stopani, la desventura de Salustio, el feliz regreso de don Frutos Gómez para develar un último misterio.

Libro al margen de modas y de escuelas, libro limpio y fuerte, sin climas enfermizos ni preocupaciones estilísticas, quizá no colme los anhelos del buceador de casos de conciencia ni sirva para regocijo de estetas. No está, después de todo, dirigido a ellos. Pero en cambio habrá de deleitar a quienes en alas de la anécdota gustan adentrarse descansadamente en el espíritu de un rincón de nuestra tierra y de su hombre.

La intensa y prestante labor que Velmiro Ayala Gauna lleva cumplida en las letras nacionales se ve así enriquecida con este nuevo y valioso aporte de su talento a la narrativa vernácula.

Eduardo A. Dughera.

DON FRUTOS GÓMEZ,
EL COMISARIO...

I

Nélida Flores, la maestra, sentada indolentemente en una mecedora agitó sobre su rostro la pantalla, en un nervioso aleteo de su mano, pero, en seguida, fatigada por el pequeño esfuerzo, dejó que el brazo cayera de costado, tal una rama que el viento desgajara y quedase laxa junto al tronco, aún sostenida por un resto de corteza.

—¡Qué calor!... —se quejó.

Unos pasos más allá «pa que el humo no la molestara» estaba doña Pancha, la portera, acomodada en una rústica silla de paja trenzada.

Titiló el ascua del pucho al ubicarse en un costado de la boca de la vieja que respondió fatalista:

—¿Y qué'pa otra cosa quiere que haga?... Si estamos n'el tiempo'e la calor.

Desde lejos, en las proximidades de la costa paraguaya llegó un rápido repiqueteo de disparos. Luego volvió a reinar el tremendo silencio de la noche tropical solo agujereado, de vez en vez, por minúsculos ruidos que no conmovían su agobiante peso.

—Aduaneros y contrabandistas... —pensó la muchacha y trató de buscar alivio al bochorno en los caminos del sueño, pero el intento fue inútil. La tierra exhalaba un vaho cálido y opresivo; de los esteros del otro lado del pueblo venía, de a ratos, un ramalazo ardiente y oloroso a vegetales en fermentación que se mezclaba con el aroma de las rosas y jazmines del jardinillo aledaño. El pecho núbil subía y bajaba inquieto en tanto que la sangre acicateada por el instinto batía sus martillos en el yunque de las sienas.

—Si un hombre... —pensó y, de súbito, se sacudió horrorizada para ahuyentar el pecaminoso pensamiento como un perro que sale de un arroyo y se agita convulsivo para librarse del agua.

—¡Cielos!... —se reprochó—. ¿Dónde están tus principios éticos, Nélida?... ¡Un hombre!... Sin sentir nada por él, sin saber de dónde viene ni quién es sino, solamente ¡un hombre!...

Pero en brusca erupción sonora un alarido se alzó hasta el cielo y se desparramó por el ambiente y, de inmediato, otro vino a hacerle eco. El cigarro de la vieja despidió una lluvia de pequeñas chispas al moverse al compás de las palabras.

—¡Peina!... Dos borrachos que van a agarrarse n'el boliche...

Nélida imaginó la escena. Tras el grito de desafío los hombres palparían la tierra con sus manos para que el polvo secase el sudor de las palmas evitando que el cabo del arma resbalara, luego se enfrentarían movedizos y ágiles como

dos gallos grotescos que, en vez de espolones, utilizaran facones, hasta que uno de ellos rodara herido o, tal vez muerto, ante la curiosa indiferencia de los espectadores que no se comedirían a intervenir para apaciguarlos porque «eran cosas de hombres».

Y de improviso, tamborileando sobre el camino llegó un redoble de cascos que iba hacia el lugar de los gritos.

—¡Don Frutos!... —explicó la portera—. Va a llegar justo pa separarlos a latigazos...

La maestra volvió a mirar el cielo sombrío ya tranquilizada. Sabía, por dices y su breve experiencia, que el comisario era hombre capaz y expeditivo. Bastaba su sola presencia para restablecer el orden y la justicia y, si ella no alcanzaba, ahí estaban su coraje y su brazo fuerte para imponerlos.

La portera se levantó y alzó su silla para ir a su pieza.

—Yo me vaa a dormir —dijo y advirtió—: Usté tamién haga lo mesmo...

—Yo quisiera quedarme aquí toda la noche —respondió la joven.

—Le va a hacer mal el sereno. Vaya adentro.

—Está bien, doña Pancha, pero ¡qué falta me haría un ventilador para sacarme este calor del cuerpo!...

La vieja tiró el pucho del cigarro que cruzó por el aire como una luciérnaga, lanzó un escupitajo y sentenció amistosa:

—Más que un ventilador, lo que a usté le hace falta es un hombre...

Y sin esperar respuesta entró a su cuarto. Nérida quedó un rato sin saber si indignarse o reír. Sabía que la vieja la quería y cuidaba como una madre y que sus palabras no encerraban mala intención sino eran la expresión de su rudo sentir. Lentamente recogió la mecedora y con ella fue a su pieza. Sin encender luz se despojó de sus ropas y se tendió en la cama.

Desde afuera seguía llegando el jadeo ardoroso y potente de la tierra agobiada de calor y de deseos. Y ella cerró los ojos y apretó los puños porque ese aliento poderoso y másculo derretía su ligera envoltura de prejuicios y dejaba tremante y angustiada su carne joven donde el Sexo gritaba su milenaria hambre insatisfecha.

El capitán Giménez dio una vuelta al patio con elástico trote como parte final de sus ejercicios matinales, luego sacó un balde de agua del pozo y se lo arrojó encima para asearse. Su asistente le alcanzó una toalla y frotándose vigorosamente con ella el desnudo torso entró a su habitación mientras el subordinado iba a la cocina a preparar el mate.

Después de unos minutos y ya con su impecable atuendo veraniego salió de la pieza para sentarse en un cómodo sillón y recibir la diaria ración de «verdes».

Ojeda, su servidor y compañero, le alcanzó la tibia calabaza con la criolla infusión que empezó a sorber lentamente y con deleite.

El asistente lo miró con cariño y respeto y, luego, inquirió:

—Pero dígame che capitán... ¿por qué pa sigue con l'instrusión aura que ya no está más n'el Ejército...?

Giménez le entregó el mate vacío y respondió soñador:

—Porque un día tengo que volver... Un día las cosas cambiarán y retornaremos allá...

Su mano se tendió y señaló a la distancia, en la lejanía, hacia la orilla paraguaya.

—De mientras estén los que están dijiculto que güelva y si güelve son capaces de ponerlo contra un muro y...

—¡No importa!... Otros seguirán mi ejemplo, pero no debemos perder la esperanza de restituir a la patria sus libertades y su grandeza... Por eso me mantengo en forma, para estar listo cuando la situación lo imponga.

Sacudió la cabeza, dubitativo, el asistente y fue hasta el fogón a cebar un nuevo mate.

El ex militar quedó con los ojos clavados en el vacío, pero en su interior desfilaban imágenes de su vida pasada. Recordó sus años de cadete en el Colegio Militar, luego su partida hacia el Chaco que ardía en el conflicto fratricida. Su actuación bajo las órdenes del mayor Britos, comandante del batallón del Regimiento «Itororó», II de Infantería, frente a Boquerón. Cerró los puños y dijo:

—Ellos estaban equivocados... nosotros estábamos equivocados... La única que no se equivocaba era la Muerte que cosechó millares de vidas en ese «infierno verde».

Se veía con su uniforme verde oliva, el sombrero de ala ancha recogida sobre la frente, el machete en la cintura, listo para salir y cortar. Días y noches enfrentando a un puñado de hombres que resistía valientemente. Sin alimentos, sin armamentos casi, pero firmes en su decisión. Cuando el hambre o la sed los lanzaba a la selva ellos les salían al encuentro y con su mayor dominio del monte acallaban su pena con el filo del cuchillo.

—Los llamábamos «bolís» y ellos nos decían «pilas», pero ahora sé que solo éramos hermanos... —pensó.

Eran 619 soldados a las órdenes del teniente coronel Manuel Marzana Oroza y al cabo de 23 días de intenso asedio, reducidos a 240, se entregaron vencidos, más que por el hambre y la sed por la falta de municiones.

Evocó las conversaciones para la rendición. Mientras los altos jefes parlamentaban, dos capitanes, de nombres Fretes y Paredes, siguieron avanzando con sus tropas. Se les conminó a detenerse hasta que las condiciones fuesen establecidas, pero ellos no obedecieron y de nuevo se abrió el fuego. Fretes cayó herido en una pierna y los otros, furiosos, se lanzaron al degüello de los bolivianos que con sus fusiles vacíos de cartuchos solo debían resignarse a la masacre.

Y ¡de pronto!... Lo que no sospecharon los gobernantes ni los políticos que

los enviaron a esa guerra inútil: los pobres soldados, sin instrucción y sin prejuicios, al ver a ese grupo famélico, haraposo, agotado por las penurias, esperando a pie firme, arrojaron sus armas al suelo y fueron hacia ellos tendiéndoles la mano en un gesto amistoso.

—Comprendimos que éramos hermanos... —soliloquió.

Después las otras acciones hasta la paz. El cadete regresó oficial y el adolescente se convirtió en hombre. Un hombre amargado pero lleno del deseo de terminar con la corrupción y la politiquería. Ganó galones y amigos. Se casó y tuvo un hijo.

—Ahora podrías dejar el Ejército y trabajar la finca de tu padre —le sugirió Blanca, su esposa.

Pero él, mezclado en una conspiración con oficiales jóvenes y estudiantes, se negó. Estalló la revuelta y fueron vencidos y con el sargento Cipriano Leiva y su asistente Anastasio Ojeda cruzaron el río sobre un tronco para venir a establecerse en Capibara-Cué.

Leiva entró como agente en la Policía local y ahora era cabo mientras Ojeda quedó a su lado para acompañarlo y cuidarlo.

—Hasta que un día pueda volver... —se dijo.

Se levantó, tomó a la pasada el último mate y salió por las calles del pueblo rumbo a la comisaría. Iba a conversar con su amigo, el comisario don Frutos Gómez, y a tratar de hablar con el oficial Arzáola de cosas que no fueran las habituales: el tiempo, las enfermedades o los chismes del pueblo.

Estatura mediana, robustez, ojos pequeños y renegridos, cabello «que empezaba a ponerse tordillo» y una pequeña barba en punta eran los rasgos principales de don Frutos Gómez, el comisario de Capibara-Cué. Pero a esos atributos externos unía una sagacidad poco común y un temperamento sereno y conciliador, cosas que no eran obstáculos para demostrar su coraje si la ocasión lo imponía.

—En esta tierra ‘e machos ser valiente es cosa fácil, lo que cuesta es no andar armando camorra pa demostrarlo —acostumbraba a decir.

Terminaba de llegar a la sala de la comisaría cuando el cabo Leiva entró para anunciarle una visita.

—Don Frutos —dijo—, ahí ajuera está la maistra.

—Güeno... y ¿por qué pa no la hasés pasar?...

—Es que de primero quise asigurarame que usted no estuviera en camiseta, pues ¡con la calor que hase!... O peor, en calzoncillos.

—Ya que viste que estoy presentable hasela pasar de una vez...

—Está bien... Ya voy... —refunfuñó Leiva y salió para volver al momento acompañado por la docente.

Don Frutos se adelantó y le tendió la mano.

—Siéntese —expresó luego y le señaló una silla—. ¿Qué la trae por acá?...

Nélida Flores sonrió primero y luego respondió:

—Vine a pedirle su colaboración. Sé por referencia de los vecinos que es un funcionario ejemplar y muy apreciado por todos...

—¡Hum!, cuando empieza de esa manera algo grande me va a sacar...

—No, don Frutos... solo tengo dos pedidos que hacerle...

—Pa evitarle que me diga más alabanzas déalos por concedidos...

—¿Sin saber de qué se trata?...

—Sin saber de qué se trata, pero sabiendo quien los pide... Una muchacha como usted, güena, educada y respetada por tuitos no me va a poner en aprietos...

—¡Qué amable y qué sensato! —dijo la maestra—. Bueno, lo primero es que hable con los padres de estos chicos para que los envíen a la escuela. Están en edad escolar y deben concurrir...

Le tendió un papel con una pequeña lista y prosiguió:

—Lu segundo es que me ayude a formar una Sociedad Cooperadora. Mi escuela es muy pobre y le hace falta todo...

—Eso ya es más difícil... Por aquí la gente es pobre y juera de güena voluntá es poco lo que pueden dar...

—Pero hay estancieros, comerciantes y gente con medios...

—Esos son los menos y son más agarraus que garrapata 'n vaca gorda...

Sonrió Nélida al oírlo y luego agregó:

—¿Me podría, por lo menos, indicar a alguien que pueda ser presidente de la misma?...

En ese momento se recortó en la puerta la figura del capitán Giménez.

—Buenos días... —saludó—. ¿Está el oficial Arzásola?...

—Entuavía no ha venido, pero no se vaya, capitán... Aquí la señorita maistra lo necesita...

—¿Yo? —dijo la maestra y sus mejillas se enrojecieron.

—Sí, pues... aquí está el hombre más indicau pa presidente'e su Cooperadora.

—No puedo serlo, don Frutos —se disculpó el militar—, no mando niños a la escuela, soy extranjero y no tengo riquezas...

—Pero es un hombre de bien y los niños que sufren no tienen patria...

—¡Ah!... En eso tiene razón...

—¿Me ayudará, señor? —rogó la docente, y lo envolvió en una mirada suplicante—. Hay niños que vienen con el estómago vacío, otros que no tienen ropas, muchos que no poseen libros...

—Si en algo puedo serle útil... —accedió, vencido, Giménez.

—Puede serlo en mucho —afirmó Nélida, y añadió—: cuando le quede bien, ¿quiere pasar por la escuela? Así conversaremos.

Se levantó, se despidió y se fue.

Don Frutos palmeó a Giménez y comentó:

—Perdone, mi capitán, pero n'el pueulo usted es el hombre más intruído, de

más iniciativas y por lo tanto el más capaz pa ayudarla a esa pobre chica... pero ¡tenga cuidau!...

—¿Cuidado de qué, don Frutos?

—Que no vaya a quedar enredau en la sonrisa'e la maistra... ¡es muy linda y muy güena!... —No se olvide que soy casado, comisario.

—Por eso mesmo le decía... ¡tenga cuidau!... Lo sé un honibre'e honor y a ella una muchacha decente, pero ella y usté que son léidos se sienten solos entre nosotros que somos inorantes y eso lo va a mandar más al uno contra l'otro... ¡tenga cuidau!...

II

Leiva sujetaba a su caballo por las riendas mientras don Giusepe, el herrero del pueblo, apoyando una de las patas traseras del animal sobre su rodilla le sacaba la vieja y gastada herradura para cambiarla por una nueva. El hombre procedía con rapidez y habilidad retirando clavos, tenazas o martillos del yunque próximo.

—¿Y su ayudante, el Ulpiano? —preguntó el cabo Leiva.

—¿Ayudante? Era un estorbo más bien... haragán y mal enseñado. Hace ya como tres meses que lo despedí...

—Ese parece que nació cansau... En ninguna parte dura y lo pior es que le gustan las bebidas y las mujeres. Me se liase que va a terminar mal.

—Además como no hay mucho trabajo bien me puedo arreglar solo...

—¡Ah!... Me dijo don Frutos que no se olvide que el domingo va a haber reunión'e padres'n la escuela pa formar una cooperadora.

—Haré todo lo posible para ir...

—Tiene que dir, don Giusepe... Ta bien que a la Marieta no le falte nada ¡gracias a Dios!, pero hay que ayudar a los otros...

—Le hace falta lo más grande, don Leiva... Le falta la madre...

Suspiró el herrero y luego soltando la pata del cuadrúpedo dijo:

—Ya está... ahora tiene herradura para un rato largo...

El cabo que ya adivinaba la respuesta simuló hurgar en sus bolsillos y preguntó:

—¿Cuánto es, don Giusepe?...

—Nada, amigo... Demasiado hacen ustedes los policías por nosotros para cobrarle estas pequeñeces...

—Güeno, muchas gracias, entonces —repuso Leiva y después de saludar se retiró.

Volvió el hombre a su trabajo junto a la fragua cuando, llegando desde la casa hizo su entrada una niña de unos diez años, tez sonrosada, cabellos rubios y unos límpidos ojos azules.

—Buen día, papá... ¿estoy bien así?...

Giró sobre sí misma para que su progenitor pudiera apreciar la albura del delantal escolar y luego le tendió las manos.

Don Giuseppe examinó las uñas y sentenció:

—Sí, estás bien, puedes irte nomás.

Agachó su cabeza y la niña besó las tostadas mejillas y el hombre quedó mirándola mientras iba a buscar sus libros para dirigirse a la escuela, después continuó su labor y golpeó un hierro enrojecido que colocó sobre el yunque y que, al choque del martillo, se deshacía en chispas. La niña salió por la puerta del frente y buscando la acera en sombra, ya que el sol mañanero empezaba a dejar sentir sus ardores, fue hacia su destino. Casi al llegar a la esquina, de una casa de material y excelente aspecto, salió una linda muchacha que le dijo:

—Hola, Marieta... ¿vas a clase?

—Sí, Isabel.

—¿Me podrías hacer un favor?

—¡Cómo no!

Miró la joven hacia el interior como con temor y, luego, en voz baja le dio un mensaje.

—Al pasar por la comisaría, decile al oficial que al mediodía voy a ir a hacer unas compras en lo de don Pedro. ¡No te vayas a olvidar!

—Perdó cuidado... ¡hasta luego!...

La joven volvió a la puerta de su casa y desde allí vio a la chiquilla seguir su camino y cómo, cuando el sol la alumbraba, relucían sus rubios cabellos como si fuesen una dorada aureola sobre la cabeza infantil.

Pasaron los días y una siesta don Frutos y el oficial huyendo del intenso calor que convertía en un horno a la oficina se habían sentado en el corredor que daba al patio, el cual había sido recientemente regado para darle algo de frescura por lo que despedía un agradable olor a tierra mojada.

El cabo Leiva vino desde el galpón del fondo donde estaban los caballos, se apoyó contra uno de los postes de la galería y se introdujo un meñique en el oído iniciando una rigurosa limpieza auricular, luego pateó una cascarita de naranja y volvió a inclinarse sobre su sostén.

—A ver vos... ¿qué andás queriendo? —le preguntó don Frutos.

—¿Quién?... ¡yo! —dijo el cabo haciéndose el sorprendido.

—Sí, vos que me tenés rondando desde esta mañana como comadreja al gallinero...

—Y güeno, pues... yo le quesaría pedir premiso pa'l domingo...

—¿Pa qué? ¿Si se puede saber?...

—Porque me quiero dir a casar...

—¡Ajá!... —interrumpió el oficial que estaba con espíritu de broma—. ¿Y con quién?...

Sin advertir la malicia de la cuestión, el aludido contestó:

—Con Aniceto, el peón del carnicero...

—¡Pero eso no puede ser!... ¡es monstruoso!...

—¿Y por qué, pa? —atinó a preguntar el cabo.

—Porque entre dos hombres no se pueden casar, hace falta una mujer.

—¡Ja... ja!... —rió don Frutos—. ¡Linda pareja harían!...

—¡Salga de ahí!... Yo digo a casar patos, aguapeazó, pollonas y otros bichos ‘e la laguna...

—Entonces debió decir cazar con zeta —expresó Arzásola pronunciando el correcto sonido de esta letra—. No es lo mismo casar que cazar, hay una diferencia...

—Usted siempre lo mismo... Aquí sabíamos entendernos bien hasta que vino usted con esas palabras defísiles y sus diferencias —refunfuñó Leiva—. Y güeno... ¿me deja don Fruto o no me deja?

—Sí, m’hijo y no te olvides de traer algo pa convidarnos... No se lo dejés tuito al capitán Giménez... A mí me gustaría un patito bien gordo pero eso sí, acordate’e golver pa’l escurecer que tenemos que seguir campiendo esas luces malas...

—Ta bien mi comesario, pero va a ser inútil...

—¿Por qué?

—Porque esas cosas’e los espíritus no se pueden agarrar ni dejan huellas. Más bien habría que hacerle decir unas misas por el alma de don Liborio.

—Para mí —intervino Arzásola—, no deben haber tales luces sino deben ser alucinaciones...

—¡Qué pa va a ser lusinaciones! Si dicen que aparecen más cuando no hay luna...

—Alucinaciones quiere decir un engaño de nuestra imaginación, una falsa apariencia...

—¡Ah!... Yo creiba que era algo’e la luna, pues... —explicó Leiva.

—¡Pero es raro que haigan sido varios los que las han visto y gente seria tuita! —volvió a decir don Frutos—. Algo debe de haber...

—Vea, che oficial —expuso Leiva que estaba algo amoscado—. ¿Por qué pa si son lusinaciones no aparecían antes cuando el finau Liborio no era finau?... ¡eh!... Hace más’e dos meses que el pobre estiró las patas, ¡que Dios lo tenga en su santa gloria! y después llegaron las denuncias y no una, sino muchas...

—Don Serra, don Pedro Castro, Quiroga y la señora, los hijos’e doña Zoila que viven pa esos laus las han visto y no creo que mientan...

—Pa mí como el dijunto supo ser medio agarrau y egoísta es su alma que anda penando —sentenció Leiva.

—Déjese de supersticiones, cabo...

—Almas en pena, supersticiones o lo que sea, pero, ¡algo debe haber! —concluyó don Frutos.

El capitán Giménez entró a su cuarto silbando una guaranía. Se quitó el saco y luego llamó a los gritos a su asistente.

—¡Ojeda!... ¡Ojeda!...

—Sí, che capitán ya voy viniendo — respondió el servidor y llegó empuñando aún la espumadera ya que hacía el yantar cotidiano para los dos.

—Mirá no te apurés por la comida... Traeme antes un «tereré» para quitarme la sed...

—Quiere pa con hojas'e yerba güena o con hojas de menta...

—Hacelo como quieras...

Extrañado de verlo con tan buen humor y mientras derramaba en un vaso la yerba mate a la que agregó fresca agua del pozo, Ojeda preguntó:

—¿Tuvo güenas noticias de... «allá»?

—¡No! ¿Por qué?...

—Y como lo veo tan contento...

—Estoy contento nomás...

El ex militar se levantó y se puso a recorrer la habitación a trancos largos, luego mientras recibía el refresco de manos de su asistente le preguntó:

—Decime, ¿vos lo conocés a José Asunción Silva?...

Titubeó un momento el interrogado y, en seguida, contestó:

—Así, todo junto no... pero separado creo que sí...

—¿Separado?... ¿Y cómo?...

—Güeno: José conocí muchos, Asunción es la capital'e nojtro país y Silva está el dueño de la carnicería...

Rió Giménez de la ingenuidad de su asistente y asintió:

—Así es, tenés razón...

Bebió el «tereré» y luego fue a tenderse en el lecho para recordar.

Desde hace varios días frecuentaba la escuela para conversar sobre la organización de la Asociación Cooperadora. Aunque con cierto recelo al principio bien pronto se contagió del fervoroso entusiasmo de la maestra y se dispuso a poner su mejor voluntad para paliar en algo las enormes necesidades de la escuelita y sus alumnos.

Poco a poco fueron dejando de lado los temas escolares y una mayor intimidad los llevó a hablar de sus problemas y deseos. Él no le ocultó su condición de hombre casado y de revolucionario en potencia, pero muchas veces, al recibir o entregar un papel sus manos se rozaban y ambos quedaban confusos hablando del tiempo o de los niños.

Esa mañana había ido a verla para comunicarle el resultado de su gestión ante un padre reacio a enviar a sus hijos al aula, cuando ya los niños salían de regreso para sus hogares y quedaron un rato conversando en la sala vacía. De pronto vio, sobre el escritorio un libro del poeta colombiano y lo empezó a hojear.

—¿Le gustan las poesías, capitán? —preguntó ella.

—Sí y alguna vez también escribí algunas... Cosas de juventud... —se apresuró a explicar.

—Me gustaría conocerlas...

—Como todas mis pertenencias ellas también quedaron «allá»... Quizá las hayan quemado... —Es una lástima...

—¿Por qué?...

—Porque sin haberlos leído creo que sus versos deben ser como usted.

—¿Y cómo soy yo?...

Enrojeció ella y, luego, respondió:

—Perdóneme la comparación pero yo lo asocio al palo borracho...

—No creo beber tanto como para eso...

—Lo digo porque ese árbol se presenta a la vista como rudo, y cubierto de espinas, pero, sin embargo ¡qué bellas son sus flores!, dan la impresión que fueran orquídeas y, luego, adentro de su fruto tiene la suavidad de su seda... Quien no lo trata a usted y lo juzga por la apariencia no puede saber el tesoro de ternura que lleva en su corazón.

Entró la portera para anunciar que la comida ya estaba en la mesa y tras de rehusar la invitación a compartirla Giménez volvió a su casa lleno de una profunda alegría que se reflejaba en su rostro y en sus actos y que hacía que Ojeda, en la cocina mientras preparaba el almuerzo, se dijera:

—¿Qué tendrá mi capitancito?... ¡A ver si me lo han ojeau!...

III

Esa mañana era la fijada para la reunión de la asamblea de la Cooperadora y la maestría se levantó temprano para ayudar a la portera en sus labores. También llegó Ojeda, el asistente del capitán, pero este, en lugar de acomodar los bancos en el salón para que sirviesen de asientos, buscó una pala y se entregó a la tarea de arreglar el patio de tierra para emparejar sus desniveles. Luego llenó una regadera y se puso a mojar la tierra.

Los padres fueron llegando de uno en uno, saludaban a la maestra y, luego, algunos se acomodaban, como temerosos, en el borde de un banco, mientras otros permanecían en el patio. Felizmente, al poco tiempo, llegó el capitán Giménez y con bromas a unos y preguntas a otros consiguió animar a la concurrencia.

Nélida estaba asombrada y no se cansaba de repetir al capitán:

—Vea lo que es su prestigio... Yo nunca conseguí que vinieran más de media docena a mis reuniones y, ahora, ¡cuántos!...

—Espere un momento y va a ver que vienen más...

—¡Todavía!... Y yo que estaba apurada por empezar... Me halaga saber que en este pueblo sienten tanta devoción hacia la enseñanza.

Rió Giménez en forma enigmática conversando con sus amigos. Un rato después golpeó las manos y todos pasaron al aula que resultó pequeña para la gran cantidad de circunstantes. La docente, sumamente emocionada, les habló para agradecerles su presencia y se manifestó orgullosa que no solamente padres sino también quienes no tenían niños en la escuela hubieran acudido a su llamado.

En seguida se procedió a la elección definitiva de las autoridades que habían de guiar los destinos de la flamante asociación y resultó ungido el capitán Giménez y a quien secundarían unos cuantos padres.

Hubo los aplausos de práctica y cuando ya Nélica creía que la asamblea concluiría, su flamante presidente se levantó y expuso:

—Ahora, mis amigos, pasaremos al patio y espero que todos se hagan ver con sus contribuciones, porque necesitamos dinero, mucho dinero...

Como un tropel salieron todos al lugar indicado y, a poco se oyeron los gritos de:

—Cinco pesos al que tira...

—Pago...

—Diez pesos al que espera...

—Diez y cinco más...

—Venga...

En tres de los lugares que Ojeda había regado y arreglado, la taba iba y venía entre las exclamaciones de los jugadores.

La maestra que había quedado sola, junto a su escritorio, arreglando las anotaciones se sintió, también, atraída por el bullicio y se asomó a la puerta. Abrió sus grandes ojos asombrada ante el espectáculo y dirigiéndose a Giménez lo increpó:

—Pero, capitán... ¿esto no puede ser!... ¡Están jugando!... ¡jugando!...

El paraguayo la tomó suavemente de un brazo y la condujo al interior.

—Deje esto a mi cargo, señorita... Usted no ve nada, ni sabe nada...

—Pero es juego... Y está prohibido.

—¿No sería peor que sus beneficios fueran en provecho del bolichero o de un coimero? Al menos ahora contribuirán a algo útil...

—Pero, ¿qué va a decir don Frutos?

—Mire, allá veo que se detiene frente a la puerta... Vaya a atenderlo que yo tengo mucho que hacer con estos muchachos...

Y mientras la joven, confusa y ruborosa, iba al encuentro del funcionario, Giménez pasaba entre los jugadores y les sacaba a algunos unos pesos y a otros unas monedas diciendo:

—Ganaste, ¿no?... Bueno, dejá un poco para la escuela...

El comisario, mientras tanto, ató su caballo a un poste y se quedó a esperar a la maestra que lo saludó casi tartamudeante:

—¡Bue... buenos días, don Frutos!...

—Parece que vinieron muchos padres, ¡eh!

—Sí, pero yo... fue el capitán...
—¿El que loj está entreteniendo, pa?... Dejelo que él sabe lo que hace... Si no juera que tengo que anclar de recorrida me metería yo también...
—¡No!... Usted no... —se asustó ella.
—Bueno, que sea él nomás, pero acuérdesese que estoy n'el boliche por si alguno se quiere desmandar aunque con el capitán y su ayudante no creo que naidés se haga el loco...
Volvió a desatar su caballo y montando de un salto se alejó diciendo:
—¡Hasta luego, señorita!... Y espero que la sociedad pueda juntar unos cuantos pesos pa los pobres chicos...

Ese mismo domingo, por la noche, el oficial Arzásola, que había cumplido con sus obligaciones durante el día y empleado las horas nocturnas en amable palique con la hija de don Filemón, volvió a su pieza acariciando risueñas esperanzas. Si bien el padre no accedía a aceptarlo, todavía, como novio oficial, no ponía obstáculos a las entrevistas que sostenía a través de la enrejada ventana.

Encendió la lámpara a querosene que tenía sobre la mesita de luz, se desvistió tarareando un chamamé, se colocó el pijama y se introdujo entre las sábanas. Apenas se hubo acomodado bien, sintió, junto a la pierna izquierda, un frío y viscoso contacto.

—¡Una víbora! —pensó con espanto—. Se habrá colado desde afuera y se ganó la cama.

Pasaron unos segundos que le parecieron siglos. Un sudor helado le cubría la frente y un terror pánico lo paralizaba.

—¿Será una yarará?... ¿Una coral?... ¿Tal vez una víbora de la cruz?...

En rápida sucesión pasaron por su mente una serie de relatos espeluznantes oídos en el lugar de sucesos similares. El animal seguía inmóvil junto a su pierna, tal si atraído por la tibieza del cuerpo se hubiera aletargado.

Lentamente el oficial movió la mano derecha y fue aflojando un costado de las sábanas para poder liberarse de ellas. La tarea le insumió varios minutos que fueron de una verdadera pesadilla. Por los miembros inferiores, inmovilizados por la tensión, comenzaba a correrle un molesto hormigueo, pero no se arriesgaba a efectuar el menor movimiento por temor a que el reptil le clavara los colmillos.

Sintió ruido afuera como de alguien que se hubiese aproximado a la puerta, pero tampoco se atrevió a pedir auxilio por miedo de asustar al ofidio.

Al fin, después de rezar mentalmente, encomendándose a Dios, dio un brusco salto y salió del lecho, buscó el revólver que había dejado sobre la mesa y descargó tres balazos en la cabeza del bulto oscuro y cilíndrico que había quedado en descubierto.

En ese momento se abrió la puerta y entró el cabo Leiva que le arrebató el arma.

—¿Qué hase ofisial? —exclamó.

—¿Allí... allí... una víbora! —le respondió Arzásola aún tremante.

Leiva dejó el arma sobre la mesa, se acercó al animal y lo tomó entre sus dedos para observarlo bien. Después de unos segundos dijo con tono burlón:

—¿Víbora?... No, ofisial, es una anguila, pues... ¿A que debe ser una que truje en un tarro esta tarde 'e la laguna y se habrá escapau...?

Mostró una lata oxidada que estaba en un rincón oscuro y aseveró:

—Es la mesma, ¡claro!... Saltó y se metió en la cama... Pero, ofisial... ¡cómo no distingue una anguila'e una víbora!... Si hay diferencia, pues...

Algo en el tono de la voz del cabo le hizo comprender a Arzásola que había sido objeto de una broma brutal por parte de Leiva y todo el terror pasado se concentró en furor en su alma.

—Así que fue usted quien la trajo. ¿No?...

Sin darse cuenta de la tormenta que se estaba incubando en el interior del otro el cabo respondió gozándose con la broma.

—Sí y güen susto que se agarró por no ver la diferencia...

—Pero, ahora, el susto se lo va a agarrar usted... ¡insolente! —rugió Arzásola y manoteó el arma.

—¡No!... Pe... pero si... —balbuceó Leiva, pero al ver la ira desfigurando el rostro de su superior se atemorizó y consideró más prudente salir a la calle a todo correr.

El oficial lo siguió barbotando maldiciones, pero, al pisar el áspero suelo, descalzo como estaba, las piedrecillas se le clavaron en la planta de los pies.

Regresó a la pieza y se calzó unas alpargatas. Aplacado en algo ya su cólera, dejó el revólver y recogió la fusta en el deseo de perseguir y dar un condigno castigo a su burlador.

Leiva, que se había detenido unos metros más adelante, al verlo salir nuevamente reanudó su carrera. El ruido de sus pasos guió a Arzásola que lo fue persiguiendo e insultando a la par.

—Ta bravo l'ofisial capá de quererme balear... —pensó el cabo y prosiguió su fuga.

Llegó a una esquina y torció por una calleja lateral, oscura y silenciosa. Siguió un trecho y buscó disimularse en el hueco de un portoncillo de madera que encontró a su paso.

—Puede ser que no me vea y pase de largo... —murmuró apoyándose contra el mismo.

A su contacto la hoja cedió y se abrió chirriando sobre un patio en sombras.

Súbitamente una luz brilló ante sus ojos, encegueciéndolo y un golpe recibido en la cabeza lo devolvió a la calle donde quedó tendido y sumido en la inconsciencia.

El silencio y las sombras volvieron a enseñorearse del lugar cuando, después de unos minutos, apareció Arzásola a quien el fresco nocturno y el cansancio habían calmado casi por completo pero que aún seguía tras el bromista por un sentimiento de orgullo.

—Tengo que darle una lección —se decía— para que distinga las jerarquías...

De pronto tropezó con el caído, trastabilló y cayó a su lado.

—¡Un borracho!... —fue lo primero que pensó, pero al apoyarse sobre él para tratar de levantarse sintió bajo su mano el corraje y los botones del uniforme.

Inútilmente aguzó su mirada pero no pudo distinguir las facciones.

—¡Pero!... ¡Si debe ser Leiva!... A lo mejor se enredó y cayó golpeándose malamente —prosiguió y buscó con su mano el lugar del corazón para ver si latía—. Aún vive... ¡Gracias a Dios!...

Buscando a ciegas pudo dar con el silbato que el cabo llevaba en un bolsillo y, de inmediato, hizo sonar las llamadas de auxilio.

Enseguida llegaron don Frutos y un agente y entre los tres transportaron el cuerpo del desvanecido a la comisaría.

Durante el camino el oficial le fue explicando a su superior lo acontecido, pero juró y perjuró que no tenía nada que ver con el desmayo.

Ya en el local lo acomodaron en una silla y le pusieron paños tríos sobre un tremendo chichón que, grande como una mandarina, tenía en la cabeza.

Don Frutos, dirigiendo una mirada a la fusta de cabo de plata que Arzásola aún llevaba colgada de la muñeca mediante una cadenilla, le preguntó:

—¡Pero, che!... Tenés que haberle dau con el mango pa haserle una cosa así...

—Si no fui yo, don Frutos, ¡créamelo!... —se disculpó el acusado.

En ese momento el cabo abrió los ojos y empezó a quejarse débilmente.

Esperaron que reaccionara un poco más y, entonces don Frutos sacudiéndole de un brazo le interrogó paternalmente:

—¡Eh!... Leiva... Leiva... Contestame si podés... ¿Qué te pasó?...

Algo como una sombra de horror pasó por el rostro del dolorido y contestó:

—¡Jesús che yara!... La luz... la luz mala jué... —y vencido por el esfuerzo volvió a cerrar los ojos.

Lo examinaron detenidamente y al no encontrarle lesión de mayor gravedad resolvieron dejarle acostado en un catre, para que descansara, encargando al agente para que, periódicamente, le renovara las compresas.

—Güeno, vamoj a ver lo que dice mañana cuando despierte —dijo don Frutos y dirigiéndose al oficial le ordenó—. Y vos, andá a dormir nomás...

—Si quiere puedo quedar para cuidarlo...

—No va a hacer falta... ¡Hasta mañana!...

—¡Hasta mañana, entonces!...

Ya se retiraba el oficial cuando el comisario burlonamente le recomendó:

—Y tené cuidau con laj anguila ¡eh!...

El joven, al oírlo, ante el recuerdo de la angustia pasada, sintió que un estremecimiento de pavor le corría por la médula.

IV

Ña Zoila que estaba acomodando, sobre unos zarzos de ramas, unos pedazos de carne para hacer charque vio en el patio del rancho de enfrente a su vecina, doña Rosa, la esposa de don Deogracias Quiroga, y cruzó la calle para ir a hablar con ella.

Después de los saludos y con tono de misterio le dijo:

—¿Anoche no vido nada Ña Rosa?...

—¡No!... Dende que vicie las luces n'el patio'el finau Quinteros apenitas se pone el sol cierro la puerta con la tranca y ya no salgo más... Endemás le tengo prometida una novena a la Virgen'e Itatí por l'alma'l viejo...

La otra miró hacia todos los lados, temerosa y continuó:

—Pues anoche, aparecieron otra vez...

Se santiguó doña Rosa y exclamó:

—¡Jesús, María y José!...

—Sí, salí pa ver que eran unos ruidos que sentí cerca'l gallinero, cuando escuché ruido de pasos, después distinguí la luz y oí como un quejido...

—¡Ajá!... ¿Y después?...

—Después no quise saber más nada, me metí adentro y ya no salí más...

—Si hasta me están dando ganas'e mudarme porqué aquí con esas luces ya no se va a poder vivir, pero... ¡vea quiénes vienen!...

—Son don Frutos, Leiva y l'oficial...

—Y van pa la casa'el viejo Quinteros...

Las dos mujeres se asomaron a la acera para ver el grupo que, a un centenar de metros más allá, se acercaba al lugar donde la noche anterior había caído Leiva.

De los tres hombres llamaba de inmediato la atención el cabo que ostentaba en la frente un vendaje a modo de vincha.

—¿Ande viste la luz mala?... —preguntó don Frutos.

—Ahí, nomás comesario, n'el portón del viejo Quinteros. Apenitas lo abrí y metí la cabeza se apareció.

—¡Ajá!... Y vos Arzásola, cuando viniste no trompesaste con denguno?...

—Con ninguno, don Frutos... Venía atento a todos los ruidos así que me hubiera dado cuenta.

—Ta güeno, dentremos...

Leiva, que era muy supersticioso dejó que los otros entraran primero, luego se persignó y penetró también. La casa estaba silenciosa. En el amplio patio algunos coposos naranjos daban fresca sombra. Don Frutos anduvo un trecho y señalando un trozo de tierra removida dijo:

—¡Mirá Arzásola...! ¿Te parece que eso lo haigan hecho las luces malas?...

—¡No!... Eso es obra de seres humanos...

—Alguno que habrá andau buscando las botijas'e plata que dicen que tenía enterrada'l viejo Quinteros —intervino Leiva.

Y enseguida agregó:

—Pero a la luz mala yo la vide... ¡Se lo juro!... —Y besó a dos dedos puestos en cruz.

Don Frutos, que mientras tanto estaba observando, sentado en cuclillas junto a la puertecilla, unas huellas en la tierra, se incorporó y le respondió:

—Vo lo que viste jué la lu'e una linterna que te encandiló pa así encajarte el garrotaso, pues...

Titubeó un momento el cabo y luego confirmó:

—Cierto... pa luz mala era dimasiau risplandor... ¿Quién habrá sido?...

Desechado el aspecto supersticioso el rencor le puso un brillo maligno en la mirada.

—Vamoj a ver... —siguió don Frutos y le ordenó—: Mostrame la herida.

Leiva se desató el vendaje y le hizo ver el hematoma.

El comisario lo estudió con todo detenimiento y aun le arrancó algunos quejidos cuando presionó a su alrededor preguntando:

—¿Te duele aquí?... ¿Y aquí?... ¿Acá no?... ¡Claro!... Este golpe lo encajó un zurdo...

—¿Un zurdo?... —se asombró el oficial.

—Sí y está bien patente... Vamoj a riconstruir la escena... A ver, cabo, meté la cabeza como anoche...

—Güeno, pero no vaya na pegar ¡eh! que nu es de jierro...

—Perdé cuidau, va ser tuito simulau...

Don Frutos se puso en el lugar donde estaban las huellas y cuando Leiva empujó la hoja de madera e introdujo la cabeza, indicó:

—Ve, oficial, el que estaba acá lo encandiló con la linterna que tenía en la derecha y le sacudió el golpe con la izquierda, por eso el chichón está pa este lau... De haber sido al revés la magulladura habida que haber estau maj al frente o al otro costau...

—En efecto... Tiene usted razón —aseveró Arzásola.

—N'este vecindario l'único zurdo es Clímaco Barrientos... Y ese nunca se

quejó'e las luces... ¡Hum!... Lo vua a citar pa interrogarlo...

—¿Quiere que vaya yo, don Frutos? —se ofreció Leiva.

—No, m'hijo —replicó don Frutos y al ver la expresión de su subordinado agregó suavemente pero con firmeza —: Y si te querés poner vo a risolver esto por tu cuenta te vua a encajar tal talerazo que ese bulto que tenés va a quedar petizo al lau del otro...

—No ha de, don Frutos —condescendió el cabo de mala gana.

—Muchas gracias, Juan Moreira —dijo don Frutos entregándole el mate al cabo que quedó frente a él sorprendido.

—¿Por qué, pa Juan Moreira, comesario? —preguntó.

—Por esa vincha... Estás igualito que un gaucha pa'l carnaval —rió el interrogado mientras Leiva refunfuñando y masticando sus rencores fue a dejar el mate en la cocina y volvió a sentarse en una silla, en un rincón.

En ese momento entró el agente de guardia y advirtió:

—Don Frutos... ahí está Clímaco Barrientos, al que usté lo hizo llamar...

—Está bien, hacelo pasar...

Arzásola que leía en una mesita de un costado dejó el libro y se dispuso a actuar si sus servicios de sumariante eran requeridos.

Barrientos entró haciendo dar vueltas entre las manos a su aludo sombrero y miró inquieto hacia la esquina donde se hallaba el malhumorado cabo Leiva.

Se detuvo frente al escritorio del comisario y dijo con aire que quiso ser de protesta.

—Vengo nicó a ver pa qué me hizo llamar.

Sin inmutarse don Frutos le dijo:

—Perdoná Clímaco, pero quisiera saber si vo no viste las luces malas en lo de don Liborio...

—¡No!... Yo no las vi nada...

—Y, entonces, si no es de miedo a las luces esas ¿cómo pa es que hace un tiempito que no se te ve por la noches n'el boliche?... Antes no solía faltar ni cuando llovía...

—Creo que no tengo ninguna obligación pa dir... Voy cuando se me dea la gana...

—No te enojés que va a ser pa tu bien... pero es el caso que yo me he ponido a pensar...

—Me he puesto... —interrumpió Arzásola sin poderse contener ante el barbarismo de su jefe.

—¿Qué te has puesto? ¿La gorra o el sombrero? —le dijo don Frutos.

—Perdone, pero no se dice «me he ponido», sino «me he puesto».

—Vo dejame a mí que si yo le haulo en difísil este no me va a entender...

Suspiró resignado Arzásola y don Frutos continuó el interrogatorio:

—Güeno, el caso es que yo... —se detuvo, miró intencionalmente al oficial y agregó— he pensau que dos y dos son cuatro...

—Y eso que tiene que ver conmigo, pues... —replicó Barrientos a quien todos estos preámbulos estaban poniendo sumamente nervioso.

—Pues que lo mismo resultá'e vo y las luces malas...

—No entiendo...

—Sencillo: vo vas al boliche, no hay luces malas, vo no aparecé por lo 'e don Pedro y salen las luces malas...

—Casualidá...

—Sí, m'hijo, una casualidá jué que no le rompiste el mate a Leiva anoche...

—¡Ahijuna!... —se levantó el cabo furioso y Barrientos se replegó hacia el escritorio.

—Sentate, Leiva, que entuavía no hemos terminau...

—¡No sé nada!... ¡Yo no sé nada! —casi gritó Clímaco que se había puesto pálido—. Déjeme dir...

—Si no juera que endemás sos surdo te hubiera dejau, pero el que le hizo eso al cabo era surdo como vos... ¿Y aura, queré declarar de una vez o no?

Se empecinó el otro y repuso:

—Yo no juí y no sé nada de las luces esas...

—Entonces, si no querés confesar conmigo yo me vua a dir con l'ofisial a dar una güelta y te via a dejar con el cabo pa que te interrogaue...

Pero a Barrientos que conocía por oídas la fama de Leiva le bastó mirar el vendaje que ocultaba el chichón de la frente y, sobre todo, el gesto de malévola satisfacción que hiciera aparecer en su rostro esa sugerencia para decidirse.

—No, don Frutos... prefiero con usté... juí yo...

—¡Vos! ¡Añamembú!... —tronó Leiva y se levantó agresivo, pero don Frutos le clavó los ojos fijamente y, vencido por la autoridad, volvió a su asiento.

—Perdone, cabo... —se explicó Clímaco— jué sin querer... Sentí ruido y me asusté...

—¿Qué andabas buscando por allí? —continuó don Frutos.

—Y, como decían que el viejo Liborio sabía enterrar en botijas su dinero quise ver si era cierto...

El comisario, al oírlo, se pasó la mano por la barbita en un gesto que le era habitual cuando se sentía preocupado y luego de una breve pausa sonrió, y dijo:

—¡Ajá!... Pues aura te vua a dar permiso pa que lo hagás de día. A vos y a tuitos los que quieran buscar, pero si encuentran algo tienen que pagar el 10 por ciento'e impuesto a los tesoros perdidos...

—¿De veras?... ¿Me va a dejar? —dijo Barrientos.

—Sí, l'ofisial va a hacer un plano del patio y a tuito el que quiera buscar le vua a señalar una parte, pero eso si... después de hacer los pozos tienen que emparejar el terreno con un rastrillo.

—¡Cómo no, don Frutos!...

—Pero no te alegrés tanto que vos tenés que arreglar una cuenta...

—Cierto —aceptó Barrientos y volvió a mirar al cabo que seguía con gesto sombrío en su asiento.

—A ver... violación'e domicilio, atentau contra la utoridá, lesiones... ¡hum!...

Son muchos cargos, Clímaco...

—Me va a poner preso, entonces... ¡Qué lástima, porque loj otro me se van a adelantar y van a sacar el «tapau»!

—No te aflijás... Vos solés trabajar'e pintor, ¿no?...

—Así es, don Frutos.

—Güeno, te vua a perdonar tuitas esas cosas con la condición que pintés la escuelita. El capitán Giménez te va a dar los útiles y la cal.

—¡Cómo no, don Frutos! —aceptó Clímaco satisfecho con el arreglo.

—Además le tenés que traer a Leiva una botella'e caña pa que se haga compresas n'el golpe...

—¿Compresas de caña, don Frutos? —se asombró el otro.

—Sí, m'hijo... la caña tiene alcol y l'alcol es lo mejor pa desinfectar heridas y machucones...

Apenas corrió la noticia que don Frutos concedía permiso para que se buscaran las afamadas «botijas con plata» en el patio de don Liborio fueron muchos los llegaron a la comisaría en procura de la correspondiente autorización.

Arzásola había confeccionado un sencillo planito y dividido el mismo en varias parcelas que don Frutos ofrecía al interesado.

—Tenés pa elegir... aquí un lindo lote'e tres por tres... aquí otro de dos por cuatro... o si no este de cuatro por cuatro junto a la paré...

—Deame el más grande don Frutos...

—Está bien, pero ricordá que después que busqués me tenés que dejar el terreno bien parejo con el rastrillo...

—Pierda cuidau, don Frutos...

—Y si te olvidás, Leiva andrà por ahí pa hacerte hacer memoria ¡eh!...

Una tarde el oficial, que no se explicaba la extraña actitud de su superior, aprovechando un momento en que se encontraban solos le dijo:

—¿Pero usted cree que, realmente hay algo escondido en ese terreno?

—¡Y cómo no!... Vas a ver que montón'e plata va a salir...

—Lo que es hasta ahora solo han sacado zapatos viejos, latas y cascotes...

—Porque no saben buscar... Ya vas a ver cómo, algún día, alguien encuentra que hay mucho dinero... vamos a ver cómo trabajan...

Salieron, caminaron unas cuabras y llegaron al patio. Como ya había transcurrido cierto tiempo, muchos habían explorado su pedazo al dedillo y abandonado la búsqueda, pero eso sí, dejando su concesión bien arreglada conforme a

las indicaciones de Leiva.

Solo quedaban, ya en el fondo de la casa, dos hombres en su labor. Uno de ellos estaba efectuando un profundo agujero y don Frutos, asomándose al borde le indicó:

—Tené cuidau que no te vayas a salir'l otro lau, Terencio...

El aludido arrojó el pico al suelo y exclamó:

—Tanto trabajar al cuete y no hallamos nada... Habían sido tuitos cuentos los del «tapau»... Yo renuncio...

Salió de la excavación y ya iba a tomar sus cosas para alejarse cuando el cabo le indicó severo:

—Antes de dirte golvé a meter la tierra ande la sacaste y emparejá el terreno, pues...

Terencio gruñó algo entre dientes y empuñando la pala comenzó a cumplir con lo ordenado mientras don Frutos salía con Arzásola.

—¿Vio que no había nada de utilidad, comisario? —expresó el oficial.

Rió don Frutos y agregó:

—Vamos a verlo al capitán Giménez pa que con su asistente, Leiva y los alumnos maj grandecitos e' la escuela, aprovechen tuito ese terreno removido pa hacer una güerta con las semillas que hace una semana le encargué a don Pedro... Así dentro'e poco no va a faltar verduras pa'l «Comedor Escolar»...

Dándose cuenta de la argucia de su jefe para hacer trabajar a sus reacios convecinos, el oficial también se echó a reír...

V

Los días pasaron y el panorama educacional fue cambiando lenta, pero no por ello menos favorablemente. El edificio se ofrecía luciente y níveo gracias a la mano de cal que le dio Clímaco Barrientos y, a poco, el comedor escolar fue agregando al loco tradicional otros platos hechos con la base de las legumbres que le ofrecía el huerto establecido en el antiguo patio de don Liborio, que ya debía descansar en paz pues dejaron de verse las temidas luces malas.

Con el producto de lo recaudado en la reunión inicial se mandaron a arreglar los bancos destartalados y se compraron diversos elementos entre los que figuraba un gran pizarrón.

También se dotó de guardapolvos o delantales a los niños más necesitados y con ello el perdido interés por la enseñanza pareció renacer nuevamente.

—Yo no sé cómo agradecerles —decía una tarde la maestra y directora a don Frutos y al capitán Giménez. Gracias a ustedes dos he conseguido que alumnos que hace tiempo habían desertado volviesen al aula y que la asistencia se mantenga en buen promedio.

—Lo mejor —dijo Giménez— es que ya he visto q' algunos de los niños han empezado a hacer huertecillas en el fondo de sus casas...

—¡Claro! Con las plantitas que se llevan medio a escuendida'e la grande —dijo don Frutos y se mesó la barbilla.

Nélida los miró sonriente y replicó:

—¡Buenos están ustedes para reprochar a mis pobres «cununicitos» esos pecadillos que hacen urgidos por la necesidad!... El presidente de la Cooperadora organizando a mis espaldas una «tabeada» para recolectar fondos...

—¡No me diga! —fingió escandalizarse el comisario.

—Y usted, engañando a los pobres vecinos con el cuento del tesoro escondido para que le removieran el terreno que pensaba dedicar para huerta escolar.

—Y eso no es nada —añadió el capitán y se echó para atrás en la silla donde se hallaba sentado—. ¿A que no sabe por qué todos los estancieros de la zona respondieron a nuestro pedido y mandan periódicamente su contribución de carne para el «Comedor»?...

—Porque son gente buena, porque comprenden la labor humanitaria que la Cooperadora realiza y porque quieren ayudar a los necesitados...

—¡Ahí está!... —saltó don Frutos—. Tuitos lo hacen'e güen corazón nomás y cierre el pico...

—Perdone, señorita, pero usted parece haber olvidado al Evangelio...

—¡Yo!...

—Sí, porque en una de sus partes dice, por boca del Divino Maestro: «Es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja que un rico entre en el reino de los cielos».

—Sí, pero los tiempos han cambiado...

—Podrán haber cambiado tiempos y costumbres, pero lo mismo sigue duro el corazón del egoísta. ¿Acaso ellos no se dieron cuenta antes de la miseria de estos pobres chicos? ¿Cree que fue usté la que les abrió los ojos?

—Simplemente discuido, pero ¡ahí tiene cómo bastó una amable solicitud para que todos respondieran...!

—Vamos, Capitán, se está haciendo tarde —manifestó don Frutos y se incorporó.

—No, señor, primero deseo que esta jovencita aprenda algo de la dureza de la vida... Fue don Frutos el que los obligó...

—Yo no obligo a naidés, che capitán...

—¡Es absurdo! No puedo creer que don Frutos sea arbitrario.

—Es que hay maneras y maneras...

—Vamos che capitán... —siguió insistiendo el viejo.

—Antes quiero que esto se aclare —manifestó la maestra y se puso frente al ex militar con los brazos en jarra—. No aceptaré nada más si no es bien habido.

—Por eso no se apure, que todo es legal.

—¿Entonces?

—Pues que su amigo el comisario, cuando hay algún estanciero remiso, no se preocupa que los cuatreros hagan de las suyas en sus campos...

—Es que tengo muy poca gente pa vigilar a tuitos loj establecimiento 'e la zona... —se defendió el funcionario.

—¿Y los otros no protestan?

—¡Claro que lo hacen! Vienen furiosos, pero su amigo, agarrándose la barbita les dice muy suavcito: «Tiene razón, señor, pero mi personal es muy escaso...». «¿Y cómo le alcanza para vigilar los otros campos?» —replican y él, siempre paciente les dice—: «El caso es que esos mandan carne para el comedor de la escuela y cuando los chicos o los padres ven gente extraña vienen y me avisan. ¡Son de agradecidos estos chicos!».

—Y la verdá es que loj pobrecitos son muy agradecidos —interrumpió don Frutos.

—Entonces los otros se dan cuenta que si no contribuyen no tendrán protección contra los cuatreros que se vienen como moscas desde los esteros cuando ven alguna oportunidad...

—¡Y yo que creía que lo hacían de generosos! —se sonrojó ella.

—Lo que importa es que loj muchachitos tengan qué comer y que no se haga nada ilegal —acotó don Frutos y llegando a la puerta añadió—: Y aura si el capitán quiere quedarse que se quede, yo me tengo que dir...

—No, si ya voy con usted —manifestó el militar y despidiéndose de la maestra se puso a su lado y salieron.

La maestra los vio alejarse y quedó pensando en sus extrañas psicologías, en la bondad de sus almas y en los medios curiosos que tenían para lograr sus fines.

Tocado con una boina negra y vestido con ropas de paisano el forastero descendió del caballo, que tenía los ijares blancos de sudor, lo ató al palenque del almacén y ya iba a penetrar en el negocio cuando vio acercarse a Ojeda, el asistente del capitán Giménez y, rápidamente, fue hacia él.

Don Frutos que, apoyado en el mostrador conversaba con don Pedro, el dueño del boliche, lo siguió con la mirada con mucho interés.

—¿Quién será?... —preguntó al dueño—. De por estos lados no es...

—¡Ajá!... —asintió el comisario y continuó con su observación.

Ojeda divisó al forastero y debió reconocerlo porque apresuró el paso para venir a su encuentro. En su precipitación pareció tropezar porque casi cayó, arrodillándose, y se tomó de la mano del otro que, con gesto enérgico lo levantó y palmeándolo vigorosamente en la espalda, lo llevó a lo largo de la calle conversando con él.

—Debe ser un paraguayo porque lo conoce a Ojeda —expresó el almacenero—, en fija lo viene a buscar al capitán...

—Tal vez —le contestó el comisario y dejó el negocio yendo para el local policial, pero una profunda arruga marcaba en su frente la preocupación que lo invadía.

Esa noche cuando el paraguayo, como acostumbraba a hacerlo habitualmente, llegó hasta la comisaría para pasar la velada conversando con el oficial sobre temas literarios o de los acontecimientos internacionales que no les merecían interés a los demás capibarenses, se encontró con don Frutos.

—¿Y Arzásola? —preguntó—. ¿No le corresponde hoy estar de guardia?

—Sí, pero lo mandé a hacer la ronda en mi lugar...

—Muy bien, lo esperaré...

—Mientras tanto poderemos haular un rato... ¿No le parece?

—Como usted guste, don Frutos —accedió el ex militar, pero algo en las maneras de su interlocutor le hizo poner en guardia.

—¿Trujo güenas noticias el cura revolucionario? —dijo de pronto.

—¡Cura!... ¿Qué cura? —replicó Giménez...

—El que llegó esta mañana, cerca'l mediodía y lo jué a buscar en compañía'e Ojeda...

El rostro honesto del capitán testimonió la tormenta de pasiones que bullía en su interior, pero, finalmente, concedió:

—Ha sido usted tan bueno y leal conmigo que no puedo engañarlo... Efectivamente, hoy, vino un emisario de nuestra junta en Buenos Aires, pero... ¿cómo supo que era un sacerdote si vestía de civil?

—Porque lo estuve vigilando y oservé que Ojeda, cuando lo vido, se quiso arrodillar y besarle l'anillo como hacen nojotros paisanos con loj curas y aunque se lo impidió yo le adiviné l'intención...

—A usted nada se le escapa, don Frutos...

—Es mi obligación... Además me informaron, hace un tiempo, que estuviera con loj ojos abiertos porque había un fraile que quería pasarse al otro lau pa tratar'e hacerle bochinche a loj'el Gobierno...

—En realidad sabiendo la confianza que usted me dispensa y la libertad con que me muevo vino a ver si lo podía ayudar para ir a la patria. Cree que al llegar allá el pueblo se va a alzar en favor de sus ideales...

—O lo van a poner contra una paré pa pegarle cuatro tiros...

—No lo creo, si vivo es peligroso convertirlo en mártir lo sería mucho más...

—Si usted quisiera en una canoa chiquita en menoje tres horas estarían.

—Es verdad.

—¿Cuándo van?

—No nos vamos, don Frutos... Él ya se volvió para la Capital. Pienso que ahora va a intentar algo por el lado de Clorinda.

—¡Hum!... Si se puede saber... ¿qué lo ató a Capibara-Cué, che capitán?... ¿Jue-ron loj lindos ojos'e la maistra?... Porque no creo que haiga sido falta'e coraje.

—Sin embargo me faltó valor para hacerlo.

—No puedo creerlo.

Suspiró el paraguayo y prosiguió:

—Me faltó valor para faltar a la palabra que le diera cuando le pedí asilo... No se olvide que estoy bajo su responsabilidad...

Lo miró intensamente el viejo y preguntó:

—Me interesaría saber de qué partido es: ¿Colorau?... ¿Liberal?... ¿Febrerista?... ¿O trabaja por su cuenta?

Giménez empezó a pasearse de arriba a abajo por la sala mientras hablaba.

—Antes pude tener una divisa que me separara de los demás, pero, ahora, que estoy en tierra ajena soy solamente un paraguayo... ¡nada más!... Un paraguayo que se duele de la miseria, del atraso, de las luchas intestinas y del odio que divide a sus hermanos. Ahora soy solo un paraguayo triste que quisiera volver a trabajar, aunque sea con la pala o el pico, para devolver a mi tierra el poderío que antes poseyó y que ha perdido, para que así tenga el lugar que merece entre las naciones de América...

—¿Y con tuito eso no se decidió a quebrantar la promesa que le hizo a este infeliz comesario'e campaña?... Yo no sé si hubiera sido capá de lo mesmo en un caso ansina...

—Usted hubiera procedido igual, don Frutos... Quien no mantiene su palabra, carece de honor y un hombre sin honor no puede ser buen patriota... Y ahora, discúlpeme, pero me voy a ir a casa... Dígale al oficial que mañana vendré a acompañarlo... Hoy no podría...

Salió con paso marcial, la frente en alto y los ojos brillantes para perderse en las sombras de las calles desiertas.

Hubo un ladrido de perros a la distancia y, luego, conducido por Arzásola y el cabo Leiva vino Gerundio Yañez en completo estado de ebriedad, barbotando maldiciones y tratando de desasirse de los policías.

—Ya lo estaba estrañando —dijo don Frutos al verlo—. Llevenlón al calabozo. Este es como cobrador, siempre cae pa los primeros días'el mes...

En seguida retornó el oficial y explicó:

—Le dio una paliza bárbara a la mujer y después la echó de la pieza para que durmiera en el patio. Oímos los gritos y acudimos... Ella lo denunció y pidió que lo tengamos preso si es posible para toda la vida...

—Cosas'e siempre, che oficial...

—Yo creo que esta vez al hombre se le fue la mano y ella no está dispuesta a perdonarlo. ¿Empiezo a labrar el sumario?

—Dejalo mejor pa mañana... ¿Quién te dice que no se arrepienta y luego retire l'acusación?

—No lo creo posible, pero si usted lo dispone así...

—Es que yo conozco a mi gente, che oficial... Ellos tienen sus leyes no escritas y las respetan...

—¿Qué leyes, comisario?

—Pues que el hombre debe'e mostrar que manda'n la casa y pa ello no encuentra nada mejor que bajarle a la compañera una tanda'e palos...

—¿Aunque ella no le dé motivos?

—Aunque no se los dé, pero pa mantener la jerarquía, pues...

—Son cosas de salvajes...

—Serán, no te lo discuto, pero pa ellos es la base'e su felicidad. Dispués...

—¿Hay algo más?

—Sí, cuando l'hombre no le da unoj palos'e ves en cuando a la mujer esta se imagina que ya dejó'e quererla...

—Eso es absurdo...

—Puede ser, pero recordá que hay un rifrán que no loj inventaron ellos sino lo trujeron loj españoles que dice «Quien bien te quiere, te hará llorar...». Y aura, como ya es tarde, noj vamoj a dir con Leiva pa dormir... A vos te toca la guardia hasta mañana... ¿no es verdá?

—Sí.

—Entonces ¡hasta mañana!...

—Hasta mañana, don Frutos...

El oficial, una vez solo, se acomodó en una mesa, junto a la lámpara y se puso a leer para distraer las horas, cuando, un rato más tarde, oyó un ruido en la puerta y vio dibujarse contra ella una sombra. Era una mujer de mediana edad, con un gran bulto bajo un brazo y un paquetito en el otro.

—Güenas noches... —dijo y se adelantó.

—Buenas noches, señora... ¡Ah!, pero es usted —contestó el oficial reconociendo a la mujer de Yañez—. ¿Qué desea?

—Vine pa traer esto pa mi hombre...

Arzósola le miró en el rostro los hematomas que revelaban el castigo sufrido bacía poco y se extrañó:

—¿Después de todo lo que él le hizo todavía se preocupa por su bienestar?

Levantó de súbito el rostro la mujer y replicó:

—¿Y qué otra cosa quiere que haga, si es «mi hombre»?

El oficial quedó sin comprender si el «mi» denotaba la resignada entrega que ella hacía de su ser al varón o si era la orgullosa demostración de su sentido de posesión.

Se encogió de hombros y adelantándose a la misma, invitó:

—Sígame, vamos a dejarle eso, pero en seguida debe retirarse.

—Sí, ya lo sé, pero por lo menos pa que duerma cómodo y pa que mañana, al despertarse tenga unas tortitas pa comer...

VI

El sol brillaba, enorme y despiadado, en el cielo sin nubes y sus rayos arrancaban cegadores reflejos a las aguas del Paraná, amustiaban las hojas de los árboles y despojaban de su fresco verdor a las hierbas del campo. La mayoría de la gente estaba entregada al descanso de la siesta y solo un puñado de pilluelos, tras de haberse bañado en el río, ascendía, inquieto y algarero, por el abrupto camino de la barranca rumbo a un monte cercano abundoso en frutos silvestres.

Casi todos ellos iban descalzos o con deshilachadas alpargatas, pero la curtida piel de sus extremidades no sufría por el contacto con las espinas o las asperezas del sendero. Llegados al punto de destino, pronto se desparramaron entre los árboles en busca del agrídulce ubajay, del exquisito ñangapirí, del sabroso guapurú o del dulcísimo arachichú. Sus gritos iban como monos sonoros saltando de rama en rama, resbalando por los troncos o corriendo por entre las mal dibujadas sendas.

—¡Poli!... Vení a ver qué lindo guapurús...

—¡Pancho!... ¡Pepe!... ¡Carmelo!... ¡Acérquense pa este lao onde hay un guayabal'e mi flor!...

—¡Ejame tranquilo Meterio que m'estoy empachando'e ñangapirises!... —respondía alguno, pero los demás seguían en sus andanzas sin prestar atención a las solicitudes.

Críspulo, uno de los más pequeños, con la boca y las mejillas teñidas con los tintes de los frutales y los húmedos cabellos revueltos se descolgó ágilmente de la planta donde se había alojado y se abrió paso por entre la crecida vegetación para proseguir su búsqueda cuando vio a la niña.

Estaba en una especie de claro del monte, acostada como si durmiera. La leve brisa jugaba con sus cabellos rubios y los volteaba sobre el rostro infantil, pero, con todo, se podía apreciar la tez lechosa y los rojos y pulposos labios de la pequeña boca extrañamente abierta.

—¡Marieta! —se dijo el muchachuelo reconociendo a la hija de don Giusepe, el herrero, y se acercó de puntillas para despertarla sorpresivamente y gozarse en su asombro.

Pero, al estar más próximo, vio que los lindos ojos azules estaban fijos aunque un rayo de sol caía sobre uno de ellos, le extrañó la posición de las manos, rígidas y crispadas, sobre el pecho núbil que no alentaba y un terror súbito, que le vino desde el fondo del instinto, le hizo lanzar un angustioso alarido que reunió al momento, a su alrededor, a la infantil pandilla.

—¡Allí!... ¡Marieta!... —exclamó sollozante.

El tono de su voz y la imperturbabilidad de la yacente hicieron adivinar a los recién llegados la presencia intangible pero ominosa de la Muerte. Uno, más audaz, quiso acercarse para tomarle el pulso, pero Policarpo, el mayor, lo contuvo aferrándolo del brazo mientras decía:

—¡Dejala como está!... Vamos a avisarle a don Frutos, el comensario...

—¡Vamos! —corearon todos y se lanzaron hacia el camino del pueblo con su fatídico mensaje.

Pero Crispulo no pudo seguirlos. Acercándose a un árbol empezó a vomitar y entre Pancho y Emeterio tuvieron que llevarlo a su casa.

Felizmente don Frutos, el oficial Arzásola, el cabo Leiva y los agentes fueron los primeros en llegar al lugar porque enseguida la noticia se desparramó por el pueblo y todo Capiraba-Cué acudió al sitio del suceso con su piedad y su indignación. Leiva y sus hombres debieron efectuar ingentes esfuerzos para evitar que los curiosos penetraran hasta el claro del monte donde estaba el cadáver de Marieta.

—Frente a infamias como estas, uno lamenta que entre nosotros no exista la pena de muerte... —se lamentaba Arzásola—. Tenemos que encontrar al culpable para darle su castigo.

—Sí, pero no lo vas a hallar si te quedás ahí como embobau —le replicó su superior cuyos ojillos recorrían incansables el contorno en busca de rastros.

—El monstruo la sorprendió, la atacó y la estranguló para acallar sus gritos. Vea en el cuello la marca de los dedos... Sería algún forastero que, al pasar por el camino, la vio entrar en el monte y la siguió.

—¡No!... No era d'ajuera —le respondió don Frutos que observaba una rústica cestita donde la niña había recogido sus frutos—. Buscá a ver si encontrás algo, pues...

—¿Y qué vamos a encontrar aquí? En este pasto y entre hojas no quedan huellas... No ha dejado ni una seña, ni un simple rastro...

—Algunos dejó m'hijo... Y aura vua a llevar el cadáver al padre si vos no te oponés...

Avergonzado de su ineficiencia el oficial ya iba a asentir cuando, invadido por una súbita inspiración, pidió:

—¡Un momento, don Frutos!... Déjeme revisarle las manos, a lo mejor...

—Hasete el gusto, pero no creo que vayás a encontrar nada'e valor...

Arzásola sacó dos papelitos de armar cigarrillos y con la ayuda de un cortaplumas fue limpiando las uñitas y recogiendo las pequeñas partículas que caían.

Luego el comisario alzó en sus brazos a la chiquilla inerte y la llevó hasta el camino, donde Leiva y unos vecinos apenas si podían contener a don Giusepe que pugnaba por ir en busca de los restos de su hija.

El padre al ver a la criatura lanzó un tremendo gemido, luego al recibirla, la estrechó contra el pecho y la besaba sin consuelo. Después, con los brazos tendidos como si llevara en ellos un manojito de lirios, fue por en medio de la calle rumbo al hogar, bajo el sol inclemente.

Detrás seguían los hombres con el sombrero en la mano y, poco a poco, las mujeres se fueron uniendo al cortejo. De pronto una vieja inició el rezo:

—Padre nuestro que estás en los cielos...

Despreciando toda ayuda el padre seguía marchando con la pequeña en brazos y la rubia cabellera flotante resplandecía como oro bajo el castigo implacable del sol de la siesta.

Don Frutos, Arzásola y Leiva volvieron al lugar a seguir sus investigaciones.

—Me se hace —apuntó Leiva— que al que hizo la fechuría no lo vamoj a agarrar... Naides tiene de haberlo visto porque a estas horas tuitos duermen la siesta...

—Creo lo mismo —señaló el oficial— y además no ha dejado el menor rastro...

—No vayás a creer... —le retrucó don Frutos—. Ya algunas cositas sé y laj otras las veré de buscar...

—¿Qué sabe, por ejemplo?... —inquirió Arzásola.

—Pérate... vamoj a recorrer un poco'l camino por si hay alguna señal'e caballo atau...

Salieron del monte y fueron arriba y abajo de la senda por algunos centenares de metros observando el suelo polvoroso sin encontrar lo que buscaban.

—D'haber estau algún animal a la espera habiera dejau el lugar enllenito 'e pisadas, porque habiese tenido que moverse mucho pa librarse'e los tábanos y laj moscas.

—¡Ajá! —afirmó Leiva.

Retornaron al punto de partida y mostrando el canastito con las frutas, siguió el comisario:

—Mirá... ahí estaba'l cuerpo'e la probresita, n'el medio'l cestito y aquí donde están esos yuyos machucaus estaba'l hombre sentao sobre los talones, lo que maj me afirma en mi creensia que vino a pie, porque pa sentarse así no debía tener espuelas...

—¿Y qué deduce de eso?...

—Si el hombre vino andando, es del pueulo y tiene que ser así en de no Marieta no se hubiera puesto a comer sus frutas con un desconosido... Tenía que ser amigo o algún vesino pa que teniera esa confiansa...

—¡Ajá! —volvió a afirmar Leiva.

—L'hombre la esperó aquí y le pidió lo convidara con lo que traía. La probresita aseté y ahí estuvieron comiendo y conversando. Allí quedaron laj semillas que tiraba ella, y ahí laj d'el. De pronto él se le jué ensima y como ella habrá empesau a gritar l'apretó el cuello y siguió y siguió hasta que la mató...

—¡Bestia!... —rugió Arzásola indignado.

—Luego al verla muerta, se asustó y se escapó pa'l pueulo. Esoj yuyos torsidos que estaban junto ande encuentramoj el cuerpito indican que dio güelta al talón pa cambiar'e rumbo... Aura, Leiva, ponete sobre los talones n'ese lugar y comé algunos guapuruses...

El cabo así lo hizo y arrojaba las semillas a un costado.

—Güeno... basta... L'hombre es maj petiso que vos...

—Eso es adivinanza... —deslizó el oficial.

—No m'hijo. No ves que Leiva dejaba caer los carosos maj lejos. Eso quiere decir que l'otro hombre tenía loj brazos maj cortos por ser maj retacón, pero enseguida vamoj a salir'e dudas...

Observó bien y midió cierta distancia con dos pasos y una cuarta.

—Debe andar por ensima'e loj uno y cincuenta, pero no mucho maj porque al tirársele arriba tienen que haber quedau cabeza a cabeza y dende tenía la punta'e los pieses hasta ande l'apretó el cuello, que se ve bien porque el pasto está más achatau, hay maj o meno esa medida.

Carraspeó y luego dijo dirigiéndose al oficial:

—¿Y vos encontraste algo m'hijo?...

—Nada por el momento, pero vayamos a la comisaría que puede ser que pueda añadir algo...

Una vez en el local policial Arzásola buscó una poderosa lupa que poseía, único resto del equipo científico con que se hubo provisto en sus comienzos y que hubo de dejar a un lado ante la carencia de gabinete y otras comodidades en esa modesta población, donde ni siquiera se tenían en cuenta las impresiones digitales por falta de archivos y medios de obtenerlas.

Ante la expectativa general sacó los papelitos que había guardado celosamente y observó con la lente los residuos extraídos.

—¿Y?... —solicitó don Frutos— ¿Ves algo?...

Hurgó con ayuda de una pluma de acero y extrajo algo que parecía un pedacito minúsculo de papel.

—¡Mire, don Frutos...! ¡Es un trozo de piel!... Marieta en su desesperación debe haber arañado a su agresor. Tiene dos pelitos negros de manera que el hombre debe ser moreno.

—Dejame ver, muchacho —se entusiasmó el comisario—. Cierto... Se ve patente que es un pellejo...

—Eso lo retiraré de la mano izquierda —prosiguió el oficial—, así que el asesino debe tener el rasguño en el lado derecho de la cara o en el cuello, porque estos pelitos cortos son de la barba o de la nuca...

—Morocho, de poco maj'e un metro y medio... amigo o muy conocido'e la familia y con un rasjuño en la cara o n'el cogote... —sintetizó el jefe—. Con esoj datos me se hace que no se va a dir muy lejos.

Y así fue, el tercer sospechoso citado a declarar fue Ulpiano Britos, que hasta hacía meses se había desempeñado como ayudante de don Giusepe en la herrería.

—Yo nicó estuve durmiendo toda la siesta y me enteré del hecho cuando ya la traían —alegó en su descargo.

Don Frutos se le acercó disimuladamente y de golpe le retiró el pañuelo del cuello dejando al descubierto sobre el mismo el rasguño delator.

—¿Y esto?... ¿Cómo te hisiste? —le urgió.

—Me habré rascau, pues, y me arañé solo.

—No, Ulpiano —dijo fríamente su interlocutor y se veía que luchaba por contener su cólera—. Eso te lo hiso la Marieta al defenderse. Ahí n'ese papel está el pellejo que te falta y que se lo sacamos'e laj uñitas'e la inosente.

—¡Mentira!... ¡Mentira!... ¡Yo no fui! —se defendió el otro.

Leiva salió del rincón donde estaba y pidió:

—Don Frutos... ¿Me deja a mí que lo haga reclamar?...

El funcionario insistió ante el preso:

—¿Vas a riclarar, Ulpiano?...

—¡No!... ¡Yo no fui!...

—Güeno, metelo n'el calaboso y hasete el gusto —accedió el comisario.

Arzásola, que vio como el cabo descolgaba de la pared el látigo de cuero de carpincho, tuvo un escrúpulo de conciencia.

—¡Pero, don Frutos!... Eso no se puede...

El viejo lo tomó del brazo y condujo hacia la puerta mientras le decía, con un tono nostálgico en la voz:

—¿Ricordás como era linda y güena, Marieta?... Pa las navidades siempre la sabían vestir e' virgen pa ponerla n'el pesebre'e la iglesia y aura...

Un grito de dolor llegó desde adentro y el comisario continuó:

—Era nicó l'única hija'e don Giusepe... Tenía loj ojitos asules mesmo como'l cielo y una sonrisa linda que a naides mezquinaba... ¿Y allá n'el monte la viste como quedó la pobresita?... Pero... ¿estás sordo que no oís lo que te digo?...

Otro grito de dolor vino desde el calabozo y Arzásola, secándose una lágrima, exclamó:

—Sí, don Frutos... estoy sordo... sordo... y no oigo nada... completamente nada...

Luego de lo cual salió a la calle y se echó a andar rumbo a la casa de Marieta dando grandes zancadas.

VII

La trágica muerte de Marieta acaecida en los últimos días de noviembre hizo que, en respeto a su memoria, los cursos escolares finalizaran sin la acostumbrada fiesta final.

Nélida Flores tenía sus ropas y pertenencias ya lisias para ponerlas en la valija cuando doña Pancha, la portera, le avisó que había llegado el Capitán Giménez.

Era tanta la confianza que existía entre ellos y tan pocas las comodidades de la casa que la maestra contestó:

—Hágalo pasar, doña Pancha.

—Está bien...

Cuando el ex militar paraguayo llegó, le dijo:

—Perdone, capitán, pero como estoy alistando las cosas para mi partida me tomé el atrevimiento de hacerlo pasar aquí... Ahí tiene un sillón junto a la ventana, siéntese y dígame lo que le trae.

El paraguayo se repantigó en el asiento indicado y empezó a hablar.

—Podría inventar muchos pretextos para justificar mi visita, pero voy a ser sincero.

La maestrita llevó la mano al pecho anhelante y esperó.

—En realidad vine para guardar en mis ojos la visión de su rostro, para que quedase grabado en mi recuerdo. Sé muy bien que hago mal en expresar todo esto, pero no puedo reprimir mis impulsos.

—Hace muy bien en decirlo... ¡Tanto tiempo lo he esperado!...

—¿Entonces no la molestan mis palabras?

—No, Rudesindo...

—Es que yo soy casado.

—Lo sé.

—No tengo porvenir en esta tierra, porque debo estar listo para volver.

—Lo sé.

—¿Y a pesar de todo acepta lo que le digo?

—Sí, porque lo quiero...

Se levantó Giménez y empezó a pasearse preocupado.

—Mía es la culpa, Nélide... Fue la insensatez de mis palabras la que ha provocado esta situación de la que ahora me arrepiento...

Ella le tomó de las manos y lo condujo hasta la ventana. Ya el sol se hundía en la lejanía y las sombras velaban las cosas, pero el calor imperante durante todo el día no amainaba en sus rigores.

—Hace ya tiempo que por sus gestos, sus miradas, el tono de su voz y otros pequeños indicios supe que me amaba y eso me puso contenta porque yo también le correspondía.

—¡Cállese, Nélide!... No prosiga... ¡es imposible!

—¿Acaso nosotros pusimos ese amor dentro del pecho?... ¿Acaso no pretendimos apagarlo?...

—Sí, pero no debemos ser débiles... tenemos deberes...

Arriba en el cielo ensombrecido empezaron a gotear estrellas. Del jardín vecino llegaba el embriagante perfume de las rosas y de los jazmines.

—Débiles seríamos si por hacer caso de los prejuicios o de las convenciones nos negáramos la felicidad de querernos.

—Prejuicios y convenciones que son más fuertes que nosotros. Tú eres una maestra, tienes todo tu porvenir por delante, yo soy un hombre desterrado y sin medios... Perdóname que te haya hablado como lo hice y déjame ir, Nélidea...

Lo retuvo más fuertemente ella y le dijo:

—Mi madre amó a un hombre... Un hombre que estaba casado, pero separado de la mujer... Cuando la familia se enteró se opusieron y después de un tiempo la hicieron contraer matrimonio con alguien a quien respetó pero jamás pudo querer. Ella que era bella y buena murió de tristeza. Jamás fue feliz en toda su vida... Yo quiero ser feliz aunque sea por poco tiempo: un mes, una semana, un día... pero anhelo ir por la vida con la alegría de haberlo sido...

—¡Nélidea mía!...

Uniéronse los labios y se estrecharon los cuerpos. Giménez, sin embargo, reaccionó y exclamó:

—Pero tú te irás dentro de poco...

Ella sacó las cosas que había puesto en la valija y respondió:

—Ya no me iré... Quedaré a tu lado para ayudarte...

—La gente hablará...

—¡No me importa!... Viviremos con lo que tengamos, pero siendo el uno del otro...

—Buscaré un trabajo en la estancia y haremos nuestra casita hasta que...

—No digas más... Háblame del presente, pero no pienses en el mañana... Y, ahora esperame que voy a ordenar a doña Pancha nos prepare una cena y, después...

La promesa quedó flotando en el aire.

El paraguayo se apoyó en la ventana y observó el paisaje ensombrecido. De pronto, a la distancia, alguien empezó a rasguear una guitarra y en alas del viento vinieron los acordes de una vieja canción guaraní:

«Campamento... campamento...
amoité Cerro Corápe...».

Al oírla, Giménez pareció despertar. A su recuerdo volvieron los días de sus luchas en el Chaco, vio a su pueblo paciente y empobrecido, imaginó el dolor que tendrían los ojos de Ojeda cuando viera entrar en su casa a la maestría y el rencor y hasta el odio que reflejaría la mirada del cabo Leiva.

—¡Por una mujer...! —diría y el escupitajo que arrojaría al suelo caería como una afrenta sobre su rostro.

Lentamente empezó a caminar y salió de la pieza. Llegó a la calle y se fue como diluyendo en las tinieblas.

Desde lejos, pero conducido por la inmensa caja de resonancia del río, llegó el bronco silbato del «Guayrá», doña Pancha que estaba próxima a la salida dijo:

—Ahí está'l barco... Diez minutos más y ya va a llegar...

Luego abrió la puerta, sacó la cabeza para observar la calle y sin quitarse el cigarro de la boca, expresó:

—Nu hay naides, pero no sé por qué quiere dirse así, a la escuendida como si hubiera hecho algo malo...

Nélida se levantó del sillón donde se hallaba vencida. La angustia le agobiaba como un fardo y cuando habló sus palabras goteaban amargura:

—De ser posible hubiera querido irme volando para no volver jamás...

La vieja la miró, levantó la valija y, silenciosamente, salió hacia el desembarcadero. Detrás, muy erguida, pero con el corazón latiendo agitado le siguió la docente.

El primero que la vio fue Emeterio, que estaba en lo alto de un jacarandá tratando de acercarse a un nido de zorzales. Como un mono se largó desde lo alto y fue con su mensaje.

—¡La máistra se va!... ¡La máistra se va!...

Crispido soltó la manguera con que regaba su huertecita y echó a correr hacia la barranca. De pronto miró sus manos huérfanas de regalos y se detuvo. No lejos, sobre un muro, se balanceaban unas enormes naranjas «chinas» que formaban un racimo que era la gloria de don Junípero que, en esos momentos, había salido en busca de su lechera.

Más allá alcanzó a Venancio que, a fuerza de «chirlos», hacía trotar a su «petiso maceta».

—¡Andá pa'l puerto pa despedir a la «señorita»...!

Nélida, mientras tanto, seguía hacia la costa. Ya sobre la diafanidad del cielo en la lejanía se notaban los negros pincelazos del humo despedido por la chimenea del barco.

Don Frutos y Arzásola dejaron la comisaría y salieron para cumplir con su obligación de vigilar la partida y llegada de los pasajeros. Al bajar por el estrecho sendero que llevaba hacia la playa vieron, más adelante, a la maestra.

—Mirá... —dijo el comisario a su acompañante— la «señorita» se va...

—Irá a aprovechar sus vacaciones en la Capital... pero, es extraño que no haya avisado a nadie...

—Sus razones tendrá...

Escasos eran los pobladores que, en esa mañana, habían llegado hasta el río para aguardar el arribo del barco. Pescadores y boteros, en su mayor parte. Doña Pancha dejó la valija en el suelo y a su lado quedó Nélida a la espera de la canoa que debería conducirla hasta la nave que anclaba frente al pueblo, pero en mitad de la corriente.

El comisario y el oficial llegaron y la saludaron. Don Frutos no dejó de observar la intensa palidez del rostro de la muchacha y la mirada huidiza de sus grandes ojos, de costumbre tan fijos y francos.

—A esta le pasa algo... —pensó, pero guardó la reflexión para sí y exclamó:
—¡Vaya sorpresa!... ¿Con que se noj va, señorita Nélide?
—Así es, don Frutos y aprovecho la ocasión para agradecerle, lo mismo que al señor oficial, sus múltiples bondades.

—Loj que tenemos de estar agradecidos semo nojotro... —replicó el comisario.
—En realidad, señorita Flores —terció Arzázola— su labor fue breve, pero proficua. La gente de Capibara-Cué jamás dejará de recordarla y esperará ansiosa su regreso.

Graves y tristes cayeron las palabras de la respuesta
—No volveré... pienso pedir traslado y en cuanto a que me recuerden... Vean, fuera de ustedes nadie se acerca a darme el adiós...

Nélide levantó su mano y señaló el casi desierto embarcadero y continuó:
—Me voy igual que cuando llegué... sin una mano amiga que tiemble en el saludo del adiós o de la bienvenida. Y, sin embargo, yo creí...

Calló y dejó su pensamiento inconcluso, pero don Frutos que hacía un rato escudriñaba la barranca y sus proximidades, hizo con la mano un gesto de llamada y, de pronto, surgiendo de detrás de los matorrales, bajando por el sendero y llegando en tropel vino la tímida tropa de los alumnos de la escuelita.

—Acérquense, pues... —insistió don Frutos— y no anden merodeando que naides los va a comer...

Una niña, de las mayorcitas que había alcanzado a ponerse el delantal, se adelantó y depositó en manos de la sorprendida muchacha un ramo de flores, después otro arrapiezo hizo lo mismo y otro y otro... Algunos ramos eran frescos, otros eran apenas un manojito de ramillas y pimpollos y de no pocos caían los pétalos mustios...

Crispido, el pequeñín de los cabellos revueltos, se acercó temeroso mirando de soslayo a los policías y luego, sacó una mano que traía escondida tras el cuerpo y ofreció un hermoso racimo de naranjas.

—Pa'l viaje, señorita... —dijo sin dejar de mirar a don Frutos, en una suerte de audacia no desprovista de temor.

La maestríta lloraba conmovida y besaba las tostadas y a menudo sucias mejillas de los chicos cuando doña Pancha, con suave energía, dijo:

—Güeno, ¡basta!... Ahí llega el bote y tiene que dirse...

Subió la maestra a la embarcación y se cargaron los bultos de la orilla, pero su mirada iba de un lado a otro buscando en las márgenes una silueta amada que no apareció.

A un kilómetro, más o menos, de Capibara-Cué una alta punta rocosa se internaba en el río y allí, erguido y tieso como una estatua, estaba el capitán Giménez.

Hacía ya varios minutos que había oído el silbato del «Guayrá» y el ruido de los motores.

—Dentro de poco pasará a mi frente —se dijo, pero no quiso volver la cabeza y continuó con los ojos clavados en el horizonte de río, selva y cielo de la vecina orilla.

Recordó que cuando era cadete, durante una fiesta patria, debió estar de guardia en un lugar por donde la concurrencia debía pasar para dirigirse al lugar de la ceremonia.

Fiel a la consigna estaba, rígido en la posición militar, cuando sintió que su madre y su novia se acercaban. Las voces queridas llegaban a sus oídos, pero seguía estático.

—¡Ahí está Rudesindo!... —dijo una.

—¡Hijo mío!... —murmuró la otra en voz baja, pero suficientemente audible. Aunque el corazón le dio un vuelco, Giménez continuó inmutable.

Las vio como en una ráfaga pasar a su frente y perderse rumbo a su destino y aunque moría de ganas de verlas, de acariciarlas, aunque más no fuese con la mirada, permaneció en su puesto en idéntica posición.

Y, ahora también, tenía la misma sensación. La consigna de un deber superior a sus pasiones que lo ataba allí en el dolor de su tormento. Sabía que el barco ya iba a llegar hasta donde estaba, que pronto pasaría por el medio del río, pero no se movía.

La marejada que originó el paso del barco vino a romperse en multitud de olas en las piedras del pie de la barranca y el «Guayrá» entró en el campo de su visión.

Los pasajeros que andaban por el puente vieron esta figura solitaria y alguno, por broma, le hizo un saludo con la mano, pero Nélica que comprendió de quién se trataba sacó un pañuelo y lo agitó locamente.

Giménez vio el aletear desesperado, pero no movió ni un músculo y la embarcación fue perdiendo río abajo sin que él torciera su gesto. Algo como un gemido reventó en su garganta mientras el blanco torbellino del pañuelo iba saliendo de su zona visual.

Y, de pronto, nuevamente tuvo ante sí la orilla opuesta con su río, su selva y su cielo. Pero detrás de eso él veía a sus hermanos inclinados sobre el rústico arado, a las viejas poblaciones de corte español con sus casas de largos corredores, a los niños analfabetos y semidesnudos, a las mujeres dolientes; a los hombres explotados en los yerbales y en los aserraderos, a los estudiantes crispando sus puños en la impotencia, a los veteranos de las guerras fratricidas mendigando un pedazo de pan...

—Hubiera sido desertar... —pensó y aflojando su tiesura emprendió el camino del retorno mientras el sol iba alargando su figura sobre el áspero sendero campesino.

Esa tarde, cuando don Frutos y Arzásola fueron a la comisaría, preguntaron a Leiva las novedades y el cabo, rascándose la cabeza dijo:

—Novedá y bien novedá hubo y dos grandes...

—¡Ajá!... ¿Robo?... ¿Crimen?... ¿Pelea?

—Robo... Primero, vino Ña Gumersinda que suele ayudar en la inglesia a arreglar loj altare pa decir que no sabe quién, pero que habían robau tuita laj jlore'e loj santos... Dispués llegó don Junípero echando ajos y maldiciones porque, cuando salió pa buscar la vaca le robaron un racimo'e unaj lindas naranjas chinas...

Sonrió don Frutos recordando la temerosa expresión del pequeño Crispido y dijo a Arzásola:

—Qué raro, ¿no?... ¿Vo viste a algunos con flores o con naranjas, hoy, che oficial?

El aludido enrojació y casi tartamudeando contestó:

—¡Yo!... Yo no he visto a nadie...

Confuso por la mentira y deseando llevar la conversación hacia otros rumbos el oficial comentó:

—¿Sabe Leiva que se fue la maestra?

—¡Qué lástima!... Tan joyita que era...

—Lo que me extraña sobremanera —continuó el primero— es que no haya estado el capitán Giménez para despedirla. Como presidente de la Cooperadora era su deber...

Don Frutos que no dejó de asociar esa ausencia con la rara palidez de la muchacha comenzó a mesarse suavemente la barbita mientras decía filosófico:

—Muchas veces el deber no está en lo que se ve, sino en lo que se siente...

Afuera el sol brillaba implacable en el cielo sin nubes y el viento norte, que empezó a levantarse, arrancaba de la tierra ardida un aliento intermitente y cálido como el jadeo angustioso de una bestia fatigada.

OTROS RELATOS

EL DIABLO EN CAPIBARA-CUÉ

Si en Verona fue famoso el antagonismo entre Montescos y Capuletos, en Capibara-Cué no lo era menos la enemistad que separaba a los Echebarne de los Teixeira, aunque, para decir verdad, era solamente entre los respectivos jefes de familia que impusieron a sus miembros las consecuencias de su rencor.

El asunto se originó durante una de las fiestas patronales cuando ambos, un poco «alegres», se desafiaron a una pulseada y don Tomás, «El Vasco», consiguió vencer a don Casimiro «El Gallego», victoria que el segundo se negó a reconocer alegando que su adversario «había dado el envión antes de la señal del comienzo».

—Estos «gaitas» son buenos para el lengua, sí, sí... —se pavoneaba el vencedor— pero son flojazos para las otras cosas...

Y reía sonoramente golpeándose los muslos con las palmas.

—Más vale ser flojo, pero honrao y no como tú «cura de vacas»... —barbotó el perdidoso.

—¿Qué pretendes decirme con eso de «cura de vacas»? —se amoscó el éus-karo.

—Que bautizas con agua la leche que de ellas sacas, hombre...

Menos mal que se interpuso el comisario porque si no hubieran llegado a las manos, pero, sin embargo, la grieta así abierta se fue ahondando con el tiempo y si bastaba referirse a don Tomás para que a don Casimiro le diese un ataque de hígado, la sola mención del nombre de este último ponía al primero en un estado próximo al histerismo.

Pero el amor que ignora todas estas pequeñas minucias hizo que la amistad que de niños tuvieron Marixu Echebarne y Santiago Teixeira, aunque interrumpida por las desavenencias paternas, se convirtiera en llegar a la adolescencia, en una pasión irrefrenable que les hizo arrostrar las amenazas de los mayores para seguir con su romance.

—¿Sabe a quién vi ayer rondando por lo'el Vasco? —dijo cierta vez el cabo Leiva a don Frutos, el comisario.

—Ya me imagino, a Santiaguito...

—Justo, el mismo y pa mí se iban a ver con la Marixu a escuendidas'l padre...
—Si la agarra'l padre flor'e palisa que le va a dar...
—Y si se entera'l gallego, don Casimiro, no le deja'l hijo ni un güeso sano...
—Es irracional esa tosudez de los progenitores en impedir el idilio de los hijos —intervino el oficial Arzásola— ¡Hay cada uno!...

Don Frutos, que sabía de la cerrada oposición de don Filemón a los amores de la hija con su subordinado, sonrió y dijo:

—Vos también resollás por la mesma herida, pero loj padres son loj padres y loj hijos les deben obediencia...

—Si juera yo ya me la hubiera llevau en ancas y dejau al viejo que se coma laj uñas... —exclamó Leiva.

—Y, a propósito... ¿vos sos güen jinete, no? —preguntó don Frutos con aire inocente...

—Sí... ¿y qué tiene? —respondió el oficial, pero, luego, al darse cuenta de la insinuación enrojeció y dijo:

—Nos va a costar, pero tarde o temprano, el padre de Isabel va a ceder y seremos felices...

—Siempre que la muchacha no se canse y se mande mudar con otro... —se burló Leiva y escapó para el patio para no escuchar la airada respuesta del enfurecido galán.

Los sucesos se fueron encadenando con rapidez y obligaron a una desusada actividad en la comúnmente tranquila comisaría de Capibara-Cué. Primero fue un peón de don Tomás que, al salir con sus tarros para el reparto, halló a Santiago, caído al pie de un rugoso urunday al margen del camino, con una herida sangrante en la cabeza y presa de una conmoción cerebral.

Avisó a los dueños del tambo y lo llevaron inconsciente, en medio de los inconsolables lamentos de Marixu. El doctor Levinsky que vino a toda prisa aconsejó que no se lo moviese y que se lo atendiese en casa de los Echebarne.

«El Vasco», al oírlo, dijo:

—Doctor... mi casa y todo lo que tengo puedo disponer para el cuidado del muchacho, pero eso sí, que don Casimiro...

—Tomás... —reprochó suavemente doña Anunciada, su mujer, y el hombre se frotó las manos desesperado y se rindió:

—Bueno, pues que él y toda su familia también vengan para atenderlo si quieren, sí... sí... ¡Total!... El pobre Santiaguito no tiene la culpa de tener el padre que tiene...

Poco después un agente trajo el caballo del herido que había hallado vagando por las cercanías del hecho. Estaba bien ensillado y junto a la montura tenía colgada una pequeña valija donde hallaron varias mudas de ropa, un poco de dinero y otros objetos.

—Parece que el muchacho estaba listo para mandarse mudar y llevarse a la muchacha... —manifestó don Frutos.

—Y bien que hubieran hecho pa darle una lisión a los padres que se oponían —confirmó Leiva.

Pero las cosas se complicaron, a los pocos minutos, llegó don Casimiro furioso y echando chispas.

—Señor comisario —dijo y se detuvo para recuperar el aliento.

—Güenos días primero —exclamó don Frutos.

—Güenos días... señor comisario... volvió a repetir con voz grave el galaico—, vengo a denunciar a don Tomás Echebarne por tentativa de asesinato de mi hijo y secuestro, además...

—¡Epa!... Sujete un poco que se llevar por delante a tuito el Código Penal...

—Soy un ciudadano que paga sus impuestos y que exige justicia...

—Prenciemos por el prencipio... ¿Quién le dijo que el vasco lo quiso basurrear al Santiaguito?

—Nadie, pero es lógico... Resulta que me he enterado que el muy mostrenco de mi hijo resolvió raptar a la hija de don Tomás y es seguro que este lo sorprendió y le dio de garrotazos hasta dejarlo como está... Después... ¿por qué no quiere que lo traigan a casa?

—Porque el médico lo ha prohibido... Dice que si lo mueven en el estado que está podría morirse...

—Pero allí corre riesgo que lo envenenen o ¡qué sé yo!...

—No se aflija que naides lo va a cuidar mejor que su novia, la Marixa...

—Esa mujer no es su novia...

—Rispete don Casimiro que esa muchacha es digna'e tuitos los elogios y no será novia pa usted, pero lo es pa'l Santiago que es lo que importa.

—Bien, no discutamos, mantengo mi acusación contra don Tomás. Él y nadie más que él puede haberlo herido...

—Eso está por ver... Pierda cuidau que yo viriguaré y castigaré al culpable. Y no vaya a ser que tenga que castigarlo a usted, también...

—¿A mí?

—Sí, a usted y a don Tomás que con sus peleas han causau tuito esto...

—Son cosas nuestras... ¡Buenos días!...

—Güenas, don Casimiro...

Don Frutos que salió acompañado de Leiva a efectuar sus investigaciones volvió bastante preocupado y reuniéndose con el oficial empezó a debatir el asunto.

—Sabés que n'esta custión del Santiaguito estoy maj desorientau que mau a media noche. No sé pa adóde agarrar... ¿Quién golpió al muchacho y casi lo manda pa'l otro lau?

—Es indudable que, siguiendo las leyes de la lógica, nuestras sospechas deben dirigirse a quien tenga un motivo...

—O sea lo que se dice que debemos hacerle caso a don Casimiro y meterlo preso a don Tomás...

—¿Y quién otro podía ser?... Descartemos el propósito de robo porque consigo tenía objetos de valor y sobre su caballo hallamos otros que podían tentar a un ladrón.

—Mira oficial, don Tomás es hombre bueno, capaz de arranques, pero leal... Además virigué por loj pionos y otras personas y supe que se había acostau y ricién, al otro día, conoció la cosa.

—Pudo muy bien haberse levantado y volver.

—No... sé que durmió tuita la noche'e un tirón. Me lo dijo doña Anunciada, su mujer, y ella no es capaz de mentir...

—Me asombra la fe que concede usted a la palabra de cierta gente.

—A la palabra'e la gente güena, oficial... Tuavía dentre nojotros creemos n'el valor'e la palabra y tanta fe tenemos que hasta la usamos pa curar...

—¡En fin!... Veremos...

—¿Endemás tengo que saber con qué le pegaron?... Busqué l'arma y no la encontré.

—El asaltante la habrá llevado consigo.

—El caso es que naides vio a dengún estraño rondando... Es una calle solitaria y bien pudo disimularse en las sombras.

—¡Hum!... Puede ser, pero esto maj parece cosa'l diaulo...

—Haulando'l diaulo —terció Leiva— me dijo doña Pancracia que a la madrugada ella oyó ruido'n la calle, abrió un postigo'e la ventana y vido dos ojos brillantes y después oyó ruido'e cadenas...

—¡Es lo que faltaba! —saltó Arzásola—, que ahora le quieran echar la culpa al demonio...

Justamente en ese momento llegaba el doctor Levisnky y don Frutos le preguntó:

—Diga doutor... ¿viene de verlo a Santiaguito?

—Efectivamente, lo encontré ya bastante reanimado... Felizmente es joven y tiene la cabeza dura, de manera que salvará...

—¿No dijo nada del ataque?

—Aproveché para interrogarle al respecto y me contestó que descendió del caballo y, como es manso, lo dejó sin atarlo, que no había nadie en la calle, al parecer, pero que fue caminando medio agachado para no ser visto, cuando, de pronto, sintió un golpe en el costado, otro terrible en la cabeza y ya no supo más...

—¡Jesús cheyara!... (Jesús mi dueño) —exclamó Leiva y se persignó— eso nicó parece cosa'l Malo...

—Diaulo o no diaulo vamoj a tener que encontrarlo —sentenció don Fruto.

—Lo mejor es —continuó el galeno— que ya don Tomás no se opone al muchacho. Parece que antes que se lleven la hija a escondidas prefiere dar consentimiento...

—¿Y don Casimiro no va a verlo?

—¡Qué no!... Ha ido y se pasa las horas junto al hijo, pero no lo mira siquiera a don Tomás, pero ¡asómbrese! cuando lo saqué al patio y le dije que mañana podría llevarse al muchacho, mirando a todos lados, me contestó: «Déjelo aquí, doctor... Yo y mi mujer ya somos viejos y pienso que nadie podrá cuidarlo como Marixu...».

—Ta güeno —murmuró don Frutos— solo entonces noj falta agarrar al diaulo... Vamoj a buscarlo otra vez...

Salieron los tres policías y pronto llegaron al lugar donde habían hallado al herido.

—Aquí estaba tirau... ahí se ve un poco'e sangre sobre'l pasto... —explicó el comisario.

Se acercó al urunday y observó el tronco.

—Mirá... aquí está medio astillau... y hay pelos...

—¿Habrà chocado al caer? —sugirió el oficial.

—¿O le haberán pegau contra él?... Por eso no encontramos l'arma...

—¿No puede haberse enredau entre los yuyos y caido contra'l árbol? —dijo el cabo.

—Puede, pero el golpe no hubiera sido tan tremendo.

Conduciendo los caballos de las riendas volvieron por el camino hacia el pueblo. Don Frutos marchaba lentamente, escrutándolo todo con la penetrante mirada de sus ojillos oscuros. A veces cruzaba de una acera a la otra, a ratos se inclinaba y observaba las huellas sobre la tierra del camino.

—Era el diaulo, nu hay duda... —sentenció el cabo Leiva—. Esos iban a estar en pecau y Dios los castigó...

—En qué quedamos: ¿Dios o el Diablo? —le inquirió Arzásola.

—¡Ahí está...! Ya me hizo líos otra vez... Güeno, jué Dios que lo mandó al diaulo, pues...

El comisario, mientras tanto, observaba el cerco de una casa próxima en cuyo amplio patio se veían diversos animales: ovejas de pelo lacio, cabritos juguetones, un chivo de barbas apostólicas atado a un poste por una cadena, varios terneros, gallinas, pollos, etc.

Don Frutos golpeó las manos y desde la casa salió un viejo criollo que, al reconocerlo, apresuró el paso.

—¡Hola, don Frutos!... ¿Qué pa se le ofrece por acá?

—Decime, Cabrera, ¿anoche se te escapó el chivo?

—Sí, rompió la cadena y me abrió el cerco pa dirse al camino...

—¡Ja... ja... ja!... —rió el comisario y sus acompañantes se le acercaron para conocer la causa de su repentina alegría.

—¿Qué es lo que le provoca tanta gracia? —preguntó Arzáola.

—Me estoy riyendo'l diaulo...

—¡No diga sarquilegios, clon Frutos! —reprochó Leiva.

—Mirá... allá lo tenés a tu diaulo y al causante'e la herida'e Santiago.

—¡Cómo!... ¿El chivo?

—Sí, m'hijo... Por la noce se escapó y ese jué el ruido'e cadenas que oyó la vieja Pancracia.

—¿Y qué tiene que ver con la herida del muchacho?

—Pues que a la media lus'e la madrugada l'animal vido a un bulto agachau y se le jué encima, vino de atrás y l'encajó un topetazo que lo mandó'e cabeza contra'l árbol y lo desmayó...

—Puede ser, esos animales golpean con fuerza... Eso quiere decir que don Tomás queda liberado de la acusación...

—Pero ¿haberá que meter preso al chivo, entonces? —preguntó Leiva.

—No... —replicó don Frutos y la voz se le tornó severa— al que vua a poner preso es al dueño si no arregla mejor el cerco...

—No ha de, don Frutos... —respondió temeroso Cabrera.

EL BROMISTA

Policarpo Almeida era el «gracioso» de Capibara-Cué. Tal si su misión en la tierra fuese la de reírse de los demás o gozar poniéndoles en ridículo, siempre estaba exprimiendo su ingenio para colgar un mote reidero a sus semejantes o jugarles alguna mala pasada.

Fue él quien bautizó con el apodo de «Sandía con patas» al gordo y petiso contador de la barraca de don Serra, de sus labios salió el calificativo de «Bella Vista» para Benedicta Romero, que tenía el ojo izquierdo desviado, y se le atribuía el sangriento «Ña Toribia» que enfurecía a Santiago Carballo, ya que ponía al descubierto sus dos debilidades: la nariz deprimida y una voz aflautada.

Pero esas eran minucias comparadas con algunas de las «ocurrencias» que, de tiempo en tiempo, sacudían el letargo pueblerino y rodaban de boca en boca manteniendo su prestigio de humorista ignorante y bárbaro.

Una noche revolucionó al pueblo porque, de improviso, la campana de la iglesia colocada entre dos altos postes comenzó a sonar alocadamente. Muchos pensaron que se trataba de un incendio y empezaron a alistar los baldes, otros se imaginaron una invasión enemiga y apelaron a las armas para encontrarse, al final, que se trataba de un pobre perro al que habían atado de la cola a la sogá de la misma y, en su desesperación, sacudía violentamente el badajo y causaba tal alboroto.

—¡Cosas de Poli!... —se dijeron, pero como no había pruebas en su contra nada se pudo hacer para castigarlo, aunque la beata doña Gumersinda, a quien pertenecía el animalito, desde entonces le negó el saludo.

Cierta vez, en el galpón del almacén de don Pedro adonde había ido a parar a consecuencia de excesivas libaciones encontraron al viejo Pedro Castro, que tenía el orgullo de unas barbas apostólicas, con todo un lado de la cara cuidadosamente rasurado con una tijera de tusar, operación que hubo hecho aprovechando del profundo sueño alcohólico en que se hallaba sumergido.

Al verse en el espejo, con la mitad del rostro desnudo y la otra cubierta de una abundante pilosidad, el viejo Castro se puso como loco y empuñando su facón buscó a Policarpo por todo el pueblo sin poder hallarlo, ya que el mozo

había abandonado el lugar con rumbo al Chaco, donde estuvo trabajando varios meses y cuando retornó ya se habían calmado los furros de Castro a quien le había empezado a crecer una nueva barba.

Pero lo que fue motivo de innumerables comentarios fue la broma que jugara a Lindoro Alsina. A este, que se había ido a bañar en el río, en un lugar apartado, a la caída de una tarde calurosa, le robó las ropas que dejara en la orilla y lo puso en la situación de un nuevo Adán.

El pobre mozo tuvo que esperar que avanzase la noche, acribillado por los mosquitos, para volver al rancho, ocultándose entre los árboles, pero, para su desgracia, próximo a la meta, una vecina que había salido al patio por ¿no se sabe qué! diligencia al ver esa extraña aparición, en medio de las sombras, lo tomó por un fantasma y lanzó tales alaridos que convocó a media población con el comisario don Frutos Gómez a la cabeza. Este sacó al infeliz Lindoro de atrás de unas barricas adonde se había ocultado y como primera providencia lo condujo a su rancho donde, cuidadosamente arregladas, encontraron las perdidas ropas sobre la cama.

—¿Cosas de Poli!... —dijo el cabo Leiva que acompañaba al funcionario, pero este, llamado a declarar juró y perjuró que no había sido él por lo que debió ser dejado en libertad.

—Ta güeno —le dijo don Frutos—, vua a creer en tu inosencia, pero no te olvidés'e una cosa...

—¿De qué, don Frutos?

—De que cuando uno se ríe mucho, a la final le suelen saltar las lágrimas, pues...

Pero si el comisario lo absolvió no lo hizo así Lindoro que, en la primera ocasión que lo tuvo a tiro en el almacén de don Pedro, le aplicó tan tremendo silletazo en la cabeza que hubieron de aplicarle cinco puntos.

Don Frutos fumaba un grueso cigarro y miraba cabecear somnoliento al oficial Arzásola cuando rompió el silencio de la noche el reclamo del silbato del cabo Leiva a la distancia.

Rápidamente el oficial sacudió su modorra y se irguió:

—¿Oyó, don Frutos? —dijo.

—Sí, es Leiva... ¡Vamos!...

Salieron y montaron los caballos que estaban delante del local para perderse por las calles de tierra, en medio de los ladridos de los perros, y conducidos en su rumbo por las llamadas intermitentes del pito policíaco.

Así llegaron frente a una modesta casa, cuya puerta abierta arrojaba un recángulo de luz en las sombras y delante de la cual ya empezaban a agolparse algunos vecinos.

Descendieron sin pérdida de tiempo y penetraron a la modesta habitación para encontrar a Leiva que ayudaba a doña Belén, la curandera del pueblo, en la atención de un hombre herido tirado sobre un catre.

—¿Qué pasó, cabo? —interrogó don Frutos.

—Lo que pasó no sé, lo que sé es que cuando pasaba por la calle pa hacer la ronda oí unos quejidos y me acerqué. Estaba tuito oscuro y cuando dentré trompesé con Poli cruzau'n la puerta. Prendí la lámpara, lo coloqué en'l catre, le atajé la sangre como pude y mandé por doña Belén pa que lo cuidara.

—Nu es nada —intervino la vieja—, ya le puse unos trapos quemaus en la herida y lo vendé bien. Es apenas un chuzazo'n la panza pero que no dentró'n las tripas ¡Gracias a Dios!... Ta medio asonsau nomá por la pérdida'e sangre...

—¿No podrá haular?...

—A ver... démole un trago'e caña pa entonarlo.

Leiva le alcanzó una botella y doña Belén introdujo el gollete entre los labios del hombre y dejó caer un abundante chorro.

Enseguida Policarpo abrió los ojos y saludó con voz débil.

—Güenas noches, don Frutos...

—Güena... ¿Vo sabé quién te clavó, Poli?

—No comesario, golví dende l'almacén y apenitas dentre'n la pieza alguien me barajó con una puñalada. Me tiré al suelo pa pasar por muerto y quedé allí hasta que me encuentró'l cabo, pues.

—¿Y no tené una idea por un casual de quién pudo ser?...

—Poder, poderían haber sido muchos, pero de seguro no sabería decir quién.

—Ta güeno, dormite y descansá que ya vua a buscar por mi cuenta...

Dejando a Almeida confiado a los buenos oficios de la «médica», ducha en esa clase de menesteres, los policías regresaron a su local. Una vez allí, mientras sorbían unos mates que les alcanzaba el agente, comenzaron a hacer suposiciones sobre el presunto culpable.

—Pa mí —expuso Leiva—, el caso es má clarito que caldo'e enfermo. No puede ser otro que don Pedro Castro; arricuérdense qu'el hombre quedó muy sentido cuando l'afeitó la mitá'e la barba...

—¡Ajá! —asintió don Frutos—. A lo mejor...

—Mis sospechas en cambio, se dirigen hacia Lindoro Alsina —manifestó Arzásola—. El ridículo a que lo sometió dejándolo desnudo fue de los que no se perdonan así nomás...

—Endemás en el almacén lo chichoneaban de lo lindo —agregó el comisario—. Se la pasaban priguntándole si no se va a bañar o cosas por el estilo...

—Será, pero yo sigo con l'idea de don Castro —insistió Leiva.

—Y qué pa me dicen'e Santiago Carballo? —acotó don Frutos.

—¡Salga d'ahí che comesario!... Si Ña Toribia ni siquiera calza faca'n la cintura. Es blandito pa ande lo busquen.

—No hay que fiarse del aspecto externo de los seres —intervino el oficial—. Algunas veces ciertas tormentas psíquicas mueven remolinos de pasiones que se desencadenan en actos impulsivos e irrefrenables.

—¿Qué pa dijo? —exclamó el cabo y quedó abriendo la boca.

—Pa mi ver —aclaró don Frutos—, dijo que por el aspecto tierno de no sé qué va a venir una tormenta'e no sé qué y va a ver un remolino'e no sé qué y por eso lo mejor es ir para la cama... ¿No te parece?...

—Tiene razón che comisario —siguió Leiva con la broma—, aunque con el cielo tuito estrellau como está, dificulto que haiga tormenta'e ninguna clase...

Al otro día citaron a don Pedro Castro y a Lindoro Alsina, pero estos pudieron dar cuenta cabal de sus movimientos y salieron libres de toda inculpación.

—Los cité —le decía don Frutos al oficial—, pa hacerles un gusto pero yo sabía que nu eran ninguno'e esos dos...

—Sin embargo no he quedado enteramente convencido de su inocencia —se mepinó Arzásola.

—No m'hijo... Esos dos son capaces de pelearle al mesmo diaulo si viene al caso, pero frente a frente y no a traición. Si el viejo lo hubiera agarrao al Poli justo cuando lo peló, lo achura sin asco, te lo juro, pero después, cuando ya se le pasó la calentura'e la sangre es incapaz'e nada. Lindoro, tamién, ya se dio el gusto de romperle una silla'n la cabeza... El que se escuendió en la sombra, pegó el tajo y se mandó a mudar sin saber si lo achuró o no tiene que ser muy poco hombre, casi diría con algo'e mujer... Si, m'hijo, n'esto hay mucho'e mujer pa mi manera'e pensar...

—Tonces vamos a ver a «Ña Toribia» que entuavía no sabemos si es hombre o se quedó en proyeto —terció Leiva.

—El mozo ese, Santiago Carballo —añadió Arzásola—, según me informé en el almacén, tuvo ayer por la tarde una reyerta con el herido y casi fueron a las manos...

—¡Vaya si tuvo reyeta!... Porque fue yeta y media la de «Ña Toriba» al toparse con Poli y querer alzarle la mano. ¡Y ni siquiera un mal cuchillo tenía! Poli sacó su «fariñera» y lo sacó a planazos al pogre infeliz...

—Ta güeno... —asintió don Frutos—. Vamos a visitarlo a ver lo que tiene que decir.

Apenas golpearon las manos una mujer de edad madura y rasgos enérgicos salió a recibirlos.

—¿Qué quieren? —preguntó agresiva.

—Venimos a ver a tu hijo, Eulalia...

—¿Y pa qué?...
—Se lo diremos a él...
—Nu está... Se jué pa Ramada Paso...
—Sí estoy mama... Entuavía no me he ido —la interrumpió un mozo de nariz achatada y voz aguda, que salió de la pieza.
—Váyase pa adentro y déjeme arreglar esto —se encrespó la mujer.
—No, señora —le replicó el hijo con firmeza—, ya le dije que dende aura en adelante yo resolveré mis asuntos.

Doña Eulalia entró refunfuñando y Santiago Carballo quedó frente a la comisión.

—¿Pa qué me buscaba, comesario?...
—Pa saber si juiste vo quien lo tajeó anoche al Poli...
—¿Yo?... ¡Vamos, don Frutos, si sabe que nunca alcé cuchillo!...
—¡Qué no!... ¿Y ese que llevás en la cintura?...
—No alcé, dije, pero dende hoy día es otra cosa. Ya estoy cansao que mi madre me tenga atau a sus polleras y he resuelto dirme pa Ramada Paso pa hacer otra vida. Aquí me estaban haciendo la vida imposible con las burlas...

—¿Por eso quisiste pelearlo al Poli n'el almacén?...
—Sí, pero, ¿qué iba a hacer desarmau sino darle más motivo pa abusar de mí? Como sabe que la festejo a la Benedicta empezó a decirme si hacía mucho que no iba pa Bella Vista o si me gustaba estar mirando «contra'l Gobierno» y otras cosas hasta que no pude más.

—¿Y por eso te vas de aquí?...
—Sí, don Frutos. Peleé con mi vieja, pero estoy risuelto. Vua a dirme a otro lado pa hacerme gente y golver por Benedicta, si me espera...

—¡Ajá!... Pero primero haseme un servicio...
—Lo que se le ofresca, don Frutos...
—Mirá, andá ahí al medio'e la calle...
Obedeció Santiago y se plantó en plena luz del sol.
—Ya estoy. ¿Y aura qué hago?...
—Venite otra ves p'acá pero dejate allí la sombra.
—No puedo, comesario. Ella me sigue pa donde me voy...
—Es cierto y lo mesmo te va a seguir la fama pa tuitos laus. Si en verdá querés ser hombre quedate aquí y empezá a demostrarlo con acciones.

Titubeó un momento Santiago y luego exclamó:
—¡Sabe que tiene razón! Me vua a quedar y ya van a ver...
—Güeno, m'hijo, pero aura decime con franqueza: ¿juiste vos quién le hizo ese sucio a Polí?...

—¡Di ande, don Frutos!... Dispués que me maltrató en lo'e don Pegro me juí pa casa 'e Benedicta y le dije'e mi propósito'e dirme. Dispués vine aquí y estuvimos

alegando tuita la noche con mama, que es güena, pero pa salvarme 'e peligros me crió medio maricón...

—Ta bien, te creo, Santiago... —le respondió don Frutos y se despidió.

Cuando reiniciaron la marcha Arzásola, poniendo su caballo a la par del de su superior, comentó:

—Estamos como al principio. Si es que ese mozo dijo la verdad.

—Vamos pa casa'e la novia pa ver si no nos mintió.

—¿Nu habrá sido la vieja Eulalia pa vengar al hijo? —deslizó Leiva.

—¡Vaya a saber! —se limitó a contestar el comisario.

Benedicta salió a recibirlos con los ojos enrojecidos por el llanto.

—Vengo a traírte una güena noticia m'hija —saludó don Frutos.

—No sé que'e güeno puede haber pa mí.

—Que el Santiago ya no se va. Se queda aquí pa mostrar que es un hombre'e verdá...

—¡No se va! —pareció cantar la moza—. ¡Gracias Virgencita'e Itatí...!

Luego se puso a llorar nuevamente.

Don Frutos la miró y sonriendo añadió:

—Aura que Santiago se queda, formá tu rancho con él y ricordá que con un hombre basta en la casa...

Calló la moza sorprendida y alzó hasta el viejo sus ojos asombrados.

—Entonces Ud. sabe...

—Nada m'hija. L'único que sé es que pa ser felices, uno solo debe llevar los pantalones y la mujer no debe meterse a hacer cosas'e hombre. Me entendés...

—Sí, don Frutos...

—Güeno..., ¡adiós! y no se olviden'e invitarme pa'l casorio...

Trotaron un rato y el oficial continuó:

—¿Y el culpable de la herida de Policarpo? Todavía no lo hemos descubierto.

—¡Bah! Dejate'e macanas... Pa mí que se hirió el mesmo. Vos sabés que como es tan bromista a lo mejor nos quiso hacer un chiste pa confundirnos. Olvidate'e tuito lo pasau y vamos a ver si Ojeda tiene listo'l churrasquito.

EL CUARTO CERRADO

La muerte de Abraham Baidum se presentó rodeada de las circunstancias más desconcertantes. Vivía en una casita de material que constaba de dos piezas, una de las cuales la destinaba a su negocio de tienda y la otra a dormitorio. Esta última tenía una puerta que daba a la calle principal del pueblo y una ventana que se habría sobre otra lateral que conducía al río y allí fue encontrado, una tarde, por denuncia de una vecina que se extrañó no abriese, como de costumbre, con una feroz herida en el cuello por donde se había desangrado, pero, y he aquí lo raro del caso, la habitación tenía las puertas cerradas por dentro y la ventana, además de una poderosa reja, solo se entreabría unos diez centímetros por estar unidos los postigos por una cadena de seguridad. A través de esa pequeña abertura fue que don Frutos, Arzásola y Leiva pudieron distinguir el bulto del hombre en el lecho y como no respondiese a sus llamados tuvieron que unir sus fuerzas para hacer saltar la cerradura de la puerta y entrar a la estancia.

Temerosos que se encontrase bajo los efectos de un ataque, se acercaron presurosos al yacente, pero, apenas lo hicieron, vieron la sangre que empapaba la almohada.

—¿Se habrá suicidau? —dijo don Frutos.

—Así parece —confirmó el oficial— pero, ¿dónde está el arma?

Buscaron por el suelo y luego movieron el cuerpo para ver si estaba debajo de él, sin resultado.

—Entonces, es un crimen —prosiguió Arzásola— y el asesino se llevó el cuchillo.

—Cierto —aceptó don Frutos y añadió—: pero por acá no ha salido. Taba tuito bien cerrau.

—Habrá venido por el lado del negocio... Quizás por una de las puertas del patio —expresó el oficial y pasaron al otro cuarto.

Sin embargo allí también todas las aberturas estaban bien aseguradas con llaves o trancas.

—Pero che, esto parece cosa'e brujas... —dijo el comisario al cabo de un rato de intensa búsqueda—. Tuito cerrau y el tipo muerto'n la cama y sin rastros'l arma...

—Por lógica tiene que haberse escondido adentro esperando la ocasión para salir...

—Pero si lo revisamos tuito.

—Quizás hemos pasado por alto algún rincón. Insistamos...

Encarecieron al cabo Leiva, que estaba en la puerta para impedir la entrada a los curiosos, que redoblase la vigilancia y volvieron a buscar minuciosamente por todo el local.

Fueron golpeando el piso y las paredes por si el sonido a hueco denunciaba posibles escondrijos, abrieron los roperos, vaciaron cajones, etc. Al fin, fatigados y sudorosos, volvieron al dormitorio para descansar un rato. A poco llegó el doctor Levinsky a quién habían hecho buscar con el agente Ojeda.

El médico revisó el cadáver y dictaminó:

—Deceso por hemorragia intensa provocada por una herida de arma blanca... ¿Quién lo mató?...

—Eso es lo que quisiéramos saber, doutor —le contestó don Frutos— pa mi tiene que haber sido un fantasma.

—¿Por qué?...

—Porque a pesar de que tuito esto estaba tan bien cerrau que debimos voltiar una puerta pa dentrar, no encontramos a naides y endemás, tampoco hallamos el arma.

—¡Pero eso es imposible! Quien lo mató debe haber salido por algún lado si es que no está todavía por acá.

—Sin embargo, doctor —intervino Arzásola—, todo estaba bien asegurado por dentro y no hemos dejado rincón por escudriñar. Parece cosa de magia, pero el asesino mató al hombre y desapareció sin pasar por puertas ni ventanas.

Dejando a Ojeda de guardia, los superiores fueron a la comisaría que no se encontraba muy lejos del lugar, a tomar unos mates y cambiar impresiones.

El doctor Levinsky, atraído por lo desusado del caso, también se convirtió en aficionado investigador y arriesgó su teoría:

—Yo una vez leí un relato de un hecho similar. La víctima fue horriblemente mutilada por una pequeña fierecilla a la que hicieron entrar y salir por un respiradero que había en la parte superior del cuarto. ¿No pudo haber sido introducido, por entre el espacio que dejaban los postigos, un mono amaestrado para que lo acuchillara?...

—Únicamente un monito tití pasaría por esa estrecha abertura y ese animalejo no podría haberle inferido tan tremenda puñalada— le rebatió Arzásola.

—En efecto —concedió el galeno—, la herida fue causada por un golpe sorpresivo y de singular violencia.

—¡Ya está! —interrumpió el cabo Leiva—, lo he resuelto todo...

—¿Cómo? —aventuró escéptico el oficial.

—Jueron dos... Cuando l'asesino salió el cómplice cerró la puerta...

—Y el que quedó en el interior, ¿cómo salió? —preguntó el médico.

—Güeno, eso es entuavía lo que no puedo esplicarme —admitió el cabo.

—¿Y vos qué pensás? —solicitó don Frutos a Arzásola.

—Yo pienso que cuando Baidum fue a entreabrir los postigos, el criminal, que estaría al acecho, pasó el brazo por entre las rejas y le propinó la puñalada huyendo después. El turco, agonizante, tuvo, sin embargo, fuerzas para llegar a la cama y tenderse en ella...

—Tonses hubiera habido gota'e sangre n'el suelo, cerca'e la ventana y no había. Endemás habría desarreglau las ropa'e la cama y estas estaban bien como si lo hubiesen agarrau dormido...

—Esa es también mi opinión —expresó Levinsky—. La herida era necesariamente mortal y no creo que después de recibirla haya podido efectuar ese trayecto y cubrirse, además, con la sábana. Por otra parte había solamente sangre del lado donde estaba el orificio y en el extremo superior del lecho. De haber llegado herido hubiera manchado otros lugares. ¿No le parece?...

—Lo que a mí me preocupa —dijo en ese momento don Frutos— es el motivo. No robaron nada así que por interés no jué, tiene que haber sido por venganza.

—Siguro, entonce que habrá sido por mujeres —afirmó Leiva—, porque el finau era muy engolosinau por laj pollera.

—Sabés que tenés razón —aceptó don Frutos—. Y aura vamos pa la Bajada que maliceo quién puede haber sido'l fantasma.

El cauce de un arroyo seco formaba un declive en las barrancas, que los capibarenses arreglaron retirando las piedras y rellenando las bases para que sirviera de vía de acceso a los vehículos hasta la orilla del río.

Por ella transitaba, roncando estertorosamente, el «forcito» del hijo de don Quinca llevando a los pasajeros de los barcos que no querían arriesgarse por el más corto, pero abrupto sendero de cabras, que salía junto al almacén de don Pedro y por allí, también, iban y venían los tarros y carretas que llevaban sus cargamentos de naranjas, sandías, melones, lanas, cueros y otros productos de la región para transportarlos a los lanchones y chatas que atracaban en la costa.

De trecho en trecho se veían enormes pirámides de doradas esferas esperando su turno para ser llevadas en canastos a las bodegas.

Tratándose de una mercadería perecedera la naranja se pagaba solamente una vez que estuviese a bordo. A veces, por no haber llegado barcos en cantidad suficiente, la remesa debía arrojarse al agua; otras, crecidas y bajantes extraordinarias movían a los patrones de las embarcaciones a buscar otros puertos más lejanos, pero más accesibles y la cosecha también se malograba.

Pacientes y filosóficos los correntinos se sentaban junto a la pila de naranjas a tomar mate y fumar esperando «tener suerte y vender». Los carros y carre-

tas, ya vacíos, estaban con las varas al aire y los animales, atados a estacas, mordisqueaban un poco de hierba que crecía salvaje o el pasto que en previsión trajeran los dueños, mientras movían desesperadamente las colas para tratar de alejar a las moscas y a los molestos tábanos.

Don Frutos y sus acompañantes pasaron por entre los grupos conversando con uno y otros, en tanto que sudorosos changadores iban y venían con sus canastos repletos desde las amarillentas pilas a las bodegas, deslizándose ágilmente por los delgados tablonés que oficiaban de planchada.

De pronto el comisario indicó a un mozo joven, que estaba sentado en cuclillas junto a un fogón improvisado con unas piedras, dispuesto a tomar mate y dijo a Leiva:

—¡Ahí está! Metelo preso a ese bandido...

El aludido se incorporó protestando:

—¿Por qué, pa? ¿Qué hice, don Frutos?

—Casi nada, lo chuciaste al turco Abraham...

—¡Di ande, comesario! S'enquívoca fiero nicó...

—No, Tránsito. Toy bien seguro...

Leiva llevó al joven que no se resistió, rumbo a la comisaría y el viejo dijo al sorprendido oficial señalándole una caña clavada en la arena, cerca de dos pacientes bueyes:

—Ahí tenés, l'arma...

Arzásola retiró la vara que medía casi dos metros y puso al descubierto un aguzado hierro en su extremo.

—Ves, el mozo ese, que se llama Tránsito Ruiz, viniendo pa estos laus, al pasar frente a la casa, vio por la rendija de la ventana al turco en la cama. Tonses, aprovechando que no había naide cerca, metió la picana que tenía p'azuzar a los güeyes por entre los postigos y se la clavó n'el cuello, después la sacó y siguió viaje...

—Es verdad —dijo Levinsky—, eso resuelve el misterio del modo en que se le dio muerte.

—Primero pensé que podería haber sido alguno con una lanza, pa poder llegar desde ajuera hasta la cama, pero me di cuenta que un hombre con esa arma hubiera llamau la atención al que lo viera. En cambio, uno con una picana, manejando una carreta, no despierta sospecha alguna...

—Pero había otros también con carretas... ¿Por qué eligió a Ruiz de todos ellos? —inquirió el oficial.

—Porque al conversar con l'otra gente me enteré que había llegau a la siesta, maj o meno a la hora en que pudo haberse cometido el crimen y después tenía que ser alguien con un motivo grande nicó p'haser mesejante cosa.

—¿Y él lo tenía?

—¡Y de no! Hace un año, cuando Tránsito golvió del Chaco con unos pesos pa casarse con l'hija'e doña Casimira, se encontró que el turco lo había madru-

gau y visitaba tupido'l rancho'e la muchacha que ya no quiso saber nada con él,
comprada por los regalos que le hacía el dijunto...

—¡Ajá!... Ahora solo falta que acepte su culpa...

—Perdé cuidau, que unos días'e calabozo lo van a hacer aflojar...

Y así fue, a los dos días confesó.

UNO QUE NO DORMÍA

Un viajante que pasara por el pueblo había repartido entre los clientes del boliche un almanaque de propaganda que contenía, además, diversas informaciones, y el cabo Leiva, que había resultado favorecido con uno de ellos, lo leía curiosamente y, de vez en cuando, hacía algunos comentarios con el agente Inmaculado Ojeda que le servía mate.

Dio vuelta a varias hojas y se detuvo en una que contenía datos astronómicos. Leyó un rato y luego, lleno de malicia, llamó al agente para conversar con él, planeando una broma dirigida contra el oficial sumariante Arzásola que no tardaría en llegar acompañando al comisario don Frutos Gómez.

Cuando, momento después, estos arribaron vieron al cabo que colocado a unos pasos frente al escritorio, entrecerraba los ojos y decía:

—Pa mi ver... tiene un metro y sesenta y do...

Ojeda sacó del bolsillo una cinta métrica, midió y confirmó:

—Exacto... Aura vamoj a ver... cuánto habrá de aquí a acá...

Y como si tomara al azar señaló la distancia que había entre un marco de la puerta y un clavo en la pared.

—Ahí... ahí... pues debe haber unoj do metro y quince...

Volvió el agente a repetir la pantomima y aseveró:

—Justito otra ve...

Arzásola dijo, entonces:

—Es maravilloso cómo puede calcular con tanta seguridad y rapidez.

—¡Bah, nu es nada! —le respondió Leiva—, déame algo más difísil... ¿Quiere pa que le diga la distancia que hay desde aquí hasta'l sol?...

—Vamos... vamos... Esas son cosas mayores y no va a poder.

—Ta bien, che oficial, déjeme probar...

Salió a la calle, miró al astro rey que se elevaba por el naciente y exclamó:

—Metroj maj o metro meno deben ser unos 149 millones, 504 mil y 201 kilómetro...

Arzásola sacó una agenda, consultó los datos que la misma traía y dijo, lleno de asombro, a don Frutos que asistía a la escena sin intervenir...

—Estupendo... ¿Sabe que le ha acertado plenamente? En efecto, son 149.504.201 kilómetros... ¡Es portentoso!...

Entonces desde atrás de ellos, sonó grave la voz de Ojeda diciendo:

—Es que como dijo Saquespeare: «Hay más cosas n'el cielo y en la tierra que no imagina la humana filosofía...».

El oficial quedó con la boca abierta al oír la cita literaria, pero, don Frutos, dándose vuelta, se acercó al milico y le sacó el librito que le asomaba en un bolsillo.

—A ver... m'imagino que aquí debe estar escuendada la sabiduría que le agarró'e golpe... Aquí está «Hay maj cosa n'el cielo...».

—Con razón —expresó Arzásola—, ya me parecía extraño que Ojeda pudiera citar con tal frescura al autor de Hamlet...

—Y ve, acá n'esta otra página están laj medida'e los astros...

—¡Ja... ja! —rió Leiva—. Usted no cayó porqu'es maj esconfiau que burro tuer-to, pero a l'ofisial sí que l'embromamos...

Arzásola iba a darle una respuesta airada cuando vieron llegar a un hombre de condición humilde que los interrumpió para decir:

—¡Don Frutos!... Ricién al ir a pionar, con don Paulo Stopani, lu encuentré'n la güerta muerto'e un garrotaso...

Dejando al agente al cuidado del local los otros partieron presurosos hacia el lugar del hecho.

«El gringo» Stopani, como le llamaban, vivía desde años en Capibara-Cué. Cuando obtuvo su retiro como foguista de un barco de la carrera, se estableció definitivamente, y hacía tres años sorprendió al vecindario al retorno de la ciudad, adonde había ido a pasar una breve temporada, acompañado por una viuda con la cual se había casado tras un rápido romance. Con ellos vino un hijo de la mujer, que perdía su tiempo en el boliche y en los bailes y le huía al trabajo como si fuese el diablo. Hacía un año, sin embargo, que la mujer murió como consecuencia de un «grano malo», y el padrastro obligó al joven, con gran disgusto de este, a que colaborase en sus faenas, pero como no abandonó sus hábitos alegres sus relaciones eran muy tirantes.

Félix Palomeque, que así se llamaba el hijastro del muerto, los esperaba en la puerta de la casa.

—Cuando el peón me dio noticia de lo ocurrido —expuso—, todavía estaba en la cama. Entonces los mandé a llamar... Está allá, en la quintita, detrás de las casas...

El cadáver se hallaba tirado boca abajo, junto a la tierra removida de unos canteros destinados a los almácigos. Dos paquetes destacaban sus rectángulos más claros contra el fondo oscuro del suelo húmedo aún por el rocío mañanero.

—De las causas del deceso no hay dudas —sentenció el oficial—. Vea el cráneo hundido y lleno de sangre.

—Flor'e garrotaso l'encajaron... —subrayó Leiva.

—Estaría agachado para distribuir las semillas cuando alguno vino desde atrás y lo golpeó —sugirió el hijastro.

—Don Frutos miró a su alrededor antes de refutarle:

—Esto'stá bien despejau... ¿No?... ¿Ande podría haberse escuchado naides pa' sorprenderlo?...

—Es cierto —apoyó el oficial—, no hay ningún sitio para ocultarse aquí.

—Entonces —siguió don Frutos—, don Paulo tuvo que ver llegar a su asesino y si no se movió jué...

—¿Por qué? —saltó Arzásola.

—Porque no le desconfiaba. Tuvo que ser alguien muy conocido como Félix.

—¡Yo!... —exclamó el aludido—. Yo estaba en la cama...

—O como vos —continuó el comisario y se dirigió al peón que se puso pálido.

—¡Por mi magre le juro que no juí yo!... —tartamudeó.

—No tengás miedo que si sos inosente nada te va a pasar. Aura llévensen al finau y pongalón en la cama hasta que le hagan el cajón.

Entre Leiva, el peón y el hijastro sostuvieron al muerto y lo condujeron hacia las habitaciones, mientras don Frutos, acompañado por el oficial, observaba el contorno y siguiendo el rastro de unas borrosas pisadas se dirigió hacia el alambrado divisorio que se alzaba a unos cincuenta metros del lugar. Llegó junto a un poste, miró hacia el otro lado y alcanzó a divisar un trozo de madera tirado sobre la hierba.

—Mirá... allá está l'arma —dijo a Arzásola—, vo que soj maj joven dentrá a buscarlo...

Obedeció el oficial y en seguida retornó para poner en sus manos un sólido garrote hecho con un pedazo de rama seca. En el extremo más grueso se veían manchas rojizas y pelos adheridos...

—Con esto jué que lo basurearon...

—Seguro que el malhechor al huir lo arrojó ahí —sugirió el oficial.

—¡Hum!... —respondió don Frutos.

Volvieron a la casa y se introdujeron por la cocina donde encontraron al peón que preparaba el mate.

Al ver el leño ensangrentado, cerró los ojos y se apoyó contra el fogón.

—¿Don... dónde estaba? —preguntó al cabo de un momento, reponiéndose.

—De l'otro lau'e l'alambrau. P'allá... —indicó el comisario y señaló con la mano—. ¿Quién pa vive ahí?...

—Don José Suárez, pero... ¡oh!... —se interrumpió.

—¿Qué te pasa, haulá?...

—Es que loj otros días tuvieron una discusión grande porque un petizo 'l vie-

jo Suárez dentró 'n'la güerta y pisoteó loj almácigos. Se dijeron'e todo y tuvimos que trair a la juerza a don Paulo que quería pasar a peliarlo.

—¿Y el otro lo amenazó?...

—¡Y de no!... Le dijo cosas fieras...

—¿Por ejemplo?...

—Güeno, casi no ricuerdo pero jué ansina como «Maj que laj planta tené que cuidar tu vida gringo'e porra, porque si te pongo la mano encima te hago quedar aplastau como sapo que agarró una rueda»...

—¡Ajá!... —masculló don Frutos y en seguida llamó al cabo para ordenarle—: Andá a la casa'e a lau y traite a don José Suárez...

—Ya estoy yendo che comesario —respondió el cabo y salió.

Don Frutos señalando una mancha extendida sobre el piso inquirió:

—¿Qué cosa redamaste allí?...

—No juí yo —contestó el interrogado—, cuando vine ya estaba...

—Seguro que a mi padrastró se le debe haber caído la pava o alguna olla con agua... —intervino Palomeque entrando.

—Ta güeno, pero vamoj pa'l comedor a esperar a don José porque quiere interrogarlos juntos.

—¿No quiere pa unoj mate de mientras? —invitó el peón.

—No, dejalos pa después. Vamoj.

Pasaron a una sala modestamente amueblada y se acomodaron en varias sillas. Poco después regresó Leiva con el vecino, un criollo anciano y bastante enfurruñado que dijo:

—¿Qué pasa, don Frutos, que me train preso mesmo que si fuese un creminal?

—¿Y estás seguro que no lo es?...

—Claro, pues...

—Entonces... ¿quién mató a don Paulo?...

—A... a... don Paulo, el gringo...

—Sí, a ese mesmo que amenazó loj otro días...

Agachó la cabeza el otro y solo atinó a murmurar:

—¡Dios me perdona laj cosas que le dije, pero no juí yo!... ¡No juí yo!...

—Por lo duro que estaba l'ombre se me hace que lo haberán matau hace unaj cuatro o cinco horas, maj o meno, o sea a la seis. ¿Qué pa hacia entonces, don José?...

—Yo estaba acostau...

—¿Y vo, Félix?...

—Yo lo mismo. Él me encontró en la cama...

—¿Y vo, m'hijo?...

El peón tragó saliva y luego respondió:

—A esa hora yo entuavía estaba durmiendo...

—Güeno, pa mi ver hubo uno que no dormía sino que lo durmió al viejo pa'

siempre d'un estacaso... Esperemen...

Llamó a Leiva y conversó con él en voz baja y luego volvió a su asiento mientras el cabo salía a cumplir su comisión.

—Pa'mi —continuó después de un silencio—, loj tre son sospechosos... Vo, Félix, pa quedarte con l'herencia, usté, don José, porque lo amenazó fiero, y vo, m'hijo, pa vengarte. ¡Vaya a saber qué cosa te habrá hecho el dijunto!...

Acalló con las manos las protestas y añadió:

—Aura les vua a hacer unaj preguntas y si nu han hecho nada malo no tengan miedo que nadita lej va a pasar, pero el culpable...

Dejó la frase sin concluir y continuó:

—Primero vo, Félix... Decí lo que sepás...

—Es muy poco... Anoche me dijo que hoy se iba a levantar temprano porque quería sembrar semillas de acelga y de rábanos...

—¿Qué plantas dijiste?...

—Acelga y rábanos. Leyó en ese libro que era la estación para hacerlo. Yo me ofrecí para ayudarlo y no quiso... Insistí porque...

—¿Por qué?...

—Porque tenía miedo que le pasara algo porque el otro día tuvo una discusión bastante enojosa con don José y ya ve...

—¿No vaj a creer que juí yo? —saltó el vecino.

—Yo no lo culpo, pero... ¿quién otro podía ser?...

El viejo, furioso, se levantó como para agredirlo pero Arzásola intervino y lo contuvo. En eso entró Leiva e hizo una seña afirmativa con la cabeza.

—Antes e'ejarte, m'hijo, ricordate bien... ¿Jué acelga y rábano lo que te dijo don Paulo que iba a sembrar?...

—Sí, allí está el libro con la indicación de los cultivos del mes...

—Sí, pero vo que so pueblero te olvidaste'e la luna, pues...

—De la luna...

—Sí, m'hijo. Tu parrastro, que denantes jué marinante, aprendió a trabajar la tierra entre nojotro. Vo, en cambio, pasaste la vida en colegio y nunca trabajaste, hasta que murió tu padre y don Paulo empezó a hacerte pagar el pan que te daba...

—¿Y eso que tiene que ver?...

—Que sos un mentiroso, porque el finau nunca iba a plantar acelgas y rábanos al mesmo tiempo.

—¿Pero si es el mes!...

—Sí, pero uno al prencipio y el otro a mediados. Las plantas que tiran p'arriba como l'acelga se siembran con la luna creciente y laj que tiran p'abajo como el rábano con luna menguante y laj que son pa semilla con luna llena. ¿Nu es ansí, don José?...

—¡Ansina es, don Frutos!

—Y, a lo mejor habré oído mal...

—No, porque eran de esas plantas loj paquetes que había esparcido ‘n los almácigos...

—De cualquier manera, usted se equivoca...

—Puede ser, pero aura decime, ¿ande están tus alpargatas?...

—Estaban viejas y las arrojé...

—¿Ande?...

—Me olvidé... Por ahí...

—Trailas, Leiva... ¿Ande estaban?...

—Abajo’e unoj ladrillos, cerca’l horno...

Don Frutos señaló las suelas húmedas y llenas de barro.

—Si vo dormía cuando mataron a tu parrastro... ¿cómo es que tus alpargatas tienen tierra fresquita’e la güerta?...

Calló Palomeque confundido y don Frutos prosiguió:

—Mirá, yo te vua a decir como jué. Esta mañana don Paulo te sacó’e la cama pa que lo ayudases. En la cocina discutieron y, aprovechando que el viejo se dió güelta, agarraste una leña y le partiste la cabeza. Dispués te asustaste y, pa engañarme, llevaste’l cuerpo a la quinta y tiraste’l garrote ‘n lo’e don José pa echarle la culpa. Lavaste el piso’e la cocina pa borrar las salpicaduras’e la sangre, escuendiste las alpargatas sucias, miraste ‘n el libro lo que se podía sembrar y agarraste loj paquetes y los tiraste. Dispués te golviste a la cama pa que el pión encontrara el cadáver y vos pasases por inocente.

—¿Y usted cómo se dio cuenta? —inquirió Suárez.

—Porque me llamó la atención ver esaj semillas que no se siembran al mesmo tiempo y que no hubiese esperjado la sangre en el lugar. Dispués, cuando vi el suelo, lavau’n la cocina me imaginé que allí lo habían muerto y dispués lo llevaron ajuera pa despistar. Y, entonces, ¿quién otro podía ser sino él?...

EL ALACRÁN Y EL INOCENTE

La vieja Gregoria Taumaturga Saucedo alzó escandalizada los brazos al cielo y clamó indignada mirando a su hija Abstinencia:

—¡Virgen de Itatí! y... —lo que siguió a la invocación no podría figurar en ninguno de los santorales del mundo por muy liberales que fuesen en sus expresiones—. ¡Cómo hiciste eso!...

La muchacha bajó los ojos, se miró los pies descalzos con los que hacía rayas en el suelo y no respondió.

—Y el sinvergüenso'e tu primo... ¡Si lo llevo a agarrar!... Aura se ha ido pa'l Chaco, ¿no?

—Dijo que era pa ganar plata pa'l casorio —trató de disculparlo la joven.

—¿Y vo te lo creyiste? Ese ya no güelve por un tiempo y cuando güelva vos vas a estar maj a punto que sandía en verano...

—Entonces ¿qué pa podemos hacer?

—¡Hum!... Buscar a alguien pa cargarle el mochuelo, pues... ¿No andaba el viudo don Manuel mirando por vos?

—Sí, pero va ser difícil que aceute... es maj desconfiau que gato andando entre perros...

—¿Y Agamenón, l'hijo'e la parda Juana?

—Ese y nada es lo mesmo... Haberá que mantenerlo a él y a la mama.

De pronto se iluminó el rostro de la madre y exclamó:

—Y si lo enriedamos a Salustio... Es güeno, trabajador y no va a hacer viriguaciones... Con asustarlo un poco...

—Sí, pero... ¿cómo?

—Dejame pensar... ¡Ya está...! Mirá, una siesta de estas...

Siguió el cuchicheo entre las mujeres discutiendo los detalles del plan mientras, como a unas dos cuadras del lugar, un mozo alto, de rostro simple y andar pausado, dejaba el caballo en el corral, llevaba la montura y las riendas al galpón y tras lavarse en el balde colocado junto a un pozo de brocal entraba a una modesta habitación donde una viejecilla le tenía preparado el yantar cotidiano.

—¡Cómo has tardado m'hijo!... ¿Qué te pasó?

—Nada, mama, estuve curándole la «bichera» a un ternero nomás.

—Güeno, apurate que de no el arroz se me va a pasar de punto.

—Con el hambre que tengo tuito va a ser lindo.

Cariñoso el hombre se acercó a ella y levantándola entre sus inertes brazos la alzó para besarla en la frente entre las simuladas protestas de la madre.

—Dejame, Salustio... ¡pero!...

Volvió a ponerla suavemente en el suelo y exclamó:

—Aura sí, vaya y tráigame las cosas ricas que usted sabe hacer...

Salustio Cáceres era el único hijo de doña Clara, viuda de un buen hombre que murió a causa de un «pasma», decían los vecinos y de una infección aseguraba el médico. El hijo se crió junto a la madre y era servicial, muy apreciado por todos, pero carente de malicias. Poco amigo del boliche y de los bailes vivía consagrado por completo al cuidado de su progenitora que, en los últimos años, casi no abandonaba la casa a consecuencia de un reumatismo crónico que, inútilmente, quería combatir con friegas de grasa de yacaré y llevando un anillo de cobre.

Unos días después el pueblo estaba como dormido bajo el agobio del sol. Muchos seguían entregados al sopor de la siesta, pero ya algunos se levantaban y empezaban las tareas de la tarde. Abstinencia Saucedo, que estaba con su madre, debajo de un árbol junto al camino, dijo a esta.

—Allá sale al patio...

—Güeno... andá y hacé como te dije... Yo vua a caer enseguida con el viejo Argüello...

Salustio dejó la casa, se desperezó alzando los brazos, ahogó un bostezo, después, se lavó un poco junto al pozo y fue para el galpón a retirar los elementos para su trabajo habitual en el campito vecino. La construcción era pequeña y oscura, adentro se gozaba de una suave frescura y se respiraba el excitante aroma de la alfalfa enfardada. El muchacho buscó una lezna y unos tientos y se dispuso a remendar una collera a la espera que se atenuasen un poco los rigores del sol para seguir arando.

De pronto sintió chirriar la puerta y Abstinencia penetró corriendo y moviendo los brazos con desesperación:

—¡Salustio!... ¡Salustio!...

—¡Eh!... ¿Qué te pasa?—díjole asombrado.

—Ayudame... Un alacrán se me metió dentro'e la blusa y me va a picar...

Conocedor de la gravedad de la picadura de estos animalitos el joven se acercó y ya iba a meter la mano en la abertura del cuello, cuando se detuvo, indeciso y pudoroso.

—Apurate Salustio que me corre por dentro. ¡Uy!...

—Es que... no puedo... no puedo desabrochar...

—¡Qué me muerde!... ¡Tirá y rompé aunque sea!

La muchacha se echó a llorar y Salustio con movimientos torpes asíó un borde del género, pero Abstinencia con un rápido esguince, hizo que la débil tela se rasgara.

—¡Oh!... —se asustó él, pero ella despojándose de la vestidura enseñó el corpiño que apenas comprimía los henchidos senos y, aproximándose urgió:

—Sacalo, aura, sacalo...

Sin saber lo que hacía el hombre llevó sus manos hacia el cuerpo de la mujer, cuando chirrió la puerta y penetró doña Gregoria acompañada por un viejo y exclamó:

—¡Peina!... Ahí está... pe... ¡pero qué es esto!

La joven se apretó contra el desconcertado Salustio y gimió en alta voz:

—Jué él... mama, jué él...

—¡Yo!... —se asombró el inculpada—. Si te estaba buscando un alacrán...

—Güen alacrán estás vos, Salustio —intervino el viejo—. Aura vas a tener que arreglar esto o vas a dir preso por sinvergüenso y abusador...

—Déjemelo a esa fiera —tronó doña Gregoria e intentó abalanzarse contra el mozo, pero Argüello la contuvo y ordenó:

—Mejor vamoj a denunciar el caso a la comesaría... Vos venís como estás. Abstinencia y yo vua a salir'e testigo... ¿Alacrán?... ¿Quién te va a creer ese cuento?

Don Frutos Gómez, el comisario, alojó al consternado Salustio en el calabozo y volvió a su oficina donde ya se hallaban el cabo Leiva y el oficial Arzásola.

—Che, Leiva —dijo apenas entró—, decile al agente que noj cebe unoj mates y después vení que quiero hacerte unaj priguntas...

—¡A la orden, comesario...! —respondió Leiva y salió a cumplir con lo ordenado para regresar casi de inmediato.

—Güeno... —prosiguió el superior—, ¿vo oyiste lo que dijo la vieja Rigoria Tomapurga?

—Gregoria Taumaturga... —corrigió el oficial.

—Ta bien, la vieja Rigoria, entonces que es más fácil...

—Oir la oyí, pero entuavía no lo comprendo...

—Salustio es un temperamento primitivo que, dominado por la pasión, cedió paso a sus instintos más brutales e hizo lo que hizo...

—Será che oficial, pero lo mesmo no lo creo.

—Pero... ¡ustedes vieron cómo estaba la pobre muchacha!... Tenía toda la blusa destrozada ¿y supongo que no creerán en el cuento del alacrán?

—¿Y por qué no?... Loj alacrane 'e por aquí pican juerte y la gente les tiene un miedo grande...

—Además está el testimonio de un vecino, el señor Arguello, que es insospechable...

—Tiene tuita la razón, oficial —siguió el cabo— pero hace tiempo que conosco a Salustio y a su mama, doña Clara y sé que son güenas presonas.

—Todos son buenos hasta que se descarrilan.

—La pobre doña Clara ha'e estar sufriendo por esta acusación —exclamó don Frutos—. Me da una lástima...

—Cuando la justicia está de por medio no podemos ser sentimentales... El culpable debe pagar su delito...

—¿Y si no hubo delito?... Mirá que Salustio niega l'acusación y pa mí su palabra es tan güena como la de ella...

—Lo que yo creo —intervino Leiva— es que Ña Rigoria y la Astinencia buscan engancharlo al Salustio pa que trabaje pa ellas...

—No está mal pensau... Consiguen un marido pa la hija y un hombre pa que laj mantenga...

—No lo pienso así —insistió Arzásola—. ¿No consideran que él puede negarse al casamiento y preferir ir a la cárcel con lo que no ganarían nada?

—¿Y quién le mantiene a la madre de mientras tanto?... La pobre está medio impedida y Salustio es capá hasta'e casarse con la vieja Rigoria con tal de poder quedarse y ayudar a su mama, pues...

—¿Y no podría echarle tierra al asunto? —sugirió el cabo.

—La ley debe cumplirse, señor comisario —expresó el oficial.

—¿Y quién te dice que no va a cumplirse?... Aura pa que veas como estoy dispuesto a que se cumpla vua a mandar a Leiva pa que las cite a Ña Rigoria, a l'hija y al viejo Arguello pa mañana por la mañana a fin de resolverlo tuito'e una ves...

Un zorzal cantaba en algún árbol próximo y los gallos desgranaban en el claro aire matinal la sonora mazorca de sus cantos. Salustio se sentó en el borde del lecho y pensó que nadie iría a buscar la lechera y que el ternero estaría mugiendo inútilmente en el corral.

—¿Qué dirá mi mama? —pensó—, y no acertó a explicarse la extraña complicación en que se hallaba metido.

Oyó ruido de pasos y vio que don Frutos llegaba, abría la puerta de su encierro y venía a colocarse a su frente.

Respetuosamente se levantó y saludó:

—Güenos días, don Frutos...

—Güenos días, m'hijo... ¿En qué estabas pensando?

—Cosas mías, don Frutos...

—¿A lo mejor pensabas en l'alacrán o en l'Astinencia?

Lo miró con tristeza y se lamentó:

—Usted también no me cree... ¿Qué pa le vua a hacer?... Pero no estaba pensando n'eso sino'n la lechera. Mi pobre mama no va poder dir a campearla...

—No te apurés por eso... Ya lo mandé a Leiva pa que le diera una manito.

—Muchas gracias, don Frutos...
—No tenés por que m'hijo y aura haulame con tuita sinceridá.
—Prigunte nomás...
—¿Vo hiciste pa eso que dicen que hiciste?
—No, don Frutos... Yo estaba cosiendo nicó una collera cuando dentró ella y me dijo que le había dentrau un alacrán y que se lo sacara...
—Pero... ¿cómo tenía la blusa tuita rompida?
—Jué ella a loj apurones... decía que ya la estaba picando nicó...
—Y cómo don Arguello dice que cuando dentró vo la tenía a loj apretones.
—Jué ella, don Frutos... Me dijo: «Busca... busca...» y cuando dentraron me puso los brazos encima, pues...

Lo miró con ojos cándidos y preguntó:

—¿No me cre, pa, don Frutos?

El comisario vio su franca mirada y afirmó:

—Te creo m'hijo y aunque tuito esté en contra'e vo vua a haser lo imposible pa librarte... Pero no te enojés conmigo por lo que te haga, ¡eh!...

—No ha de, don Frutos...

—Vas a sufrir un poco, pero va a ser pa tu bien...

Unas horas más tarde, respondiendo a la invitación formulada, llegaron los citados por el comisario.

Arzásola que tenía a su cargo la redacción del sumario leyó la acusación y preguntó:

—¿Se ratifican en lo expuesto?

—Sí, señor...

—¿Entonces si Salustio no se casa con tu hija tengo de mandarlo preso?

—Así es, don Frutos... —replicó la madre.

—¿Por qué pa no pensás en doña Clara, que está enferma, y retirás la denuncia? —insinuó el funcionario policial.

—¿Y quién pa piensa en mi pobre hija?... ¡Hum!

—Está bien... andá Leiva y trailo al muchacho...

Salió al cabo y se llegó al calabozo, miró al joven y le dijo:

—¿A ver cómo estás pa dir a riclarar?

Lo observó cuidadosamente y sentenció:

—Tenés los dientes sucios... Tomás, limpiátelos...

Le alargó un cepillito sobre el cual colocó una abundante cantidad de pasta dentífrica. Salustio empezó a restregarse la dentadura vigorosamente y una abundante espuma le cubrió los labios.

En ese momento Leiva le ordenó imperioso:

—¡Tendé laj manos...!

Imposibilitado de hacer preguntas por la espuma que le llenaba la boca, pero dócil, como de costumbre, el otro así lo hizo y el cabo le ciñó las esposas, luego

retirando el cuello de la camisa vació adentro el contenido de un frasquito.

Salustio, sorprendido, abrió los ojos y después trató de llevar las manos a la espalda, pero las cadenillas se lo impedían de manera que empezó a agitarse inquieto y a lanzar escupitajos. En seguida echó a correr hacia la sala mientras Leiva le seguía gritando:

—¡Salustio!... ¡Salustio!... ¡Vení pa acá...!

Arrojándose contra las paredes y dando saltos de energúmeno el joven llegó a la oficina, se detuvo un segundo pero luego retorciéndose y agitándose como un poseído, con la cara cubierta de espuma y gritando como un loco, arremetió contra doña Gregoria que estaba de pie, junto a la puerta y que por la fuerza del impacto rodó por el suelo, y siempre aullando salió escapado hacia la calle perseguido por el cabo y el agente quienes pronto le dieron caza y lo trajeron a la rastra, luchando contra el pobre joven que se debatía terriblemente.

—Vayan y delen un baño enseguida... —mandó don Frutos—, ansina se va a calmar...

—Pero... ¿qué tiene?... ¿Se ha güelto loco? —interrogó doña Gregoria.

—No... ya se le va a pasar... Al pobre le suelen dar estos arranques pero de antes que haiga que mandarlo al manicomio va a pasar mucho tiempo —explicó el comisario.

—No sabía que juera enfermo —dijo don Arguello.

—Por eso es que la madre no deja que vaya al boliche ni a loj bailes, no sea que le dea un ataque y haga macanas... —continuó don Frutos.

—¡No, mama!... Yo no me quiero casar con ese... —saltó Abstinencia—. ¿Y si una mañana le da la locura, agarra un cuchillo y empieza a loj tajos?

—Son cosas'e la vida m'hija, pero si vo lo tratás bien no te va a dar mucho trabajo...

La vieja que había estado acumulando rabia estalló:

—¿Quiere decir que encima'e tener una hija loca tengo que cuidar a un chilau, también?... ¡No se embroma'l Gobierno!... Nojotros se vamo...

—Un momento, señora... está la denuncia.

—¡Qué denuncia ni denuncia! Yo no quiero saber nada...

—No m'hija —se gozaba el comisario— aura que está por escrito vas a tener que casarte nomás...

—¡Ni nunca!... Si tuito fue una cosa que me hiso hacer mi mama... El pobre infeli ni siquiera me ha tocau...

—Ta bien... entonces che oficial hacele firmar que retiran la acusación...

El oficial redactó rápidamente el desestimiento y las mujeres lo signaron complacidas de verse libres de cargar con el insano.

Cuando se fueron el vecino se disculpó:

—Perdone, don Frutos, a mí también me engañaron... Yo dentré y loj vide

medio entreveraus así que creyí lo que decían... ¡Pobre Salustio! Se salvó 'e una pero tiene otra maj grave encima.

—No tiene nada, aura nomás lo van a traír pa que lo vea...

—Pero si yo lo vide a loj gritos, saltando, echando espumas y portándose como un loco.

—Eso pa que veas que no hay que confiar mucho en los ojos... La espuma era 'el dentrífico con que Leiva le hizo limpiar loj dientes y loj saltos que daba era porque el cabo le echó dentro'e la camisa y en la espalda un frasco enlleno'e hormiguitas coloradas que saben picar fiero y el pobre con laj manos esposadas no podía ni rascarse...

LA MENTIRA

Un crepúsculo primaveral, cuando las sombras empezaban a colgar lúgubres crespones en las cosas y la luz fugaba a llorar relucientes lágrimas en el cielo, tres jóvenes entraron, casi en fila india, en el local de la comisaría pueblerina.

—¡Buenas tardes!... —dijo uno de ellos de atuendo ciudadano y aire desenvuelto que los encabezaba y los otros dos hicieron eco.

—Güenas... —respondió don Frutos que recibía un mate de manos del cabo Leiva—. ¿Qué pa vienen a denunciar?

—¡Oh!... No es eso, señor, solo deseábamos obtener de usted un permiso... —contestó el cabecilla del grupo y los acompañantes sonrieron en conformidad.

—¿Supongo que no será pa robar ni pa asaltar?

—¡Qué esperanza!... Únicamente quisiéramos que nos otorgara su consentimiento para poder salir de serenata. Es el cumpleaños de una de nuestras amigas y nos pareció oportuno brindarle una ofrenda musical y, de paso, haríamos lo mismo con otras personas.

—Si el cumpleaños es hoy, ¿tendría que ser esta noche?

—Así es...

—¡Hum!... Concedido, pero no se olviden 'e portarse bien...

—Pierda cuidado, señor y ¡muchas gracias! —contestó el líder y con sus compañeros dejó el local.

Una vez que quedaron solos, don Frutos expresó al subalterno que le seguía acarreado mates.

—Muy pronto se ha hecho de amigos el sobrino 'e don Matías...

—A tuitos lej ha caído simpático, aunque es algo fantástico y consentido...

—Salió bien distinto al tío... ¿No te parece?

—Mesmo que la noche y el día... El viejo es de ahí pa'l trabajo y no deja su campo ni pa dir a la inglesa.

—¡Ajá!... Dispués que se le murió la mujer bien pudo dir pa la ciudá pa disfrutar 'e loj pesos que no le faltan y ya ves...

—L'hisó venir a la hermana viuda pa que lo cuide y él sigue yugando como denantes.

—Pa ella que se ha criau a campo no es nada, pero este muchacho debe es-
trañar grande...

—Por eso anda entreverau en tuitas las diversiones y siempre está organi-
zando bailes, asaus, guitarreadas y ¡qué sé yo!...

—Por las dudas, esta noche cuando salgan pa sus cantos, hacete ver ‘e tiem-
po ‘n tiempo, no sea que ‘n ves de dedicarse a las guainas se quieran entretener
con laj gallinas o loj corderos.

El oficial Arzásola dejó su escritorio, apagó un bostezo y se puso a caminar por
la oficina para ahuyentar el sueño que le hacía cabriolas en los párpados, tras
una noche de guardia, cuando llegó don Frutos.

—Güenos días, che oficial, vengo a relevarte... ¿Alguna novedá durante la
noche?

—No, don Frutos... solo unos muchachos que salieron de serenata, pero me
informó Leiva que contaban con su permiso.

—Ansí es y aura andate a descansar nomás...

Iba a retirarse el joven cuando oyeron ruidos de cascos afuera.

—Parece que alguien llega apurau...

—Ya lo oí y temo que deba despedirme de mi cama...

En ese mismo instante un paisanito se hizo presente haciendo girar el som-
brero entre las manos.

—¿Güenos días m’hijo qué te trae tan temprano por estos laus?

—Una cosa fiera que ha pasau ‘n la estancia ‘e don Matías, pues...

—A ver, haulá...

—Me ha mandau ‘l patroncito pa que les avise que cuando él golvió, hace un
rato, lo ha encuentrau al tío n’el corral ya difunto muerto.

—¿Qué le pasó?

—No sé, pues... Me vino a despertarn’el galpón y me mandó, pero pa mí don
Matías, a quien le gustaba levantarse temprano tiene que haberse caído ‘l ca-
ballo.

—Un criollo como él cai parau.

—Entonces le debe haber dau un mal o ¡vaya a saber!

—Lo siento, che oficial, pero vaj a tener que acompañarme.

—Por supuesto, señor... El deber está por encima de todo.

Alistaron sus cabalgaduras y en compañía del peón fueron hasta una estan-
zuela que se encontraba a la entrada del pueblo. Allí los recibió Jorge, el so-
brino, que los condujo hasta un corral de palo a pique, donde se encontraban
varios caballos que, al verlos entrar, se arremolinaron y escaparon inquietos
hacia un extremo mientras unos potros atados a unos postes, a la espera de ser
domados, se sacudían inquietos tratando de romper el lazo que los sujetaba.

Cerca de la tranquera, junto al pie del cercado, y no lejos de uno de los po-

tros, que se alzaba sobre las patas traseras y resoplaba impotente estaba el cuerpo de un hombre alto, de cabellos canos y vestido a la usanza criolla.

—¿Qué le pasó? —interrogó el comisario cuyos ojos vivaces observaban el poncho tirado en el suelo y unos elementos para ensillar a un costado del caído.

—Bueno, cuando volví esta mañana del pueblo me encontré con que tío Matías ya se había levantado y estaba en el patio. Al verme dijo si quería presentiar cómo domaba un potro, así, al mismo tiempo, aprendía algo de las faenas camperas.

—¿Y vos aceutaste?

—Por supuesto que sí... Entonces él fue a buscar un poncho y, además, esas otras cosas para ensillarlo y vino al corral. Me dijo que como era temprano no quería molestar a los peones y que mi trabajo iba a ser sencillo.

—¿Le ibas a servir 'e pagrino, pa?

—No, solo iba a mantener tapada la cabeza del animal mientras él ensillaba para montarlo... Una vez que estuviese arriba debía soltarlo y nada más...

—¿Al montar cayó y se golpeó o qué pasó? —interrogó Arzásola.

—La cosa fue diferente... Mi tío tomó el poncho y fue hacia ese potro que, al verlo cerca, se encabritó y pareció abalanzarse sobre él, entonces se retiró rápidamente hacia atrás, pero dio un traspíe y cayó golpeándose la cabeza contra un poste...

—En efecto —asintió Arzásola— tiene un golpe en la parte occipital con probable fractura.

—Me arrodillé a su lado y al verlo desmayado le eché aire con el sombrero para hacerlo reaccionar... Después de un momento sentí algo húmedo entre mis dedos y vi la sangre. Comprendí que la cosa era más grave, pero ya era tarde... cesó de respirar y el corazón se detuvo.

—¿Por qué no llamaste a los piones?

—Me aturdí al principio y después cuando supe que era inútil pensé que lo mejor era no tocar nada y mandar por usted.

—Güeno, Arzásola, anotó lo que hay acá pa ponerlo 'n el sumario.

—Muy bien, señor...

—Un poncho... bajeras... matras, caronas, bastos, cincha, cojinillo, sobrecincha, freno, un rebenque... ¿Está bien?

—Sí, don Frutos.

—Firmá aura pa que puedas riqlamar luego estas cosas porque laj vamoj a llevar pa la comisaría.

Rápidamente el sobrino se dispuso a hacerlo, pero el comisario lo detuvo.

—No, controló primero... No quiero que suebre ni que falte nada: Un poncho... bajeras...

Medio de mala gana el mozo accedió al inventario y después firmó al pie de la lista.

—Aura anda a ordenar pa que hagan los preparativos pa'l velorio y l'entierro y mañana, después 'e golver'l cimiterio, pasá por la comisaría pa seguir con el sumario.

—¿Falta algo? Si solo fue un accidente...

—Naides dice lo contrario, pero 'l sumario igual tiene que hacerse.

—Muy bien, mañana por la tarde iré.

Vestido con ropas oscura y con severo continente, hizo su entrada, al otro día, Jorge en el recinto policial.

—Desearía, señor comisario, que la diligencia fuese rápida porque tengo que regresar con premura para consolar a mi atribulada madre que sufre por la pérdida del hermano.

—¡Cómo no!... Tuito depende' que vos digás la verdá y no te enriedes con mentiras...

—No le permito esa insolencia...

—Mirá, dejate de palabras al cuete y haulemos claro... Vos decís que tu tío te invitó pa que lo veas domar, que trujo un poncho y ese riendaje pa' ensillarlo y yo te digo que mentís...

—Su palabra vale tanto como la mía.

—Güeno, vamoj a priguntar a otro... ¡A ver, Leiva!

—Ordene, don Frutos.

—Mirá, este mocito dice que don Matías lo invitó pa que lo viese domar y que pa ensillar al animal se llevó esas cosas que están sobre la mesa y yo le digo que miente. ¿Vos que decís?

—¿Pa domar, dijo?

—Ansí es...

—Entonces y que no se vaya a ofiender, pero miente...

—¡Claro! Como es un subalterno suyo tiene que apoyar su palabra, pero yo me mantengo en lo que dije.

—Está bien... Pa que veas que no es cosa nuestra vua a mandar por alguien que sea ajeno... Andá Leiva y traite a los dos primeros que pasen...

Salió el cabo, y, al momento, regresó con dos paisanos que llegaron un poco azorados.

—Qué pa le anda pasando don Frutos que nos hizo buscar —dijo uno de ellos.

—No se asusten que no es pa nada malo. Quiero que salgan 'e jueces n'un aunto que tengo con este joven.

—¡Ah! El sobrino 'e don Matías... L' acompañó n'el sentimiento —exclamó el otro y le tendió la mano.

—¿Ves que son gente güena?... Aura vaj a ver como ellos tamién me apoyan...

—¿En qué le podemos ser útiles, don Frutos? —inquirió el primero.

—Güeno, este mozo dice que don Matías lo invitó pa que lo viese domar...

¿No es así?

—Así es...

—Y que pa eso el finadito fue y buscó tuitas esas cosas... Véanlas...

Los recién llegados se inclinaron sobre el apero y uno dijo:

—Vea, comisario, como el señor es pueulero habrá entendido mal... Don Matías le habrá dicho pa verlo montar...

—No, señor, me dijo para que lo viese domar.

—Entonces y con su licencia, pero yo creo que usted miente.

—Y usted qué opina, don Juan —preguntó don Frutos al segundo.

—Si era pa verlo domar yo también digo que no puede ser.

—Muchas gracias y ¡adios!

—¡Adios don Frutos! —respondieron los hombres y se fueron.

Jorge se removía confuso y cruzaba y descruzaba tos dedos, reinó un momento de silencio y, luego, el comisario, dijo:

—Si seguís con tus mentiras vua a pensar en algo pior... Te conviene que me digás la verdá... La cosa no jué como vos dijistes...

—¿A lo mejor, si lo ponemo n'el calaboso pa que piense? —sugirió Leiva.

—Está bien —accedió el joven vencido—. Ayer cuando volví, después de la serenata encontré a tío en el patio. Se enojó por mis salidas y me amenazó con echarme de casa. Le contesté que él no era mi padre para gritarme y, entonces, alzó su látigo y se me vino encima. Sin deseos de hacerle mal y con solo el ánimo de defenderme le di un empellón con tan mala suerte que cayó y se golpeó la cabeza contra el palenque. Creía que se había desmayado, pero cuando no lo vi volver en sí, busqué el corazón y ya no latía. Me asusté enormemente porque iban a pensar que yo lo había matado.

—¿Por lo que pensaste engañarme haciendo creer n' un asidente?

—Es verdad... Como todos dormían lo alcé y llevé al corral, luego busqué las cosas necesarias para una doma... No sé cómo pudo descubrir que no era cierto...

—Por un pequeño detalle m'hijo... Por el freno...

—¿Y qué tiene? ¿Acaso no se usa para ensillar?

—Sí, pero no pa domar... Si usás freno le vas romper la boca al bagual. Naides que sepa un poco 'e campo inora que pa domar se usa el bosal y nunca el freno... Por eso enseguida tuitos supieron que mentías...

EL REGRESO DE DON FRUTOS

(Del diario del oficial Arzásola)

JUNIO, 4. — «La política —ha dicho alguien— es una mala palabra» y yo carezco de la necesaria versación filosófica para valorar la exactitud del aserto. Indudablemente no toda política es mala, pero esta que se practica en ciertas regiones de la provincia justifica el sentencioso dicho del cabo Leiva: «La política, pa mi ver, es como'l cuchillo; le es útil al que lo agarra por el mango, pero amenaza a los demás...».

Don Frutos, que es recto e insobornable, no quiso «archivar» unas actuaciones que comprometían a cierto estanciero, complicado con unos cuatrerros y, en castigo, so pretexto de «una mejor redistribución del personal» lo enviaron lejos de Capibara-Cué. Un cambio institucional, sin embargo, le dio ocasión para hacer valer sus derechos y esta mañana, después de varios meses de ausencia, ha vuelto a nosotros.

Fuimos hasta el desembarcadero con el cabo, para recibirlo, y, apenas saltó a tierra desde la canoa que lo condujo desde el barco de la carrera, ya Leiva se plantó a su frente e, indeciso entre darle la mano como amigo o hacerle la venia como superior, solo atinó torpemente a cuadrarse y a decir:

—¡Oh, don Frutos!... ¡Don Frutos!...

Por mi parte había preparado algunas palabras, que querían ser de bienvenida, pero al ver su cara simpática y los renegridos ojos mirándome con afecto, me olvidé de todo y solo estreché su diestra con tal vigor, que me reprochó tiernamente:

—Ta bien, muchacho, pero no apretés más que me vas a romper loj dedo...

Reímos los tres y, enseguida, fuimos para la comisaría.

Los capibarenses que, como buenos correntinos, tiene pudor para demostrar sus emociones, asomaban a las puertas, como por casualidad o se hacían los encontrados en la calle, para saludar:

—¡Hola, don Frutos!...

—¿Qué tal, comesario?... ¿Otra vez'e güelta?...

Y ¡nada más!, pero había algo en el tono de la voz o en los gestos que mos-

traban a las claras que Capibara-Cué sentíase alborozado del regreso de quien, más que funcionario, era un amigo.

JUNIO, 5. — Anoche, mientras doña Micaela, nuestra cocinera, nos cebaba unos mates, informé a don Frutos sobre los sucesos más salientes ocurridos durante su ausencia. Abrí el libro de «sumarios»; leía y explicaba:

—«Abdón Gutiérrez, lesiones...». Parece que descubrió que su compañero de juegos le hacía trampas y se desquitó a talerazos.

—Seguí...

—«Juan Pérez y Rogaciano Ahumada, pelea...». Bebían juntos y el alcohol...

—Continuá...

—«Gumersinda Sánchez, muerte por accidente...».

—¿Y eso?...

—Era una criatura de meses... Dormía en la misma cama que los padres y la madre, al darse vuelta, la ahogó impensadamente...

—Güeno... adelante...

—«Ecuménica Gorosito, denuncia a su compañero Patrocinio Amarillo por mal trato...».

—¡Bah! Lo de siempre... Cada fin de mes, cuando cobra, él se mama, llega a la casa y le da una paliza'e mi flor. Ella, juriosa, lo denuncia y dice que va a abandonarlo, pero al rato güelve arrepentida, a pedir que lo larguen...

—Así fue, señor...

Y de la misma manera seguí con la enumeración de los pequeños incidentes que matizan el hastío de la vida pueblerina, cuando arribó el cabo Leiva que volvía de su habitual recorrida nocturna.

—No hay denguna novedá, che comesario... ¡Ah!, me encontré con doña Flora que dice que uno'e estos días tiene que venir p'hauarlo.

—Ya sé pa qué va a ser... —intervino doña Micaela, mientras le alcanzaba un mate a Leiva—, dejuro que es pa pedirle le busque'l autor'e la muerte'l perro...

—¡Cómo!... ¿Le mataron al Negro?...

—Ella dice que sí, pero, a lo mejor, se murió'e viejo... L'encuentró muerto en la puerta'l rancho hace unoj quince días...

—Tiene que haberlo sentido grande, pues pa ella era como un hijo. Pa esas mujeres solas loj animale son como'e la familia...

—Lo enterró y todo —acotó el cabo, y agregó—: Y pa mí si no juera'l miedo que el cura se enojase le hubiera mandau hacer una misa...

—L'afetó tanto que se pasaba laj horas llorando —siguió la mujer—. Dispués dentró a decir que se lo habían envenenau y vino a verlo al otro comesario pa que investigase, pero don Ortigosa nu era como usté y la sacó a loj empujone...

—No... no era como usté, don Frutos —afirmó Leiva, y había un cálido acento, como de ternura, en sus palabras.

—Güeno, ya veremos que anda queriendo la pobre —finalizó don Frutos.

JUNIO, 5. (Noche). — El de hoy ha sido un día de intensa actividad. Promediaba la mañana cuando vinieron a avisarnos que una vecina, extrañada al no ver a doña Flora, penetró en su pobre habitación y la encontró en la cama, muerta a puñaladas.

Fuimos allá y no hallamos el menor rastro del asesino. Iniciamos las investigaciones de práctica sin más resultados que lamentaciones.

—¡Pobre doña Flora!

—¡Quién iba a tener interés en matarla si era un alma de Dios!

Nadie había visto ni oído nada sospechoso. No se le conocían parientes ni tampoco enemigos. Era una pobre mujer que ganaba su vida lavando algunas ropas o ayudando a los vecinos en caso de necesidad.

Y, sin embargo, alguien arriesgó su destino, para introducirse furtivamente en su pieza y darle muerte, en medio de su sueño.

Ese misterio me preocupaba, pero más parecía absorber a don Frutos que, sentado junto a su escritorio, llevaba un largo rato pensando y pensando...

JUNIO, 6. — Esta mañana después de efectuar algunas diligencias para el entierro de la vieja Flora, nos reunimos para hablar sobre el caso. Leiva tampoco pudo aportar mayores indicios y, después de barajar las más descabelladas hipótesis, quedamos sumidos en un silencio que solo rompía, de vez en vez, el gorgoteo del mate.

De pronto, el rostro de don Frutos semejó iluminarse y me preguntó:

—A ver vos, que sos tan léido... ¿Por qué motivo se mata a una persona?

—Por amor o razones pasionales.

—Flora andaba pa los sesenta y era fea como un susto.

—Por interés...

—No tenía ni un cobre, apenas vivía'e unaj changuitas...

—Por venganza...

—Si era más güena que'l pan y en tuitos loj años que vivió acá no se le conoció enemigos. —Entonces, no sé.

—Yo si sé, m'hijo. La mataron pa que no haulase, pa que no dijese algo que sabía o sopechaba...

—¡Ajá! ¿Ricuerda que dijo que lo quería conversar? —señaló Leiva.

—Tenís razón; yo creiba qu'era por lo del perro, pero me se hace que sabía algo más o, por lo menos, la priocupaba. Y debía ser algo grave pa que la haigan achurao ansina.

—Podría ser.

—Y si no es eso... ¿Por qué otro motivo poderían haberlo hecho?

—Algún maniático...

—No, el que lo hizo estaba en sus cabales... ¿No ves que no dejó ninguna güella y la esperó que se durmiera? ¡Hum! No me gusta nada...

JUNIO, 7. —Después de la siesta, don Frutos volvió a reunimos para decirnos a Leiva y a mí:

—He estau pensando en lo'e Flora y cada vez me conenzo más que la mataron pa tapar algún sucio.

Hizo una pausa y prosiguió:

—¿Cómo pudo enterarse'e esa cosa mala?... Sin querer, por la ropa que lavaba o por algo que vio o oyó'n las cosas ande estuvo, pues...

—Pero, ¿qué pudo ser tan grave que, para ocultarlo la hayan muerto y nosotros, sin embargo, no nos hayamos dado cuenta? —dije.

—¡Ahí está!... Tiene que haber sido algo grandote pa haber llegau al crimen...

—Yo creo que Ña Emerenciana, la que vive frente al rancho y sabía ser su amiga, puede que conozca algo... —deslizó Leiva.

—Vamoj p'allá... —ordenó don Frutos—. ¿Quién te dice?...

Tuvimos suerte. La vecina nos recibió muy amablemente y a poco empezó a recordar episodios de la vida de la finada.

Después de dejarle explayar a su gusto supimos que doña Flora lavaba la ropa del maestro, de las familias de don Serra, el de la curtiembre, y de don Abundio, el tendero.

—Tuitos la han sentido a la pobre porque era cumplidora y voluntariosa como pocas. Siempre sabían llamarla pa algún apuro, ya sea bautismo, casamiento, velorio o pa cuidar a algún enfermo.

—¡Ajá! ¿Y no ricuerda ande trabajó últimamente? —inquirió don Frutos.

—Vamoj a ver... Estuvo pa'l casamiento'e la hija'l gringo Bertero y se trajo un pedazo'e torta que me convidó; después pa'l velorio'e la hijita'e Liboria Sánchez que murió ahogada por la madre dicen...

—Ye me he enterau, continúe... —explicó el comisario.

—Tamién estuvo pa'l bautizo'e loj mellizos Sponda, ayudó n'el velorio'e don Nicodemo que murió'e una picadura'e víbora yará y l'último ande ayudó jué cuando murió Ña Visitación, la mujer'e don Julio Ascona, que agarró una indisgetión y se cortó a laj dos horas l'almuerzo...

Antes de que abundara en mayores detalles, la interrumpí:

—Y después de eso, ¿no se empleó en ningún otro lado?...

—¡No!... Porque'l mesmo día'l entierro, al volver se encontró con el perro muerto y lo sintió tanto que ya no quiso ayudar maj a naides...

—¿Seguro?...

—Seguro, pues... Si laj otra noche nomás le decía: ¿Por qué pa no va a dar una manito a la gente como antes, doña Flora? Usté hace un bien, y siempre le dan algo pa dir tirando... porque quien maj o quien meno le daba una ropita, unoj

pesos, y siempre traía algo'e comer pa nojotra o pa'l perro...

—¿Y usted no sabe quien se lo mató?... —preguntó don Frutos.

—¡Vaya a saber! Yo creiba que poderían ser diauluras'e algún muchacho, pero después pensé qu'era raro porque l'animal solo comía'e su mano. Tiene de haber sido un ataque, un aire o... ¡qué sé yo!, pero la pobre no pensaba ansina y me dijo que iba a haular a usted pa que lo agarrase al creminal... ¡Chocheras'e vieja, nomás!...

JUNIO, 8. —Indudablemente don Frutos hizo buscar al doctor Levinsky, bien temprano, al vecino pueblo de Ramada Paso, porque al llegar a la comisaría ya los encontré empeñados en una discusión.

—¡No!... ¡No puede ser! —decía el facultativo cuando entré.

—Pero si yo me responsabilizo, doutor...

—Usted cargará con lo suyo, pero yo pagaría como cómplice. Hay leyes que cumplir...

—Es pa cumplirla mejor que le pido ayuda, pues...

—Tráigame una orden del juez, entonces...

—Es que no tengo pruebas, sino un pálpito...

—¡Y claro!... Yo debo procurárselas si las hay, pero... ¿Si no las hay?...

—¿De qué se trata si se puede saber? —deslicé yo.

—Pues nada, que don Frutos me ha hecho llamar para que haga una autopsia sin orden legal... —Es imposible...

—Se lo termino de repetir, pero él insiste... Búsquese la orden, y...

—¡Un momento! —saltó don Frutos—. ¿Y pa hacer l'utotia a un perro también hase falta un papel?

—No... para eso no... —condescendió el médico.

—¡Güeno! Vamos entonces pa'l patio'e la Flora y me va a decir cómo murió «El Negro»; y si es como pienso, deje lo demás'e mi cuenta.

JUNIO, 11. — ¿Intuición? ¿Sexto sentido?... ¿Razonamiento deductivo? ¡Vaya a saber! La cuestión fue que el análisis de las vísceras del perro reveló la existencia de estricnina y, basándose en ese indicio, don Frutos obtuvo la orden del juez para la autopsia de los restos de la señora de don Julio Ascona, con lo que vino a descubrirse que ella también había muerto a consecuencias de un tóxico y no de la «indigestión» denunciada por el marido y aceptada por todos.

—A mí el comisario anterior me hizo decir que todo estaba en regla. Yo vine y la observé en el cajón y, como no había señales externas extendí el certificado —se excusó el galeno.

—Güeno, aura vamoj a tener que hacerle confesar a don Julio esto y lo'e la Flora —exclamó don Frutos.

—¿Entonces usted también lo culpa de la segunda muerte? —pregunté.

—¡Y de no!... Pero creo que'l hombre es flojo y pronto va a ceder.

Efectivamente, después de dos días de encierro y de repetidos interrogatorios, el hombre se confesó autor del envenenamiento de la señora «para here-darla» y del asesinato de la vieja «para que no hablara demasiado».

—Cómo llegó a la verdad —preguntó el médico luego que el criminal, bien esposado y con la custodia de Leiva y un agente, fue enviado a la Capital.

—Vea, doutor... primero discutimos con'l ofisial sobre'l motivo que poderían haber tenido pa despachar a la vieja.

—Y no encontramos ninguno valedero —expresé yo— sino deseo de hacerla callar.

—Yo me pregunté, entonces —prosiguió el comisario— si qué podría saber la vieja que la hiciera peligrosa... Y no encontré nada raro sino la muerte'l perro.

—¿Y por eso hizo que le hiciera la autopsia?

—¡Claro, pues!... Porque, ¿quién iba a querer matar a un perro que no hacía mal a naides y solo comía'e la mano'e la dueña?

—¿Y usted sospechó que si el animal no murió naturalmente fue porque la dueña le había dado involuntariamente algún alimento con veneno? —deslizó el facultativo.

—Exacto. Y cuando tuve loj resultaús del análisis calculé que la dueña habería ido a algún velorio y, como no cocinó, le trajo algunas sobras. Se las dio envenenándolo sin querer... Güeno, ese día ella había estau en lo'e don Julio, cuya mujer había muerto'e indigestión, asígún decían. Uní laj dos cosas y pedí l'utosia y ya vieron lo que salió...

—¿Y a doña Flora por qué la mató?

—Pa que no haulara. No ve que la vieja pensó lo mesmo que yo y jué a decir sus sospechas al otro comesario que no la hizo caso. Don Julio, que lo supo, imaginó el motivo pero no se inquietó, porque tuitos iban a pensar qu'eran hauladurías'e la vieja, medio desconcertada por la muerte'l bicho; pero cuando golví yo, le dentró el miedo porque como suelo ser medio curioso podría investigar... Y jué y la mató sin que lo vieran...

—Con lo que no hizo sino agravar su delito y dar origen a la investigación —señalé yo.

—Es que al que tiene la concencia sucia le pasa como al borracho. Una vez que se ha salido'l camino quiere golver a él pegando un salto ¡y va a cair a la zanja!... —concluyó don Frutos.

GLOSARIO DE LAS VOCES REGIONALES

A

achurar: v. Herir malamente a puñaladas. Dar muerte.

aguapeazó - aguapeasó: s. Ave acuática cuyo nombre científico es «jacana spinosa».

aire: s. Enfermedad que se atribuye a un golpe de aire por haber expuesto parte del cuerpo a la intemperie o haberlo hecho con ropas sudadas. «Aire en el cuello», tortícolis. «Aire en el pecho», bronquitis.

alegres: adj. En estado de semiembriaguez. Úsase también como verlo en forma reflexiva.

amargo: s. El mate cebado.

amoité: adv. Palabra guaraní. Allá lejos.

añamembú: interj. El insulto más ofensivo en guaraní. Significa: «hijo o hija de una diablesa» y por extensión adquiere el sentido de «hijo de mala mujer».

arachichú: s. del guaraní. Planta de frutos comestibles que se conoce asimismo como «guapurucito». Es el «solanum nigrum».

B

balear: v. reflexivo. Cambiarse disparos de armas de fuego. Herir con balas.

bichera: s. Gusanera.

boliche: s. Pequeño negocio de campaña dedicado a la venta de ramos generales. 2) En sentido despectivo indica comercio de poca monta.

bolís: s. Apócope de bolivianos.

botija: s. Pequeña vasija de barro cocido usada generalmente para conservar agua u otros líquidos.

C

casual: s. Usase en la expresión «por un casual» en lugar de la castiza «por una casualidad».

colorado: adj. calificativo con que se distingue en Corrientes a los afiliados al partido Autonomista cuya divisa es roja.

cunumí: s. Voz guaraní. Criatura.

cunumicito: s. Castellanización de la voz anterior.

Ch

chamigo: s. Tratamiento peculiar de la región guaraní que significa «mi amigo» y es la contracción del guaraní: che, equivalente al adjetivo posesivo «mi», y la palabra española amigo.

charque - charqui: s. Carne salada y secada al sol. Tasaño.

cheama: s. Voz hispano guaraní que significa «mi ama». Es tratamiento de respeto.

chirlo: s. Azote. Golpe dado con la mano o el látigo. 2) Tajo, especialmente en la cara.

chiflau - chiflado: ad. Que sufre de enajenación mental, aunque por regla general se aplica al que tiene pequeñas manías.

chuzazo: s. Puñalada. El diccionario de la Academia registra «golpe dado con el chuzo o pica», pero no alude a la herida causada con el cuchillo, facón o puñal, sentido que tiene entre nosotros.

E

estancia: s. Establecimiento de campo dedicado, principalmente, a la cría del ganado.

estanciero: s. Dueño de una estancia.

exilado: adj. Desterrado. Es galicismo.

F

faca: s. Puñal.

facón: s. aumentativo de faca. Cuchillo grande usado para las labores de campo y las riñas.

fondo: s. Patio trasero de una propiedad urbana o rural.

fusta: s. Látigo de correa corta que, generalmente, se lleva colgando mediante una cadenilla de la muñeca.

fustazo: s. Golpe dado con la fusta.

febrerista: adj. Miembro de un partido político paraguayo.

G

guaina: s. Voz guaraní con probable derivación del quichua que significa muchacha.

guapurú: s. Voz guaraní. Corrupción de Ivapuru, nombre de un árbol cuyos frutos negros y comestibles aparecen pegados al tronco o a las ramas.

H

horcón: s. Tronco trabajado rústicamente que se utiliza para sostener la cumbre del rancho o el alero de los corredores.

hornero: s. Es el *furnarius rufus*, pájaro de pequeño tamaño, plumaje acanelado tirando a rojizo que fabrica su nido de barro.

L

locro: s. del quichua *rokro*. Comida típicamente americana hecha en base de maíz pisado, blanco o amarillo, aunque también suele hacerse con trigo; cada región le da sus características y así en el litoral se hace con maíz, charque, mandioca, tripas, etc. y no se le adiciona ninguna salsa, mientras en la zona andina es más consistente y se le agrega una salsa hecha con grasa y ají molido.

M

mandioca: s. Arbusto euforbiáceo cuya raíz es un tubérculo muy empleado en la alimentación regional ya sea hervida, asada o frita. De la misma se extrae: almidón, harina, fariña y tapioca.

mate: s. Bebida que se hace con la infusión de las hojas del *ilex paraguariensis*. 2) Calabaza en que se sirve dicha bebida. 5) Cabeza.

matear: v. Tomar mates.

mareta: s. Caballo con nudos en las patas.

milico: s. Agente de policía.

médica: s. Curandera.

N

nicó: suf. Ciertamente. No más. Contribuye a dar mayor énfasis a las expresiones a las que se agrega.

Ñ

ñangapirí - ñangapire: s. Árbol de hojas aromáticas que se emplea en tisanas. El fruto, pequeño y de color rojo, es comestible. Su nombre científico es *eugenia uniflora*.

O

ojear: v. Causar daño con la mirada. Mal de ojo.

ojeadura: s. Maleficio.

P

pa: Partícula usada en el guaraní como signo de interrogación y que luego se sigue usando en el castellano-guaraní de la región litoralense para refirmar

dichas exclamaciones. El. ¿Cómo pa le va? ¿Qué pa te digo?, etc.

pasmo: s. Enfermedad generalmente provocada por una infección.

peina: intej. de asombro.

pilas: adj. calificativo despectivo dado por los soldados bolivianos a los paraguayos. Los «pilas» son una clase de perros carentes de pelos.

pollona: s. Pequeña ave zancuda.

pucho: c. Colilla de cigarro o cigarrillo.

pueblero: adj. Habitante de la ciudad o pueblo, por contraposición a campesino.

T

tabeada: s. Jugada de taba.

talero: s. Rebenque.

talerazo: s. Golpe dado con el talero.

tapau - tapado: s. Tesoro escondido debajo de la tierra y que se cree se anunciaba mediante la aparición de luces.

tereré: s. Infusión hecha con yerba mate y yerbas aromáticas, pero que se prepara con agua fría. Es bebida para el verano.

U

urunday: s. Árbol terebintáceo de madera de color rojo oscuro empleada en carpintería.

V.

Virgen de Itatí: Imagen de la Virgen María que se supone debida a un artífice indígena y se venera en el pueblo de Itatí, que fue asiento de una de las antiguas misiones jesuíticas.

Y

yarará: s. Víbora venenosa cuyo nombre en guaraní significa «para ser tu dueño». Su nombre científico es «*Bothrops brasiliensis*».

yeta: s. Palabra derivada del italiano jettatura y significa mala suerte.

yetudo: ad. Persona con permanente mala suerte.

yuchán: s. Árbol cuyo tronco hinchado en la parte media le concede el aspecto de una botella o de una damajuana. Es conocido también con el nombre de «palo borracho» y su nombre científico es «*Chorisia insignis*».

Índice

Presentación	7
Don Frutos Gómez, el comisario	10

OTROS RELATOS

El diablo en Capibara-Cué	48
El bromista	54
El cuarto cerrado	60
Uno que no dormía	65
El alacrán y el inocente	71
La mentira	78
El regreso de don Frutos	83
Glosario de las voces regionales	89

Ayala Gauna, Velmiro
Don Frutos Gómez, el comisario. 1a ed. Santa Fe : Espacio Santafesino Ediciones,
2015.

E-Book. - (Relatos clásicos santafesinos)

ISBN 978-987-45658-4-6

1. Narrativa Argentina. I. Título.
CDD A863

Fecha de catalogación: 13/07/2015

Edición general del Proyecto Territorio y de esta biblioteca digital:
Secretaría de Producciones, Industrias y Espacios Culturales,
Ministerio de Innovación y Cultura de la Provincia de Santa Fe.

© Ministerio de Innovación y Cultura de la Provincia de Santa Fe, 2016.

Selección de autores: Jorge Isaías

Coordinación y textos: Agustín Alzari

Investigación bibliográfica: Ernesto Inouye

Diseño: Verónica Franco y Martín Bochicchio

Corrección: María Laura Tubino, Diego Giordano y Carina Zanelli

Ministerio de Innovación y Cultura de la Provincia de Santa Fe
San Martín 1642. Santa Fe (S3000FRJ)

ISBN: 978-987-45658-4-6

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723

Impreso en Argentina

Proyecto Territorio / Biblioteca Digital

La colección *Ciudades, campos, pueblos, islas. Relatos Clásicos Santafesinos* está compuesta por una antología homónima en papel y una biblioteca digital con once libros fundamentales, que incluye, además de *Don Frutos Gómez, el comisario*, de Velmiro Ayala Gauna, los siguientes títulos: *Cuentos del comité*, de Alcides Greca; *Santa Fe, mi país*, de Mateo Booz; *Abalorios*, de Eduardo Carranza; *Aquerenciada soledad*, de Luis Gudiño Kramer; *Las 9 muertes del Padre Metri*, de Leonardo Castellani; *La barranca y el río*, de Abel Rodríguez; *El camino de las nutrias*, de Gastón Gori; *El taco de ébano*, de Jorge Riestra; *Los días siguientes y otros relatos*, del Lermo Balbi y *Las aguas turbias*, de Diego Oxley.

Un minucioso trabajo de cotejo con las primeras ediciones permite reencontrarse con los textos de estos autores clásicos tal como salieron a la luz originalmente. La colección traza, de esta manera, un inédito panorama de más de cuarenta años de narrativa santafesina con el foco puesto en las historias y los paisajes propios.

